

**LIBRO**

**ÉTICA, CULTURA  
Y POLÍTICA**

**OFICINA DEL PROGRAMA MARTIANO**

**Autores:** Dr. Armando Hart Dávalos

**CIUDAD DE LA HABANA 2006**

INDICE	
<b>Tòpicos</b>	<b>Pág.</b>
Significación histórica del Padre Varela	
José de la Luz y Caballero, el silencioso fundado	
José Antonio Saco, antecedente aleccionador	
<i>Polémica filosófica</i> , un texto fundador	
Un recuerdo del Che	
Renovar la modernidad desde la ilustración	
El fracaso de los moderados	
Martí y Fidel: la cultura de hacer política	
La mejor política	
Estados Unidos fuera de la Ley	
Hacia el siglo XXI. Fuentes necesarias: materialismo histórico y vida espiritual	
Fascismo postmoderno	
Ciencia y conciencia	

## **SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DEL PADRE VARELA**

A propósito de la significación histórica del Padre Varela, en mi libro *Cuba. Raíces del presente*, digo:

Más de ciento cincuenta años marcados por hechos y hombres con su carga de heroísmo, sacrificio y enseñanzas forjaron la nación cubana. Este país creció y se fortaleció en la lucha por la utopía universal del hombre. Conciencia de nación que se arraiga en un patriotismo ineludible; amor sin límite a la libertad, fortalecido más tarde en el combate y en la guerra; sed de conocimientos y de cultura, afirmados en una nítida visión universal. Comenzaron a gestarse en el alma cubana desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, y alcanzaron, en el pensamiento del ilustre maestro, su expresión más concreta y, por tanto, más alta.

Desde entonces, los cubanos tenemos el corazón puesto en la patria Cuba, en la patria América y en la patria humanidad, como la clave para entender la magnitud y agudeza de las enormes contradicciones que hemos debido enfrentar.<sup>1</sup>

El mérito de un gran maestro se fundamenta en la calidad moral de sus discípulos y continuadores y en la influencia de sus enseñanzas y mensajes. El maestro y sacerdote católico Félix Varela y Morales fue piedra angular en la forja del pensamiento y la cultura de la nación cubana. Entre sus continuadores se encuentra la brillante intelectualidad patriótica que, en la primera mitad del siglo XIX sentó las bases del ideario cubano.

Con su magisterio se formaron José de la Luz y Caballero, el insigne educador; Carlos Manuel de Céspedes, padre fundador de la nación, y José Martí, el más grande de los cubanos de todos los tiempos, quien se situó, junto a Simón Bolívar, en la cumbre de la utopía libertaria que la culta Europa llamara "Nuevo Mundo".

Los revolucionarios cubanos de la generación del centenario estuvimos influidos por la escuela del Padre Varela, tal como nos la

reveló José de la Luz y Caballero y nos la exaltó a las cumbres más altas, José Martí. Ellos fueron pilares de la educación de este país; figuras cuyas vidas y pensamientos deben inspirar las más profundas reflexiones patrióticas, filosóficas y pedagógicas.

De sus ideas aprendimos el amor a la libertad, la igualdad, la verdad, la justicia, el compromiso de realizar un servicio en favor de los hombres y la vocación de universalidad, que es la más singular cualidad de Cuba en el concierto de naciones.

En Cuba el pensamiento liberal y democrático de los enciclopedistas franceses contribuyó a que el escolasticismo medieval tuviera la resistencia intelectual, política y educativa de generaciones de jóvenes cultos que comenzaron a interpretar el ideal moral del cristianismo como aspiración de redención del hombre en la tierra.

La conjugación de lo más depurado y universal del pensamiento cristiano se articuló, en nuestro país, con lo más democrático del ideario de las revoluciones europeas de finales del siglo XVIII. Los factores económicos, por supuesto, están en el fondo de este problema.

Fue trascendental, no sólo para las ciencias naturales, sino también para el desarrollo del pensamiento en nuestro país, la presencia del Barón de Humboldt en la isla. Tan celebre viajero apreció la vocación universal que comenzaba a desarrollarse en las primeras décadas del siglo XIX, en los gérmenes del ideario cultural cubano. Por ello, dijo:

“[L]os habaneros han sido los primeros entre las ricas colonias españolas que han viajado a España, Francia e Italia. En ninguna parte se ha sabido mejor que en La Habana la política de Europa y los resortes que se ponen en movimiento para sostener o derribar un ministerio.” Y agregó: “Este conocimiento de los sucesos y la previsión han servido eficazmente, a los habitantes de la isla de Cuba, para liberarse de las trabas que tienen las mejoras de la producción colonial.”<sup>2</sup>

El Padre Varela reunió un notable grupo de intelectuales, con los que trabajó por los objetivos de crear una ciencia y una cultura cubanas, enriqueciendo así la firmeza de nuestros sentimientos independentistas. Nos enseñó sobre todo los modos de fortalecer

nuestro carácter. Nos estimuló a la investigación. Tenía un pensamiento democrático, antiescolástico y científico.

En su doctrina se rechazaba la esclavitud y se proclamaba la libertad. Estaba por una República verdaderamente soberana, unida a los pueblos que Martí llamaría, posteriormente, “Nuestra América”. Abrazó, de manera consecuente, las ideas más progresistas del mundo que le tocó vivir. Las interpretó y analizó en función de su realidad, sin hacer una copia mecánica de éstas.

La Europa de la época en que Varela comenzó a exponer sus ideas era la de Napoleón, convertido ya en conservador, y la de la vuelta de Francia a la monarquía. España se hallaba desgajada de la ola revolucionaria de la burguesía europea, luego de las revueltas contra la dominación napoleónica, las cuales afirmaron, por una parte, la hispanidad, y mientras por otra, reinstalaron el viejo orden.

Félix Varela —a quien más tarde Martí llamaría “el santo cubano” —asumió la revolución liberal y democrática a plenitud. Pero, a su vez, representó la ruptura con el despotismo ilustrado que, con una máscara sobre el rostro viejo y enfermo de Carlos III, pretendió modernizar a la España monárquica y feudal.

Varela exaltó los sentimientos más puros del cristianismo, a partir de sus raíces en los pueblos colonizados y esclavizados de la Roma antigua y, por lo que rechazaba toda la tradición conservadora y reaccionaria que se había introducido en Europa durante más de mil quinientos años.

En Varela, la bondad y la inteligencia estaban vivas y actuantes en la conciencia humana, de ahí que basadas en ellas desarrolló todas sus concepciones y enseñanzas. Fue un hombre de excepción, esencialmente cristiano. Tenía un arraigado espíritu de justicia y una actitud crítica ante las ideas y problemas de su tiempo. Orador, educador y brillante pensador, poseía una profunda sensibilidad, humanismo, ternura y respeto a la dignidad del hombre.

Nació en La Habana el 20 de noviembre de 1788, hijo de Don Francisco Varela y Pérez, teniente del regimiento de Fijos de La Habana, natural de Tordesillas, Castilla la Vieja, España y de María Josefa Morales y Medina, natural de Santiago de Cuba.

Su primera infancia transcurre —junto a toda su familia— en San Agustín de la Florida, que era posesión española, porque su abuelo

materno, el coronel Bartolomé Morales, había sido nombrado Gobernador allí. Sus estudios de música, gramática, latinidad y humanidades los inició con el padre Miguel O'Reilly.<sup>3</sup>

Al regresar a La Habana en 1801, matriculó en una de las mejores instituciones de su tipo en América Latina: el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Aquí cursó Gramática Latina, Filosofía, Lógica Mayor y Teología. Estudió con el distinguido sacerdote y maestro José Agustín Caballero<sup>4</sup>: Súmulas, Lógica y Metafísica. Sintió por él una profunda admiración, respeto y afecto.

Varela fue Preceptor de latinidad de esa prestigiosa institución, y, con posterioridad, Maestro de Filosofía, nombrado por el obispo Espada<sup>5</sup>. En ella organizó las tertulias literarias, donde compartía con sus alumnos los temas de cultura, filosofía, ciencia, y patria, sus materias preferidas.

Por oposición obtuvo la cátedra de Constitución. Por las mañanas impartía las clases de filosofía, y por las tardes, las de constitución, en cuya cátedra encaminó su pensar político, considerándola como «la cátedra de la libertad, de los derechos del hombre, de las garantías nacionales».

Aquí ganó las simpatías de los reformistas constitucionalistas, que lo nombraron diputado a las cortes españolas. Al publicar un texto de despedida, dijo ser «un hijo de la libertad, un alma americana», frase que encerraba ya su proyección política de defensa de la cubanía, en el contexto emancipador americano, ante el parlamento español.

Los dos grandes planos del pensar cubano: la filosofía y la política, surgieron de aquella academia con sus sueños de gloria y sus empeños de trascendencia histórica. Y como era un hombre entero, hecho de miles de piezas de saber y sentir, todas ellas las armonizaba y las equilibraba en virtud de un carácter de bondad e inteligencia que se identificaban para representar lo que se llamó la utopía americana.

En 1804 se inscribe en la Universidad de La Habana, simultaneando estos estudios con los del Seminario. Recibe el grado de Bachiller en Filosofía o Artes y de Bachiller en Teología y, con posterioridad, el de Licenciado en Filosofía. En este año su carrera eclesiástica fue muy notable. Recibe la primera tonsura de

manos del obispo Espada en la Catedral de La Habana, bajo dispensa de edad.

En el mes de diciembre de 1807, comienza su servicio religioso en el Monasterio de Santa Catalina. En 1809 solicita y obtiene del distinguido obispo las cuatro órdenes menores y el subdiaconado de la Iglesia Católica. En diciembre de 1810 alcanza el diaconado. Nuevamente, con dispensa de edad canónica, es ordenado presbítero en 1811. Su prédica moral y humanista era destacada en sus sermones, que pronunció en varias iglesias, entre otras la de la Catedral, Santa Catalina, Santa Teresa, San Agustín, la parroquial de La Salud y la de Santo Cristo del Buen Viaje.

Participa en la fundación de la primera Sociedad Filarmónica de La Habana. El 24 de enero de 1817, es admitido, por unanimidad, como socio de número, en la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la que, con posterioridad, fue nombrado Socio de Mérito. En ella se incorporó a la sección de Educación, donde expuso sus novedosas ideas pedagógicas. Su discurso de ingreso se tituló *Influencia de la ideología en la sociedad y medios de rectificar este ramo*.

En 1821, con motivo de cumplir su misión ante las cortes españolas, se despide del país a través de la prensa. El 28 de abril embarca hacia el puerto de Cádiz, en la fragata *La Purísima Concepción*; pero su elección fue invalidada por el poder colonial. Tiene que esperar por otro nombramiento.

Al ser despojado de ese rango, llegó a comprender cómo los cambios políticos y económicos del país no eran alcanzables con las decisiones de la metrópoli, y se plantea, desde entonces, la extinción de la esclavitud y la independencia nacional por las vías más radicales.

Al año siguiente es electo nuevamente y presta juramento el 3 de octubre en el Parlamento español. Presenta los proyectos sobre la independencia de América y el gobierno autonómico, que después supera con la idea de «ver a Cuba tan isla en lo político como es en la naturaleza». Elabora un “Proyecto de decreto sobre la abolición de la esclavitud de la isla de Cuba”, pero no llega a presentarlo.

En 1823, ante la caída del régimen constitucional, motivada por la traición de Fernando VII y la restauración del absolutismo, se refugia en Gibraltar. Después, parte a su obligado destierro en los Estados

Unidos. En diciembre llega a Nueva York. Tenía 35 años de edad. No volverá a ver su tierra natal. El obispo Connolly le concede autorización para desempeñar el ministerio sacerdotal. En este país se reúne con sus discípulos liberales y antiabsolutistas, entre ellos José Antonio Saco.

Debido a la epidemia del cólera que azotó la ciudad de Nueva York, colabora en la asistencia a los enfermos. Crea una escuela para niños; funda una creche para huérfanos de madre y realiza labores de reeducación con prostitutas; aboga por la educación de la mujer.

En 1833 la corona española le otorga el perdón que le permitía regresar a Cuba. Varela lo rechaza, por considerar que no había nada que perdonar, porque su acción era constitucional y no criminal.

En 1840 participa —con tres cartas— en las polémicas filosóficas que se efectúan, por esa época, en Cuba.

Había sido nombrado teniente cura en la parroquia de San Pedro y más tarde Pastor de la Iglesia de Cristo en Nueva York; donde, en 1829, fue vicario general. Representa su diócesis en el primer concilio provincial de Baltimore. Después de la destrucción de su iglesia de Cristo, logra inaugurar una nueva, la iglesia de la Transfiguración.

En 1837 es nombrado Divinity Doctor por el Saint Mary's Seminary. Representa a la Diócesis de Nueva York y asiste como Teólogo al Tercer Concilio Provincial Católico de los Estados Unidos, celebrado en Boston. El colegio seminario Santa María de Baltimore le confirió el grado de Doctor en Teología. En 1846 asiste al Sexto Concilio Católico efectuado en Maryland. Es uno de los teólogos elegidos de presentación del arzobispado de Nueva York.

Mientras, su salud continúa quebrantándose por el clima y el trabajo. En 1847 la enfermedad lo obliga a marchar de Nueva York a un clima más templado; pero, en 1849, regresa nuevamente. Los anexionistas, en más de una oportunidad, trataron de captarlo para su causa, a lo que se negó rotundamente, recordándoles que: «la unión a los Estados Unidos no había sido, ni era, ni sería su fórmula política».

Se instala definitivamente en San Agustín de la Florida, con 61 años, enfermo y en la miseria. Muere el 25 de febrero de 1853,

cuando ya casi había perdido la visión, y el temblor de las manos le impedía escribir y tocar el violín. Hasta el último momento mantuvo la fe en Dios y en la juventud cubana.

Su erudita, extensa, y brillante vida literaria comenzó en fecha tan temprana como 1807, año en que escribe el drama (de esencia moralizante) *El desafío*. Sus primeros trabajos filosóficos: *Varias proposiciones para ejercicios de los bizoños*, *Elencos para los exámenes generales de fin de curso* y los tomos 1 y 2 de *Instituciones filosofía ecléctica*, son publicados en latín. Pero en 1813, cuando edita el tomo 3 de *Instituciones filosofía ecléctica*, lo hace en español. Su decisión provocó una verdadera revolución en el terreno intelectual en este lado del mundo. A partir de ese momento es el idioma que utiliza para escribir y desarrollar la docencia.

En 1814 aparece el tomo 4 de *Instituciones filosofía ecléctica*, al que le incluye nociones de matemáticas, necesarias para estudiar física, y el *Resumen de las doctrinas metafísicas y morales enseñadas en el Seminario*. También escribe *Máximas morales y sociales para el uso de las escuelas y del pueblo*; *Elogio de Don José Pablo Valiente*; *Apuntes filosóficos sobre la dirección del género humano*; *Lección preliminar, apuntes filosóficos sobre la dirección del espíritu humano* y *Elogio de Fernando VII* (en el que se limita a exponer los beneficios que el rey español ha dado a la isla de Cuba).

Ya en 1819, imprime la primera edición de su obra *Miscelánea filosófica* y los tomos 2, 3 y 4 de *Lecciones de filosofía*. En la Catedral de La Habana hace el *Elogio de Carlos IV*. Redacta el trabajo titulado *Observaciones sobre la Constitución política de la monarquía española*.

En 1824, en Filadelfia, inició la publicación del periódico independentista *El Habanero*, papel político, científico y literario que circuló clandestinamente en Cuba. En 1828, junto a Saco, funda *El mensajero semanal*. Cuando, en el 1832, el propio Saco asume la dirección de la *Revista Bimestre Cubana*, inicia su colaboración con el envío de su trabajo sobre la gramática de Vicente Salvá.

En 1835 publica *Cartas a Elpidio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo, en sus relaciones con la sociedad*; con el objetivo de llevar a la juventud cubana los temas éticos y

patrióticos. Las cartas son el fruto de la madurez de su talento. En ellas nos muestra sus esperanzas como precursor de nuestra nacionalidad. Y también podemos conocer el mundo de su desconsuelo por vivir lejos de su país natal.

En 1842 publica el *Ensayo en torno al origen de nuestras ideas; Carta de un italiano a un francés sobre las doctrinas de M. de Lammenais y Ensayo sobre la doctrina de Kant*.

El Padre Varela desarrolló la tarea antiescolástica utilizando la razón como método, y el tino cauteloso de la enseñanza, desde la cátedra. En su ideario pedagógico quedaron expuestas las concepciones filosóficas y la proyección políticosocial que profesó.

En sus estudios encontramos, con toda claridad, sus entendidos particulares acerca de la religión, la moral y la política, así como de la filosofía, las ciencias y la teología. En ellos está presente el núcleo de su ideario: la educación científica y las transformaciones sociales.

En Varela se puede hablar de ciencia y de conciencia. La vocación cristiana, que lo inspiraba, estaba permeada de los nuevos aires del pensamiento progresista europeo, y de la valoración de la realidad inmediata.

Su saber filosófico relacionado con su profunda sensibilidad universal, su concepción científico-pedagógica, sus ideas liberales y su humanismo aplicado, lo señalaron como uno de los pilares del pensamiento político separatista, abolicionista, radical e independentista. Nadie duda que Félix Varela *nos enseñó a sentir* como país independiente, y que superó el nudo anexionismo — esclavitud— colonialismo, rebelándose contra el signo de aquella cadena. Su mérito está, desde luego, en que esbozó estas ideas desde la primera década del siglo XIX.

El principio de autoridad político-moral sobre el fundamento de una sólida cultura, estuvo en el centro de lo mejor de su sacerdocio. Alcanzó gran prestigio por su labor humanitaria. Introdujo en su escuela forjadora los métodos y principios científicos de la modernidad europea. Su magisterio fue piedra angular en la forja del pensamiento y la cultura de la nación.

La primera escuela cubana, de la cual fue eminente promotor, tenía origen religioso; pero en ella se imprimió el sello vareliano que supera la escolástica conservadora. Esto marcó para siempre la

educación y, por tanto, la cultura del país.

Las aspiraciones de Varela, en relación con la liberación de Cuba y la abolición de la esclavitud, tienen fundamentos éticos y también económicos. Decía: «Todas las ventajas económicas y políticas están en favor de la revolución hecha exclusivamente por los de casa y hacen que debe preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero.» No olvidó nunca el compromiso de Cuba con América y el mundo.

Eduardo Torres Cuevas, en su libro *Félix Varela los orígenes de la ciencia y con-ciencia cubanas*, dice lo siguiente:

«Si en un hombre puede personificarse lo universal de una época y lo singular-autóctono de su medio específico, ese es Félix Francisco José María de la Concepción Varela y Morales.»<sup>6</sup>

Las posiciones filosóficas de Varela, como las del pensamiento cubano, hay que estudiarlas no sólo en sus formulaciones abstractas, sino en la interpretación que le daban a los hechos concretos que debían enfrentar.

Varela era un pensador original americano, y como tal no es correcto adscribirlo a tal o cual *tendencia* filosófica específica de las diversas corrientes europeas. De todas ellas conoció y extrajo enseñanzas para asumirlas con espíritu creativo. En la historia de la filosofía de nuestra América ha de partirse de los hombres y de los hechos, para después llegar al entretejido de sus ideas.

Para determinar el valor revolucionario del pensamiento independentista que nace con Varela, basta compararlo con el ideario de los autonomistas y reformistas. En realidad, en la Cuba del siglo XIX, se enfrentaron dos proyectos de nacionalidad: el de Varela y Martí, y el reformista y autonomista. Hay que decir que estos aportaron niveles de información y conocimiento de importancia especial; pero nunca cuajaron en la cultura cubana porque les faltó lo principal: el enfrentamiento radical al sistema socioeconómico prevaleciente.

Para concebir la patria cubana había que asumir la libertad en su expresión más elevada. Esto lo pudieron hacer quienes tuvieron una visión ecuménica, una sensibilidad y una imaginación como la de

Varela, quien representa la más pura tradición cultural cristiana, pues asumió la aspiración de salvación del hombre en la tierra, a partir de esa cultura.

En el pensamiento de Varela y en el de sus sucesores, los principios de libertad, igualdad y fraternidad de las revoluciones burguesas europeas del siglo XVIII, fueron tomados en serio para aplicarlos, no a una parte del pueblo, sino a todo el pueblo, en la lucha contra la explotación y en favor de las causas de los pobres de la tierra.

La conjugación en la escuela cubana desde sus orígenes mismos entre un enraizado pensamiento cristiano y una profunda vocación científica, tal como se expresó en Varela, produjo —a partir del combate contra las injusticias ejemplificados en la esclavitud y en la explotación colonial—, una cultura a la que le era extraño el dogmatismo porque exaltaba el humanismo.

No hubo intolerancia en el genuino pensamiento cubano. Hubo fraternidad y amor a la causa humana en su sentido más puro. Es ahí donde está nuestra fuerza y la lección que nosotros deseamos transmitir a los hombres que tengan devoción sincera por la dignidad humana, cualquiera que sea su credo político, filosófico o religioso.

El independentismo en Varela —de raíz y fundamentos éticos—, adquiere una fuerza y una coherencia mayor cuando se ha convencido de la incapacidad de la concepción reformista para resolver los problemas del país. Él sistematizó estas ideas como antes no se había logrado. Ellas fueron la base de los propósitos que años después se enarbolaron para la conquista de la libertad de Cuba.

Varela se puso, así, al servicio de una causa no sólo de carácter político, sino, también, social. Su talento y su pluma calaron muy hondo en las verdaderas transformaciones que había que operar en la realidad cubana; y le dieron, a este empeño, un fundamento de carácter moral, cuando afirmó: *“el hombre tiene contraída una obligación estrecha con su patria; y debe sostener sus derechos y defenderla”*.

Su ética influyó definitivamente en la escuela cubana de la primera mitad del siglo XIX. Este legado y esta convicción sirvieron de antecedentes necesarios a los combatientes independentistas del 68 y del 95, que recogieron su apostolado y lo elevaron a planos

más altos.

El tejido prodigioso de su espíritu estaba sellado por la humildad genuina, el talento y la imaginación del que extiende el brazo generoso hacia todos los hombres, hacia el infinito. Por eso, él vive entre nosotros y dejó una huella con tal fuerza que año a año, década a década, siglo a siglo, confirman la sentencia de su mejor discípulo: José de la Luz y Caballero, quien había afirmado: "...mientras se piense en la tierra de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero en pensar".

Evocar la estatura histórica de Félix Varela, equivale a iluminar el origen de la firmeza de los sentimientos patrióticos e independentistas y la irrevocable vocación de universalidad del pueblo cubano. La nación brotó de aquellas semillas regadas por Félix Varela y por quienes le sucedieron. Tal legado es parte consustancial de nuestra memoria histórica, que nos sirve para explicar al mundo lo que somos.

Año 2000

- 1 El libro *Cuba: Raíces del presente*, fue editado en Cuba con el título *Aldabonazo*.
- 2 Alejandro de Humboldt. *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. Colección Libros Cubanos. Fernando Ortiz. Cultural S.A. La Habana, 1930, pp. 166-167.
- 3 Culto y liberal sacerdote irlandés. Los principios humanistas eran los pilares de su enseñanza. Emigra de su tierra natal al ser perseguido por los protestantes y anglicanos ingleses. Sin dudas ejerció una fuerte influencia sobre Varela.
- 4 Profesor del Seminario del que también fue su Director y catedrático de Filosofía. Obtuvo el grado de doctor en Derecho Canónico en la Universidad de La Habana. Educador que contribuyó a la renovación de la enseñanza de la Filosofía en Cuba. En sus aulas los alumnos conocieron las más modernas doctrinas filosóficas, así como el estudio de la física experimental. En el ensayo titulado: *Memorias sobre la necesidad de reformar los estudios universitarios*, planteó la necesidad de la transformación universitaria, al criticar duramente el excesivo escolasticismo de la misma. A partir de 1797, Caballero ofreció un nuevo curso de filosofía utilizando el texto manuscrito de *Philosophía Electiva*. El principio electivo en los fundamentos de su filosofía fue sólido basamento. Su pensamiento filosófico fertilizó el camino a las nuevas ideas y al desarrollo de las ciencias naturales.
- 5 En agosto de 1800 Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa fue nombrado Obispo de La Habana. En 1802 llega a la ciudad y asume el episcopado por espacio de treinta años. El Obispo Espada trajo consigo el espíritu cristiano en su expresión más pura; las ideas liberales de la revoluciones democráticas; los principios científicos de la modernidad europea y el sentimiento de autonomía y derechos a la libertad de comercio de su patria chica: el País Vasco. El preclaro sacerdote hispano, que debió tener presente —dados sus sentimientos universales— la historia de los comuneros castellanos de los siglos anteriores, sembró estos valores en Félix Varela y en una juventud estudiosa que rechazaba vivir en medio de tanta injusticia, barbarie esclavista y colonialismo. Puso fin en lo eclesiástico a la dependencia de Cuba respecto a la colonia de Santo Domingo. Desde el primer momento se manifestó como un hombre de ideas progresistas. Junto a un grupo de ilustres cubanos llevó a cabo trascendentales transformaciones contra el oscurantismo medieval que imperaba en la isla. Preparó un proyecto para la modernización de nuestra sociedad. Dejó una huella imborrable en la historia cubana.
- 6 Eduardo Torres Cuevas. *Félix Varela los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*. p.28.

## JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO, EL SILENCIOSO FUNDADOR

*Antes quisiera yo ver desplomadas,  
no digo yo las instituciones de los hombres, sino las estrellas todas del  
firmamento, que ver caer del pecho humano,  
el sentimiento de la justicia,  
ese sol del mundo moral.*

J L y C.  
(1861)

No es posible olvidar que José Martí, con inefable fervor, llamó a José de la Luz y Caballero *el padre amoroso del alma cubana* y que, tras el primer recorrido por la Florida, al retornar a Nueva York, dijo a los patriotas que lo esperaban: *yo no vi casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero.*

En plena organización de la batalla necesaria, el 17 de noviembre de 1894, nuestro Apóstol, a propósito del maestro del El Salvador, escribió en el periódico *Patria*:

Él, el padre; él, el silencioso fundador; él, que a solas ardía y centelleaba [...]; él, que antepuso la obra real a la ostentosa [...]; él, que se resignó —para que Cuba fuese [...]; no podía “sentarse a hacer libros, que son cosa fácil, porque la inquietud intranquiliza y devora, y falta tiempo para lo más difícil, que es hacer hombres.”

El pensamiento pedagógico y moral de Luz y Caballero contribuyó de manera decisiva al diseño de la nación cubana. Ella alcanzó, desde su propio alumbramiento, una cultura política y social situada en la avanzada de la modernidad.

Profundamente sensible y justo, Luz y Caballero representó el pensamiento más avanzado de su época. Sus concepciones tenían alcances universales, al asumir la cultura como defensa y sustento de la conciencia política, como una llama ética batida por las contradicciones de la Colonia, de ahí que estuviera espiritual y

moralmente entre los hombres que sembraron las semillas de la unión lograda en La Demajagua y en Guámaro y junto a quienes acudieron al combate con la esperanza de poner fin a la tragedia de la esclavitud y la miseria.

Nacido en La Habana en 1800, obtuvo en 1817, por la Universidad, el grado de Bachiller, después de examinar Filosofía, Lógica, Física, Metafísica y Ética, y en 1820 ingresó en el Seminario de San Carlos, donde se graduará de Bachiller en Derecho. Aquí sería discípulo de su tío José Agustín Caballero y llegaría a ocupar, en 1824, la Cátedra de Filosofía, que tanta altura y prestigio alcanzara con don Félix Varela y José Antonio Saco. Pero, sin duda, Luz y Caballero se formó con el magisterio del Padre Varela. Fue su más aventajado y excepcional discípulo y continuador, con estilo propio y acendrado.

Las ideas de Luz están asentadas en la reflexión científica más rigurosa e inspiradas en una espiritualidad de hondas raíces éticas y religiosas.

En el ideal cultural de dignidad humana y en el sentimiento ecuménico de Varela y Luz —de profundas dimensiones universales—, conviven, en su expresión cubana, los valores cristianos que en ambos fundadores alimentaron sus conceptos de patria y libertad.

En la formación de Luz hay que anotar la influencia determinante del racionalismo, muy visible en los programas y en la obra forjadora de El Salvador. Y en sus textos y actos.

Poco a poco, Luz y Caballero abandonó los estudios acerca de la religión, hasta que en 1821 decide no tomar las órdenes mayores y se aparta de la carrera sacerdotal por razones filosóficas, pero persistiendo en él la religiosidad que siempre lo distinguió.

En 1829 viaja a Europa después de encontrarse en 1828 con Varela en los Estados Unidos, donde conoció al notable hispanista J. Ticknor y al poeta Henry Wadsworth Longfellow, traductor de Jorge Manrique.

En Francia visita a Gay Lussac, a Orfila, a Thénard y a Dumas; asiste, en París, a los cursos de Cuvier, y continúa hasta Escocia, donde conoce y frecuenta a Wood, el director de la escuela de Edimburgo. Ya en Inglaterra se entrevista con el novelista Sir Walter Scott.

En Alemania visita a Goethe, a Schelling y a Humboldt, con el que planea la instalación de un observatorio magnético en La Habana.

En Italia tomó lecciones de Mozzofanti, el célebre polígloto, de Rosmini y de Manzoni.

Era —señaló Medardo Vitier— un viajero ávido de noticias e intrépido en las andanzas. Recordó siempre con encanto los lugares de Italia que recorrió. Estuvo en Roma, Florencia, Génova, Milán, Turín, Bolonia, Pisa, Nápoles y Venecia. Él y sus compañeros descendieron hasta mil pies en el cráter del Vesubio. Subió a eminencias montañosas, dejando atrás las últimas huellas de otros exploradores, y bajó a las minas de plata de Silesia. Visitó universidades, bibliotecas, museos, templos, ruinas. Conversó con literatos y sabios en el idioma de estos. Asombrábanse algunos de que un cubano, formado por acá, hablara con singular corrección las principales lenguas europeas.<sup>1</sup>

En la década del 30 del siglo XIX se acentúa su actitud *perturbadora*, al decir de sus biógrafos. Ante la censura de imprenta, protesta contra ella. Se producía el cierre de una etapa histórica del desarrollo del pensamiento separatista y avanzaban las ideas reformistas y anexionistas. Desde su destierro, Varela valoró la falta de condiciones propicias para la independencia. En 1834, Luz protesta por el destierro de Saco con la famosa *Representación* al capitán general Tacón.

Participa con brillantez en la renombrada polémica filosófica que se desarrolló en los años finales de la década del 30 y principios de los 40, en la que se destaca por su singular talento, con formación empírico-racionalista, triunfando contra las posiciones del espiritualismo francés y el método especulativo que constituían la filosofía oficial del coloniaje. Debatía con solidez y agudeza los intentos de la filosofía ecléctica que trataba de justificar este régimen y sustituir la cubanía por el integrismo.

Al retirarse de la vida pública se consagró por entero a la enseñanza y desde las aulas, emprendió, al decir de Cintio Vitier, “otros modos más secretos de acción: de acción indirecta, de sensibilización de las conciencias, de educación táctica para la gesta de la libertad, y esa fue, de 1848 a 1862, su obra fundamental en El Salvador, tan bien entendida y calibrada por Martí”.<sup>2</sup>

Las primeras escuelas cubanas fueron de origen religioso, pero

en ellas se imprimió el sello del Padre Varela del anti-escolasticismo, el ideario democrático y el pensamiento científico. Tal hecho marcó para siempre la educación y, por tanto, la cultura del país.

El punto esencial del desarrollo de los conceptos valerianos se afirmó en la escuela de Luz y Caballero, quien con decoro y patriótica dignidad, sabiduría pedagógica y ética austera, simbolizó el enfrentamiento cubano al colonialismo español.

Considerado el educador más notable del siglo XIX cubano y del Nuevo Mundo, la filosofía y la pedagogía de Luz y Caballero constituyeron método y magisterio revolucionario, por contribuir a la conformación de la hueste progresista que se enfrentara al sistema colonial, no sólo criticando a explotadores y conservadores, sino educando moralmente a la clase privilegiada a la que él mismo pertenecía. Y reflexionando sobre la solución definitiva para la abolición de la esclavitud.

Desde la Sociedad Económica de Amigos del País —que en 1835 lo nombró su vicedirector y, cuatro años después, director— propició la extensión de la instrucción pública. Junto a José Antonio Saco luchó por la creación de una academia de literatura y arte.

Al situar la educación como epicentro del ideario cubano, no lo hacía para impulsar los objetivos de la sección de educación de la Sociedad Económica de Amigos del País, en su calidad de presidente, ni para enarbolar especulaciones metafísicas o de supuestas influencias ajenas a la naturaleza, sino como categoría central de la práctica de su magisterio. Ahí estaba la riqueza de su pedagogía, que es piedra angular de la cultura cubana.

Luz comenzaba por subrayar el valor de la observación y la enseñanza de la física. Partiendo de aquí, llegaba a conclusiones por medio de la abstracción, pero estas tenían siempre un carácter provisional. El principio cartesiano *duda de todo* estaba en el centro de su pedagogía.

La integralidad de la educación, los métodos científicos en la enseñanza, en especial en la transmisión de conocimiento, constituyen elementos sustantivos de su pedagogía y también de su fundamento filosófico.

La idea clave de su escuela se revelaba con particular elocuencia en aquel pensamiento: *todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí*

*la escuela*, que comporta la promoción de ideas pedagógicas y culturales sin sectarismos ni estrecheces. Hay que añadir a esto su infatigable búsqueda e introducción de la experimentación como método de enseñanza.

Para Luz la verdad no se encuentra en un rígido sistema, sino en una concepción abierta, en la búsqueda de “*todos los métodos y ningún método*”. “*He ahí el método*”, decía.

Lo que caracteriza su pedagogía no es una visión rígida. Por el contrario, para educar tomaba la información que fuera necesaria *como medio* para incitar el ejercicio de pensar, ya que reconocía solamente en el hombre y su mente la capacidad de aprender, de manera que la búsqueda de la verdad se orientara hacia lo objetivo y lo práctico.

Dedicó lo mejor de su vida y de su obra al colegio El Salvador, que fundó en 1848, para continuar con más sostenido afán la obra iniciada en 1824 en la cátedra de filosofía del Seminario de San Carlos y a las actividades desplegadas durante tres años, a partir de 1832, en el colegio San Cristóbal, situado en el barrio habanero de Carraguao, donde desarrolló una labor de elevada eticidad y de notable valor pedagógico.

Es sabido que podía, en cualquier momento y circunstancia, sustituir a algún profesor en matemática, física, química, ciencias naturales e idiomas, continuando la clase allí donde había quedado interrumpida.

*Era el maestro que enseñaba todas las ciencias.*

Todos los sábados animaba y organizaba la plática que Enrique Piñeyro llamara con toda razón *sermón laico*, su verdadera cátedra, esperada no solamente por profesores y alumnos, sino también por el público atraído a las puertas del colegio, fascinado por la palabra del maestro que, con la biblia entre las manos, comentaba pasajes de San Pedro y de los Evangelios.

Los trescientos y tantos *Aforismos* que escribió constituyeron un *corpus* de excepcional fuerza formadora. Son sus textos más populares, por la diversidad de temas abordados y porque fueron concebidos en forma de refranes.

Repasemos algunos de ellos:

- Nos proponemos fundar una escuela filosófica en nuestro

país, un plantel de ideas y sentimientos, y de métodos. Escuela de virtudes, de pensamientos y de acciones, no de expectantes ni eruditos, sino de activos y pensadores.

- La filosofía es el bautismo de la razón. Renegar de la filosofía porque no siempre nos alumbró, es renegar del sol porque suele eclipsarse.
- La filosofía en el corazón más que en los labios.
- El filósofo es (y debe ser) como la vela: arde y se consume para alumbrar a los demás.
- El pensador está siempre conjugando el verbo presente, pasado y futuro.
- Lo absoluto es el colmo de lo relativo.
- Todos los sistemas filosóficos desnudan a un santo para vestir a otro. La gracia estaría en vestir a todos sin desnudar a nadie.
- Todo en mí fue, y en mi patria será.
- En la cuestión de los negros, lo menos negro es el negro.
- Los Estados Unidos, una colmena que rinde mucha cera, pero ninguna miel.
- La palabra es más poderosa que el cañón.
- Instruir puede cualquiera; educar, sólo quien sea un evangelio vivo.

Aunque a Luz y Caballero se le conoció en lo fundamental por sus aforismos, él ha tenido (y tiene) una trascendental significación en el terreno del pensamiento filosófico. Al igual que el Padre Varela, sus ideas y sentimientos tienen que ver con la modernización de la filosofía en Cuba.

Para valorar su obra debe tomarse como punto esencial de

referencia la cultura gestada en el país en la primera mitad del siglo XIX, y las conclusiones a las que arribó, que no necesitan ser bautizadas con categorías y esquemas europeos. Por su originalidad, logró una dimensión filosófica incomparable. Las direcciones en que se forma la mentalidad de Luz, al parecer de Medardo Vitier, son tres: la religiosa, la científica y la propiamente filosófica.

Aunque las tres coexisten, la religión —como he señalado antes— no perderá en él sus notas trascendentes. Las ciencias particulares, al menos como cosa *a priori*, se desvincularán del sentido metafísico. Y la filosofía, con influencias tan heterogéneas como lo religioso y lo científico, se inclinará hacia el método inductivo, pero dejando a salvo la fe en un mundo intangible.

Para Luz, el mundo de los valores espirituales era tan real como el de la materia.

Su vocación filosófica —sostiene Medardo Vitier— cede únicamente a la pedagogía, y a eso, según el autor de *Las ideas y la filosofía en Cuba*, hay que atribuir la forma ocasional en que fijó sus doctrinas. Nunca se puso a escribir un texto filosófico de contenido y plan uniformes. Sus escritos son fragmentarios y en gran parte polémicos, pero nos permiten reconstruir su pensamiento.

Para un análisis a fondo de su obra hay que leer sus *Elencos*. En ellos encontraremos proposiciones que fijan la postura de Luz en temas fundamentales. Con el famoso *Elenco* del año 1835 inicia el viraje del pensamiento cubano hacia el empirismo y fortalecimiento definitivo de la reflexión científica.

En el *Elenco* de 1840 (número 5) enuncia cómo concibe la filosofía: un sistema de doctrinas y dogmas que así se ocupa en la exposición de las leyes del hombre y del universo y en la práctica de sus pensamientos y acciones. La filosofía responde a las preguntas siguientes: quién eres, de dónde vienes, a dónde vas. Lo que significa —según nos dice el propio filósofo— que la filosofía se ocupa del entendimiento, pero también del corazón, del mundo natural y de los problemas humanos.

En su concepción filosófica, Luz sitúa como aspecto fundamental el hábito de enseñar para mejorar al hombre. Es decir, sobre el fundamento del más riguroso pensamiento científico (y de los hechos reales), intentaba descubrir posibilidades de promover y

orientar la conducta del ser humano, para que —en el ejercicio de su libertad creadora— forjara una segunda naturaleza: la cultura. La confirmación definitiva estará en el resultado que se observe en la práctica humana.

Nada del *reino de este mundo* estaba fuera del universo, el que era sometido al más riguroso examen por el pensamiento científico y filosófico. La base de su epistemología está conformada por aseveraciones como la siguiente: *la ley invariable de la razón humana empieza por lo concreto para elevarse a lo abstracto. La práctica antes que la teoría para que después éste pueda iluminar a aquella.*

Enrique José Varona lo valora así:

El nivel de la cultura filosófica había de subir forzosamente; y así explica como resonando aún los ecos de las últimas lecciones de Varela, viera Cuba surgir, ya formado, el escritor de más vasta erudición filosófica, el pensador de ideas más profundas y originales con que se cuenta el Nuevo Mundo: José de la Luz y Caballero. Espíritu nutrido con la más pura savia de la filosofía, exento de toda preocupación doctrinaria; enamorado ardientemente de la verdad, y con abnegación bastante para abjurar ante sus aras toda falsa concepción.<sup>3</sup>

Luz y Caballero hace depender la especulación filosófica de los adelantos científicos. Su posición como pensador se torna nítida cuando sostiene: *si cambian nuestras ideas acerca del mundo y sus fenómenos, por virtud de los nuevos descubrimientos, cambian igualmente nuestras ideas acerca de la causa primera y de todas las cuestiones ontológicas.*

En Luz —y en todo el abanico de ideas de nuestra ilustración decimonónica, desde 1790 hasta 1868— constituye un valor especial haber asumido con lealtad insuperable los principios culturales, e incluso religiosos, del cristianismo, es decir, las aspiraciones de redención del hombre en la tierra, y, a la vez, las ideas científicas y filosóficas más avanzadas de la modernidad europea de su época.

En las décadas forjadoras de la conciencia nacional, se produjo una singularidad definida por el hecho de que no se trazó

antagonismo alguno entre ética y ciencia. Ni tampoco entre fe en Dios (religión) y ciencia. La primera se colocó en plena libertad de la conciencia individual, y la segunda como la orientación fundamentaria.

Luz y Caballero habla de la existencia de Dios (origen y causa final del universo) como una cuestión de fe personal de cada individuo, de su psicología individual. La idea de Dios deberá ser asumida a partir de reconocerlo en el amor al prójimo (a la humanidad) y relacionado con la noción del bien y de la justicia caracterizada como *el sol del mundo moral*.

Al abordar la cuestión de la creencia de Dios como facultad de cada hombre, se estaba abriendo caminos insospechados en el pensamiento cubano, en el que se asumían los principios éticos y espirituales provenientes de la mejor tradición del hombre que murió en la cruz. Estas lecciones lucistas posibilitaron un rechazo a toda visión dogmática, y, por esa vía, creyentes o no creyentes podían asumir en la cultura nacional una expresión de insospechados alcances.

Su religión tenía un profundo sentido humanista. Veía a Dios como una representación de las múltiples interpretaciones de los fenómenos del mundo, y, a su sistema de ideas, como un instrumento experimental, un poder orientado hacia *los sentidos, el corazón y la razón*. Religión que José Martí calificara de “natural y bella”.

Luz consideraba que el siglo XIX cubano no podía conservar la religión sin su relación con la ciencia. La concepción científica natural de la religión y la inducción natural como vía para conocer la realidad, conocían su religiosidad por el camino de la ciencia.

Los religiosos como José de la Luz y Caballero que siguieron a Varela se enfrentaron a la tragedia expresada en la contradicción existente entre el ideal cristiano e independentista que profesaban, por un lado, y los dictados de la alta jerarquía eclesiástica española, del otro.

Los alumnos del colegio El Salvador fortalecieron sus sentidos patrióticos y avanzaron por nuevos caminos sin olvidar la herencia recibida. Se hicieron revolucionarios cada vez más radicales, confirmando en sus conciencias el legado moral del Padre Varela. No se impuso la ruptura en relación con lo mejor del pensamiento

anterior, lo mantuvieron vivo.

Los alumnos, convertidos, en muchos casos, a un pensamiento liberal y radical, no tuvieron una actitud extremista en relación con los sentimientos religiosos. Heredaron el amor a la patria, el sentido de la dignidad personal, el respeto irrestricto a la libertad del hombre y el decoro individual, asimilando con orgullo una ética de raíces cristianas, presentes en Martí y en la esencia de nuestra cultura nacional.

Luz llegó a plantear que los vínculos entre el cuerpo y lo ético son mucho más profundos de lo que comúnmente se cree. La clave central de esta filosofía es, pues, científica. Su saber perseguía alcanzar el conocimiento por vías empíricas, con el apoyo de su inmensa cultura teórica. Su inspiración en el famoso filósofo materialista inglés Francis Bacon, y en el saber de los enciclopedistas, estaban en la base de esta sabiduría.

Los siguientes pensamientos de Luz mueven a la más consecuente reflexión, en el sentido de la búsqueda infatigable de los vínculos entre todas las ciencias (incluyendo las naturales con las de carácter espiritual y moral):

Pero, ¿puede la moral aislarse de lo físico, y aislarse con ventaja para su estudio?. De ninguna manera, pues así como el estudio de nuestras facultades mentales hemos tenido que invocar las luces fisiológicas, aunque no sea más que para deslindar los efectos que pertenecen al instinto de los que corresponden a la conciencia, de la misma manera en la moral, donde se debe primeramente describir nuestras pasiones y las causas que las apagan y fomentan, es de necesidad apelar a aquella misma ciencia preciosa para determinar el influjo de los órganos y funciones corporales sobre nuestros afectos morales, cuyo estudio presupone el de la física propiamente tal no menos que el de la patología, o conocimiento de los desórdenes de las funciones, toda vez que no se puede conocer bien al hombre sano sin conocer bien al enfermo y viceversa, tocándose aquí, como sucede a cada paso, apenas se profundiza cualquier departamento del saber humano, el estrecho enlace que existe entre ellos, no habiendo en rigor más que una ciencia, dividida en diferentes ramas, a causa de

la limitación de nuestras facultades, tan fuera de proporción con la inmensidad de la naturaleza.

Dije y repetí y probé que sólo el capítulo de la enajenación mental bastaría para dar las más importantes lecciones, así al psicólogo como al moralista y al jurisconsulto, sobre los puntos más delicados de sus respectivas provincias. Todo lo cual prueba que la perfección de la moral en gran parte correrá pareja con los adelantos en este ramo de las ciencias naturales.

En el ideario lucista se proyecta un pensamiento democrático que juzga la sociedad como el estado natural del hombre y en ella la problemática que lo afecta. Desde esa perspectiva analiza la discriminación racial en Cuba, valora la confianza y respeto en el pueblo, defiende la dignidad ciudadana de ser todos iguales ante la ley y ejerce la crítica en contra del fanatismo, la superstición, y la incredulidad.

Como buen discípulo del Padre Varela, escribe: *El principio de autoridad es un Proteo que se presenta bajo mil formas para ejercer su influencia: la novedad, la moda, el espíritu del siglo, la ligereza, la presunción, el amor propio, no son más que ropajes con que se viste la autoridad para avasallar nuestra razón.*

Dirigida contra el espiritualismo, la *Impugnación a Cousin* (1840) es el conjunto de los artículos que publicó Luz en el *Diario de La Habana*, refutando las enseñanzas de este profesor francés. Es su trabajo más extenso e importante en filosofía y el que ha servido para fijar en este trabajo criterios que sustentaba.

Cousin tuvo lectores y admiradores entre jóvenes habaneros que se dedicaban a estudios de filosofía, como los hermanos Manuel y José Zacarías. Formóse en torno a Cousin una atmósfera en extremo desfavorable. Y lo más significativo es que en Francia no gozó de mejor ambiente, a causa de haberse visto como “filosofía oficial” su enseñanza.

Luz le negó el título de filósofo, reconociéndole el de filólogo, en la proposición 39 del *Elenco* en que refuta a Cousin en cuanto éste confunde el estudio de la filosofía con el de la historia. Por eso Luz dice:

Ya no se examinan en las clases de ciencias morales del Instituto francés, problemas como la influencia del hábito sobre la facultad de pensar; ahora se investiga la autenticidad de los escritos de tal o cual filósofo antiguo. Sea muy en hora buena, pero llámese a esto filología, no filosofía.

Piensa nuestro maestro sobre Cousin: *sin sistema no hay filosofía y el eclecticismo no tiene ninguno*. Vio las tesis de Cousin como un espi-ritualismo con francos intereses políticos: el mantenimiento del orden existente. Por eso Medardo Vitier señala que en realidad lo que alarmó a José de la Luz fue la doctrina del llamado «optimismo histórico», aparecida en uno de los cursos de Cousin. ¿Qué tesis era esa?. Nada menos que una justificación de lo presente, o sea, de la realidad política. La de Cuba era la servidumbre y Luz se adelantó a los posibles efectos en una teoría tan conciliadora y tan flexible.

Al respecto Sanguily aprecia las cosas del modo siguiente: Entonces la isla de Cuba estaba regida por la autoridad arbitraria y omnipotente de los capitanes generales, y vivía y se sustentaba de la esclavitud y de la trata. Ser manejados los blancos con un sable, ser manejados los negros con un látigo, vivir todos sin el derecho de la queja siquiera, y alimentarse el país con los asaltos y latrocinios de los piratas que vaciaban sobre nosotros continuamente barcadas de infelices salvajes o bárbaros de África, todo eso constituía conforme a los eclécticos, el régimen mejor, el gobierno divino, la necesidad benéfica impuesta por la providencia. Si al día siguiente una revolución hubiera raído de la tierra cubana tamaños horrores y absurdos, la revolución estaba en su lugar, venía a su hora, era buena y providencial, conforme a doctrina tan acomodaticia como el doctrinarismo histórico y político.

De aquí el legítimo y noble recelo de Luz y Caballero.

Dejando a un lado los detalles de la polémica, despréndase una idea de todo esto, y es que en aquel momento de nuestra historia intelectual se aplicó la filosofía a la vida. Ese es el punto sugestivo.

A causa de una conferencia que pronunció Don Antonio Angulo Heredia (uno de los discípulos más distinguidos de Luz), en el Ateneo de Madrid (1863), lo relacionaron con Krause, debido a la declaración que hizo de la filiación krausista de su venerado

maestro. Ello fue casi unánimemente refutado por la falta de exactitud de tal afirmación. Baste citar palabras textuales de Enrique Piñeyro, quien publicó la biografía de Luz 30 años más tarde (en 1903): “No hay una línea en los escritos impresos de Luz ni se recuerda frase alguna de sus discursos improvisados en el colegio, que justifique ni aún vagamente esa extraña predilección. Angulo mismo, en un folleto publicado posteriormente, atenuó mucho la fuerza de sus palabras, agregando que sólo había querido apuntar que tuvieron Luz y Krause algunas ideas parecidas.”

En el 1884, aunque estaba ausente de Cuba, Luz se vio acusado por los sucesos conocidos como la Conspiración de la Escalera. En el año 1850, abatido por el dolor, ante la muerte de su única hija, víctima de una epidemia de cólera que azotó a La Habana, escribe *El diario de lágrimas*.

Con humildad dejó de existir en 1862, rodeado por sus alumnos y los volúmenes de su biblioteca de El Salvador, donde vivió los últimos años. Su sepelio fue un imborrable acontecimiento de sensibilidad nacional, del pueblo que le distinguió como a uno de sus símbolos.

Pero más que por su saber y sus ideas propias en filosofía, influyó por sus cualidades personales, por su comprensión de todo, por su reacción piadosa ante las imperfecciones del medio, por su fibra evangélica. Impresionó a muchos que por largo tiempo lo recordaron. En los testimonios existentes se advierte que fue su humanidad, su contextura moral, lo que dejó una huella imperecedera en contacto con su persona.

Quiso serenar las conciencias —señaló Manuel Sanguily—; pero al cabo las perturbó, sin embargo. Sí, porque las condujo a esa intranquilidad de quienes ven, al fin, el oprobio en que viven. Y aún con eso el educador, todo mansedumbre y prudencia, no hablaba sino de la verdad, y el impulso de propagarla que algunos sienten; de la fe, que genera raudales de caridad y esperanza; y de la justicia, sol del mundo moral.

Mayo 2000

- 1 Ver *Las ideas y la filosofía en Cuba*, de Medardo Vitier, Editorial Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1970, pp.360-361.
- 2 Cintio Vitier. *Ese sol del mundo moral*, Ediciones Unión, La Habana, 1995, p. 30.
- 3 Enrique José Varona. *Lógica*, 1880, p. 21.

## **JOSÉ ANTONIO SACO, Antecedente aleccionador**

Un análisis de la evolución de las ideas liberales en Cuba hasta nuestros días, partiendo de su más riguroso y genuino representante, José Antonio Saco, nos llevará a la descripción de un proceso involutivo que terminaría en las camarillas depravadas al servicio del imperio yanqui, es decir, lo que el ilustre reformista rechazaba de plano.

### **SACO Y EL REFORMISMO**

La lógica para la incomprensión hispánica acerca de lo que significaba José Antonio Saco, el más brillante representante de los reformistas cubanos, estaba en que los gobernantes españoles tenían ensamblados sus intereses con los de los esclavistas, y en sus decisiones pesaban el espíritu reaccionario de la conquista y el resentimiento por su desplazamiento del concierto sistema de las potencias mundiales, a partir de las guerras de independencia de América.

La España del siglo XIX no aprendió las lecciones de los reveses que tuvo en Hispanoamérica, por el contrario, recrudesció en Cuba y en Puerto Rico la ferocidad de su dominación colonial, hasta que ocurrió lo que la sabiduría de José Antonio Saco había advertido: *si España no daba ventajas políticas a Cuba, la perdía.*

Pero Saco, a partir de su vasta cultura racionalista y científica, aspiraba a una independencia tan gradual y matemáticamente segura, que sólo podía concebirse en un laboratorio. La vida, los procesos históricos reales, fueron por otro camino y hombres con el pensar de Varela y el actuar de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y Martí abrieron el camino al surgimiento de la nación cubana con su sello de justicia social y liberación universal del hombre.

Los reformistas, no obstante sus sentimientos patrióticos y su enorme erudición acerca de la sociedad cubana de su tiempo, no pudieron asumir, sin embargo, las realidades que estaban por crear y que fueron las de los tiempos de Martí y las de los nuestros. Es la

lección práctica que debemos extraer. Les faltó lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre, con raíces, desde luego, en la tradición cristiana.

## **EL GRAN PATRICIO JOSÉ ANTONIO SACO**

El recorrido de su vida y de sus ideas nos permite desentrañar las contradicciones cargadas de dramáticas encrucijadas, tan presentes en la gestación de la nación, y extraer lecciones para entender mejor la historia de las ideas cubanas y poder asumir los retos de hoy.

Saco es un germen vital en el «embarazo» forjador de la nación cubana. En el ilustre y culto patriota bayamés estuvieron presentes, acaso más que en nadie, los fundamentos objetivos de un hecho esencial de nuestra historia: nunca pudo cristalizar en Cuba una burguesía capaz de representar el ideal cubano de patria y, sin embargo, emergió diáfananamente una nación. Ahí está la raíz de la tragedia presente en este eminente discípulo de Varela.

Al estudiar la historia que de su vida hace Don Fernando Ortiz, y leer algunos de los textos suyos en su *Historia de la esclavitud*, se me estruja el corazón porque se trata, como él mismo señaló, del discurso de un «patriota sin patria».

Paradójicamente, el pueblo en armas le obsequió, para la historia, una patria cuya naturaleza y forma de ser no pudo imaginar ni creer José Antonio Saco. Hoy, a dos siglos de su natalicio, lo tenemos, con todo honor, como uno de nuestros grandes antecesores y podemos valorar mejor los fundamentos del drama que encierra no ser comprendido por los sectores políticos y sociales a los que quería servir de un modo honesto, sincero y patriótico.

La fragilidad del pensamiento de José Antonio Saco estaba en que quería promover una evolución política que nos trajera gradualmente la independencia, pero estos objetivos aunque podían serle (teóricamente) de interés estratégico al sistema dominante en España, éste no poseía la cultura necesaria para entender, ni mucho menos asumir, a los reformistas cubanos. Esta limitación cultural tenía, desde luego, fundamentos económicos.

En España, no había tenido lugar una profunda revolución burguesa ni un ascenso del capitalismo que le permitiera a la metrópoli comprender el significado de las ideas reformistas e insertarlas en su propio desarrollo. Un país que no gozaba de libertad no podía brindársela a otro.

No siempre las decisiones que se adoptan, en relación con cuestiones de interés inmediato, tienen en cuenta los objetivos que, a largo plazo, puede tener un sistema económico-social. En muchas ocasiones sólo se toman en función del provecho específico de quienes trazan las medidas claves dentro del propio sistema. Suele prevalecer, así, un sentido pragmático y oportunista de la política de los gobiernos.

Los regímenes que se han mantenido más allá de las coyunturas adversas en la historia lo lograron porque dispusieron de dirigentes cultos y capaces de diseñar políticas (a largo plazo) que subordinan los intereses parciales a los de carácter general y de perspectiva del sistema.

Federico Engels, cuando decía que si Ricardo Corazón de León se hubiera dado cuenta de que era más útil introducir el libre cambio que hacer las Cruzadas, se hubieran evitado al mundo siglos de miseria.

Se trataba, pues, de una razón de carácter cultural que, obviamente, no se puede desvincular de sus fundamentos y repercusiones económicas. La metrópoli tenía mucho más razón para comprender a Saco, que Ricardo Corazón de León para introducirse en el libre cambio. Pero Dios ciega a quien quiere perder.

El análisis de tales contradicciones nos evoca el opúsculo que José Martí publicó cuando tenía sólo 20 años, titulado: *La revolución cubana ante la república española*.

Lo que en realidad resulta insólito es que, en vísperas del siglo XXI, algunos actualmente no comprendan el carácter de nuestra nación y no tengan conciencia de que en la Cuba de hoy se ventila no sólo la independencia del país, sino el futuro y destino de Iberoamérica. Estoy convencido de que el pueblo español sí lo entiende y lo va a entender cada vez mejor.

## LOS TEMORES DE SACO

La tragedia de Saco se muestra con nitidez en sus claras advertencias publicadas en París en 1852. Cuando dijo: *o España concede a Cuba derechos políticos o Cuba se pierde para España*. O cuando expresaba: *Dios nunca permita que cuando se quiera aplicar remedio a los graves males de Cuba sea demasiado tarde*.

Esta expresión es estremecedora si se tiene en cuenta que a última hora la metrópoli proclamó el régimen de autonomía. Saco también decía: *Una de las grandes desgracias de nuestras naciones es que pocas veces hemos sabido llegar a tiempo*. Hoy me pregunto si España sabrá llegar a tiempo al futuro. Es lo que más deseo.

Saco consideraba como funesto que se desencadenara una lucha de fundamentos sociales. Sus temores se basaban en que tal eventualidad conduciría a enfrentamientos que darían oportunidad a Estados Unidos para intervenir en Cuba, quedarse con nuestro territorio y sus riquezas y frustrar, así, el ideal de nación. Estos temores estaban, pues, justificados, pero la única solución estaba en una revolución independentista y abolicionista. Todavía hoy, Estados Unidos promueve criminalmente choques en el seno de nuestra población con los mismos objetivos.

En la urdimbre del pensamiento reformista de José Antonio Saco radica la única legitimidad histórica que hipotéticamente pudiera haber tenido un programa diferente al de la Revolución cubana, pero el mismo, para ser consecuente con esa tradición, tendría que rechazar las pretensiones norteamericanas contra Cuba.

Por eso, a los grupos ferozmente contra-revolucionarios y entreguistas de Miami no podemos considerarlos como *derecha cubana*. Si lo fueran, tendrían que asumir el antianexionismo como su causa. Tales grupos son propiamente herederos del anexionismo de Narciso López; forman parte de la *derecha norteamericana*; pertenecen a aquel país, no al nuestro.

Es más, las tesis de algunos anexionistas del pasado siglo de incorporar a Cuba a Norteamérica no eran, como señaló uno de ellos (Gaspar Betancourt Cisneros) un sentimiento, sino un cálculo. En los anexionistas de entonces había determinada sensibilidad de cubanía que se veía frenada por el análisis que hacían sobre fundamentos cargados de pragmatismo. En los anexionistas

«postmodernos» —para llamarlos con expresiones que tanto se emplean hoy— no hay ni siquiera esto.

Piensan, exclusivamente, en la entrega del país, no por cálculo de interés —que pudieran haber tenido, hace 150 años, cierto ropaje patriótico— sino sólo en función de afanes individuales y desenfrenados egoísmos. Responden a sus más corrompidos e individualistas intereses y llegan a las peores irracionalidades. Han perdido el sentido de lo racional y están dominados por los instintos primarios. Se han colocado junto a la derecha norteamericana como se situaron los de la primera mitad de la decimonónica centuria, al lado de los esclavistas norteamericanos.

En Saco hay un pensamiento conservador que la historia mostró como irrealizable. Es útil estudiarlo porque representa el pensar racional de la cultura occidental elevado a las más altas escalas. Pero con él no pudo salir el patricio bayamés del círculo vicioso que significaban los gigantescos problemas, al parecer insalvables, que tenía la nación. Esto sólo fue posible a partir de la Revolución.

Cuatro grandes poderes se oponían en tiempos de Saco a la libertad de Cuba: la metrópoli, que había concentrado toda su fuerza en nuestro suelo después de la independencia de los pueblos de América; el poder de los intereses esclavistas, que estaba asentado de forma brutal en nuestro país; el grande y poderoso vecino del Norte, que desde sus orígenes mismos había sentido por destino manifiesto que Cuba era una de sus más importantes posesiones, y, por último, Inglaterra, que por entonces tenía gran influencia e intereses en el Caribe y con la cual había que contar.

La esclavitud debía ser abolida para poder garantizar la soberanía y producir, como en efecto ocurrió, la integración nacional. Pero existía el temor justificado de que ello pudiera provocar revueltas y luchas cruentas que le abrieran a Estados Unidos el camino para apoderarse del país.

Frente a esta encrucijada se movían José Antonio Saco y su ideal patriótico. Su pensar racional y científico, que alcanzó —como hemos dicho— las más altas escalas, no encontró otra solución que promover un proceso gradual en favor de la libertad y la independencia, bajo la tutela de Iberia.

Pero ni España la quería, ni Estados Unidos la admitía, ni los esclavistas la hubieran permitido, y era, sin embargo, la única

política que la inteligencia y la cultura del buen Saco podían concebir como mejor.

## **SACO Y MARTÍ**

A partir de esta posición propuso soluciones que se movían en el plano exclusivamente político. Martí, sobre el fundamento de su cultura ética, enraizada en el ideal humanista universal, arribaría a propuestas que tenían y tienen fundamentos sociales, y de ahí derivó su programa político. Lo más interesante es que las tesis de Martí, de más amplio alcance humano, fueron confirmadas por la historia.

Tanto Saco como Martí poseían una inmensa cultura universal de raíces iberoamericanas. A partir de ella, y para enfrentar los retos que tenía ante sí el proyecto nacional, propusieron soluciones antagónicas. Cada cual, a su modo, lo hizo con gran inteligencia y sensibilidad patriótica.

Sin embargo, el poeta, armado del ideal de redención universal del hombre, que se presentaba como la utopía mayor, tuvo más acierto y agudeza que el profundo y cáustico análisis de la realidad socioeconómica cubana.

Es que, para entender el problema clave de la esclavitud, y en especial para extraer consecuencias útiles al país, había que asumir una cosmovisión de la cultura y de la ética que no quedara limitada a objetivos o intereses exclusivos de una nación, pues ella tenía comprometido su destino en la lucha en favor de la liberación radical del hombre. Sólo considerando que «patria es humanidad» y disponiéndonos a echar la suerte con los pobres de la tierra, se podía llegar a una conclusión adecuada con respecto al drama de la esclavitud en Cuba.

Un problema universal como el sistema esclavista estaba planteado «en el crucero del mundo» donde las ambiciones de las poderosas potencias mundiales estaban al acecho con la intención de apoderarse de la Llave del Golfo.

Cuba —Saco lo vio con claridad— se había convertido en un elemento de importancia singular en el entrelazamiento de los poderes de Occidente. Esta ha sido una constante en la historia de Cuba que José Martí reveló con mayor nitidez y con profundidad

revolucionaria y que sigue hoy presente como un reto esencial de la nación.

Para cristalizar como nación necesitábamos un pensamiento humanista en favor de los pobres de la tierra; se requería de una visión ecuménica de la justicia y de la igualdad, sin ninguna de las trabas y restricciones impuestas a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad por las sociedades clasistas de Occidente.

No bastaba, pues, para tal empeño, con el pensamiento democrático-burgués que José Antonio Saco representó como nadie en nuestra historia. Esta gloria no se le puede arrebatar, porque quienes se lanzaron a la guerra iniciada en 1868 imbuidos por el pensamiento liberal, en realidad llevaron a cabo una tarea superior: abrieron un proceso histórico-social que resultaría cada vez más distante del programa capitalista y burgués.

Es obvio que en los independentistas influyeron, también, los conceptos democrático-liberales; pero, en tanto cultura, es decir, como llave maestra para abrir a planos más altos la libertad de todos, sin excepción.

La explosión revolucionaria desencadenada en La Demajagua y en Guáimaro, los decretos de abolición de la esclavitud, la incorporación, desde el inicio de la contienda, de las masas de esclavos liberados, de los campesinos y trabajadores explotados a este empeño generoso, le facilitaron a Cuba, en las últimas décadas del siglo XIX, un camino de radicalización popular del pensamiento político que rebasa las ideas democrático-burguesas de la Europa decimonónica y de Estados Unidos.

Las ideas no pueden evaluarse exclusivamente a partir de sus expresiones intelectuales o teóricas. Debemos considerar también las consecuencias que su instrumentación tiene en los países donde se desarrollan.

La cultura política europea de las revoluciones burguesas en las condiciones de Cuba, facilitaron un hilo de pensamiento-acción distinto al que se desarrolló en las naciones donde habían surgido las liberales. Con Martí toma un carácter popular y democrático profundamente radical, en búsqueda de la utopía universal del hombre.

Las nobles aspiraciones de la ilustración y el humanismo de los siglos XVIII y XIX llegaron a nuestro país; pero, en las condiciones de

la sociedad cubana, evolucionaron hacia la defensa de los sectores y capas desposeídas de la población. Ellas en Cuba se plantearon y crecieron sin las mistificaciones que le impusieron las desigualdades clasistas de las sociedades norteamericana y europea.

Sólo tenemos derecho a realizar utopías hacia el mañana. Carece de sentido práctico elaborar alternativas acerca de lo que pudo ser y no fue. Únicamente es válido esto último para entender mejor el pasado y extraer lecciones provechosas hacia el porvenir.

Si se desea especular para conocer el curso de la historia nacional cubana, examinemos tres hechos que muestran lo que ocurrió:

a) El sistema prevaleciente en España nunca pudo entender, dada su rancia política y su cultura monárquica —que no se había liberado de la ideología más atrasada del Medioevo—, a los reformistas cubanos, quienes, hipotéticamente, hubieran podido generar el núcleo portador de esa cultura burguesa nacional.

b) Los sectores burgueses no tan comprometidos con los intereses económicos españoles, menos dependientes de ellos y más ahogados económicamente, aislados e instalados sobre todo en la región oriental del país, optaron, a partir de 1868, por la solución radical de la contradicción social generada por la colonia y la esclavitud.

Estos sectores —los más avanzados, en tanto herederos de la tradición abolicionista e independentista de Varela—, se unieron a las masas oprimidas mediante un largo proceso que incluyó treinta años de guerras de liberación, generando una cultura de carácter radicalmente popular.

c) La intervención militar y política de Estados Unidos, y el posterior apoderamiento de Cuba por esta emergente potencia mundial, impidieron, para siempre, la posibilidad de que, con la independencia, naciera y se desarrollara una burguesía nacional capaz de expresar un ideal de cultura auténtico.

El Himno Nacional y la bandera de la patria los asumieron las masas laboriosas de la nación, con lo que el ideal de una cultura cubana fue expresión de las aspiraciones redentoras de los sectores populares.

En una hora como la actual, es útil volver a las reflexiones de hace más de 150 años y comparar la lógica de los reformistas y la de los independentistas porque, para ser radical, hay que estudiar los fundamentos del hilo conceptual con que opera el pensamiento conservador.

## CONCLUSIÓN MATEMÁTICA

Las tesis reformistas se presentaban formalmente más sólidas y seguras, y las de los independentistas, más románticas y cargadas de aventuras. Sin embargo, la lógica de la historia fue la de estas últimas. Saco llegó, en su exaltación de la racionalidad, a afirmar que dados los peligros que amenazaban a Cuba, una revolución sólo podría ser útil si se garantizaba su victoria con la exactitud de una conclusión matemática.

Es difícil encontrar una expresión más exagerada del pensamiento racional. Ninguna revolución se ha movido por conclusiones de este carácter. Los saltos en la historia se presentan con otra lógica.

Las conclusiones que se derivan de los avances de las ciencias naturales y sociales confirman que tal racionalidad es rebasada por una «lógica» mucho más profunda. Con estas premisas no pudo Saco creer en la nación que surgió en La Demajagua y Guáimaro.

Le faltó lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre. Y no es que Saco dejara de ser un soñador, porque para sentir la patria que él concebía también se necesitaba soñar. Pero no alcanzó a ver que la liberación de Cuba suponía la inmediata y radical abolición de la esclavitud. Él deseó una patria sin esclavos, pero no llegó a comprender que la clave de la historia cubana del siglo XIX estaba dada por la articulación de dos grandes necesidades: la abolición radical de la esclavitud y la independencia del país. y esto, sólo era posible con la Revolución.

La inmensa cultura occidental, racionalista y científica de Saco no logró alcanzar el sueño de una patria como la que concibió el pensar y el actuar de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y Martí. Es decir, la patria que hoy tenemos, y la que —para salvarse y desarrollarse hacia el siglo XXI— no debe renunciar jamás al sueño

de la liberación universal del hombre. Si abandonara esta utopía, *dejaría de ser*. Si la mantiene en alto, *continuará siendo*, mientras exista humanidad.

¿Cuál es la lección intelectual que nos deja el ilustre patricio? Que, aunque es indispensable, no basta para el cubano completo y cabal, *saber*, es necesario, también, *querer y soñar con la igualdad social del hombre*, entendida en su alcance más universal. Ello no se logra, exclusivamente, con el apoyo de la ciencia. Es indispensable, también, la conciencia, la voluntad y, por tanto, el cultivo de sentimientos y emociones que tiendan a la solidaridad humana.

Estos últimos, aunque resulten infinitamente más difíciles de descubrir, poseen fundamentos científicos e influencia objetiva en la historia. Es indispensable, pues, que venga en nuestra ayuda la imaginación y el vuelo que suelen tener los poetas, los profetas y los héroes. He ahí el decisivo papel de la educación y la cultura.

A partir de la vocación ecuménica y de la alta sensibilidad artística, a Varela y a Heredia, —contemporáneos de Saco—, les fue posible visionar un futuro en que se forjara una Cuba independiente de España y de Estados Unidos. Se requería —como he dicho— de la utopía redentora en su acepción más universal, y esto, también, forma parte de la realidad porque constituye una necesidad que cada día se hace más apremiante.

Hegel decía que tan real era la monarquía francesa de las décadas finales del siglo XVIII, como la revolución que entonces tenía en su vientre. Es que lo real no es sólo lo que formalmente aprecian nuestros sentidos, sino, también, lo que está en la esencia de las cosas y que, constantemente, se despliega.

Saco expresa, con rigor cultural y espíritu patriótico, lo más elevado del pensar racional y científico de la tradición intelectual que culminó en Hegel. A partir de Marx y Engels el pensamiento occidental pudo abrirse en abanico hacia la comprensión filosófica de los caminos prácticos para la transformación de la realidad.

*La filosofía, hasta aquí, se ha encargado de interpretar el mundo y de lo que se trata es de transformarlo* afirmaron estos dos sabios. Nada más importante se ha dicho, después, en esta disciplina. A estas altas escalas del pensar llegó la cultura europea por vía de la exaltación de la capacidad intelectual del hombre.

Si en Europa se había arribado a tales conclusiones por caminos filosóficos, José Martí, con el mensaje de Varela y de la inmensa riqueza intelectual del siglo XIX cubano, asumió la necesidad de la transformación radical del mundo en favor de la justicia, a partir del sentido ético de nuestra América.

En el mundo actual se ha convertido en exigencia impostergable comprender que la voluntad de transformación reclama el crecimiento y desarrollo de la conciencia social, que sólo puede alcanzarse sobre el presupuesto de una ética asentada culturalmente. Asumirlo y mostrarlo ante el mundo, es misión del pensamiento filosófico y científico-social cubano de estos tiempos, que algunos quieren llamar postmodernos.

## **EDUCACIÓN Y CULTURA**

Educación y cultura se colocan, así, como piedras angulares de las exigencias políticas, sociales y económicas de la liberación humana en estos finales de milenio. y algo más: de la propia existencia de la civilización occidental en el siglo XXI.

El aporte de las ideas revolucionarias cubanas en estos nuevos tiempos, se fundamenta en que en ellas se articularon lo más elevado del pensamiento filosófico y científico-social europeo y la tradición espiritual y ética de Iberoamérica.

El sentido de la acción y transformación de la realidad se asumió en Estados Unidos de una forma bien distinta a como se hizo en Cuba. Allí tomó el camino del pensamiento pragmático que servía a los intereses parciales o particulares. Representó, sin dudas, un enorme paso de progreso material, pero no podía plantearse la tarea de la integralidad de la cultura, en cuyo centro estaba la liberación del hombre en forma radical y universal. Esto, porque tal integralidad tenía que hacer comprender los derechos de todos los hombres sin excepción.

Hay que recordar que en Norteamérica la abolición de la esclavitud se decretó un siglo después de la independencia y que, más tarde, predominaron los intereses particulares que generaron, de un lado, ese sentido pragmático de la acción y, por tanto, parcial, y del otro, una retórica de la libertad en contradicción con la realidad

donde la miseria, la esclavitud, la corrupción y la explotación neocolonial conformaron y conforman procesos opuestos al que se proclama como ideal.

En la historia de la nación cubana, la evolución de las ideas liberales marchó por un camino distinto. Las formas de pensar y de sentir cubanos tienen otras bases económico-sociales e históricas. La composición social de la isla y las exigencias materiales y espirituales que se le plantearon a la naciente cultura nacional, estaban orientadas a proteger los intereses de todos los habitantes de la colonia, en la que constituían aplastante mayoría los esclavos, y, en general, los trabajadores explotados.

Los gérmenes burgueses que surgieron en el seno de una economía esclavista y de propiedad latifundaria, no poseían fuerza para emerger como núcleo promotor y sostenedor de la nación, especialmente por la resistencia feroz del sistema esclavista, de la incultura de la metrópoli (a que hemos hecho referencia), y la oposición de los enemigos externos que tenía la independencia del país.

Nadie como José Antonio Saco representó esta tragedia, que marcó el hilo y el destino de sus ideas y de su vida cargada de cultura cubana y de aspiración redentora; pero sin poder visualizar y asumir, por las apuntadas limitaciones, la utopía universal del hombre que está en el núcleo central de la cubanía.

El nacimiento y futuro de la nación dependía de la radical e inmediata abolición de la esclavitud. Era la única forma práctica de integrar a la población de Cuba en una formación nacional independiente. Se reclamaba la integralidad del pensamiento alrededor de la aspiración universal de la justicia social. y para llegar a esa conclusión no bastaba la racionalidad del pensamiento democrático-burgués. Era indispensable asumir la universalidad de los derechos del hombre como no lo había alcanzado el paradigma liberal que nos llegó de Europa.

Por esto, no obstante su extraordinario aporte a la causa humanista, Saco no asumió la liberación total del hombre como reclamaba lo mejor del pensamiento cubano decimonónico.

Los independentistas, con su sentido radical de la lucha por la liberación y la independencia nacional, asumieron el reto sobre el fundamento de una ética de valor universal, rebasaron el

pensamiento burgués y racionalista de Saco, y se situaron en las fronteras del siglo xx con un ideal iberoamericano y antimperialista que, en nuestra centuria, se ensambló con el programa socialista de una manera auténticamente cubana.

Quizás lo más interesante a destacar, de este hilo de pensamiento, es que tiene raíces intelectuales en la cultura cristiana. El hombre que «nos enseñó primero en pensar», el padre Félix Varela, se planteó su vocación cristiana en una forma radical, genuina y, por tanto, desde la óptica de los explotados, y asumió, a su vez, el pensamiento científico más avanzado de su tiempo histórico como premisa indispensable de la educación.

Esto le dio a la escuela cubana, forjada a partir de él y de su continuador José de la Luz y Caballero, un valor ético de alcance universal que se muestra en la idea de que la justicia es el sol del mundo moral. Esta idea fue retomada por Martí y sostenida en el campo específico, concreto, de la acción. En el Apóstol hay, pues, un fondo de cultura cristiana llevado hasta sus últimas consecuencias prácticas.

En la historia de Cuba la búsqueda de los caminos de la justicia ha conducido, en más de una ocasión, al deber del sacrificio. La evolución cultural cubana posee una trayectoria de pensamiento-acción que alcanzó escalas de tragedia el 19 de mayo de 1895 con la muerte de Martí en el combate de Dos Ríos. En nuestro Héroe Nacional se hizo conciencia con el ejemplo. Su virtud educativa consistió en que, no siendo precisamente un guerrero, creyó indispensable ejemplificar con su conducta y combatir con las armas en la mano.

### **LO QUE SE DICE, LO QUE SE HACE Y LO QUE SE PIENSA**

La correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace; entre lo que se piensa y lo que se lleva a vías de hecho, se revela en este gran drama histórico. ¿Acaso ello le da la razón a quienes, con reproches, hablan de nuestra utopía? Yo pregunto: ¿qué es lo que inspira el ideal y la lucha en favor de las más nobles aspiraciones humanas en la milenaria historia de la cultura, la ciencia y el arte

que el hombre ha ido creando sobre la tierra?

Desde Prometeo hasta Ernesto Che Guevara, todo lo creado —a partir de la naturaleza y sobre sus fundamentos más objetivos— ha sido obra de los que supieron soñar con lo que parecía imposible y luego resultó realizable.

Saco, ante las frustraciones, agotado en sus afanes de hallar vías de reformas que le abrieran paso a la libertad en el país y caminos estratégicos a favor de la independencia, tal como él las concebía, y encontrando en el sistema esclavista la clave de las angustias de la patria, que eran las suyas, dedicó los últimos años de su vida a completar el estudio erudito de ese colosal fenómeno, tal como nació y se desarrolló en la historia de diversas civilizaciones.

En su saber profundo halló refugio y empleo útil a su inteligencia. *La Historia de la esclavitud*, que resultó una obra con derecho a considerarse clásica en la materia, no es suficientemente conocida. En homenaje a José Antonio Saco, con motivo de su bicentenario, debiéramos trabajar por su promoción en los círculos académicos y científico-sociales.

Y para concluir y resumir, señalamos:

La revolución, nacida en Yara y continuada en Baire, poseyó desde sus orígenes, un carácter social que la diferencia de otros movimientos independentistas en el hemisferio occidental. Esta es la clave para entender la evolución que nos condujo a la revolución de Fidel.

Las revoluciones, en otros continentes, se produjeron sobre el fundamento de naciones que ya existían. En Cuba, la iniciada en 1868 forjó y desarrolló una nación; ha sido una revolución creadora de una nación. Es bueno que todos los que en el mundo se interesen por los temas de la política cubana aprendan estas lecciones de la gloriosa historia de nuestra patria. Sin conocerla no es justo juzgar la Cuba de hoy, ni soñar la de mañana.

José Antonio Saco tiene nuestro reconocimiento porque es una de las piedras angulares de la cultura nacional. Sus temores se fundamentaban en la racional preocupación de que Cuba cayera en brazos norteamericanos. Por eso pidió se pusiera sobre su tumba: *Aquí yace José Antonio Saco, que no fue anexionista porque fue más cubano que todos los anexionistas.*

José Antonio Saco y José Martí, cada uno desde sus ópticas, bien

contradictorias, fueron junto a Varela cumbres intelectuales que se plantearon el tema de la política en la patria cubana del siglo XIX. La historia tomó el camino del Apóstol, y situó a José Antonio Saco como hermoso y aleccionador antecedente.

Año 2000

## **LA POLÉMICA FILOSÓFICA: UN TEXTO FUNDADOR**

La generosidad de la Fundación Zulueta, de España, nos ha brindado posibilidades prácticas para la edición de este texto fundador del pensamiento filosófico cubano. Ahora presentamos el primer tomo de *La Polémica Filosófica* y más adelante tendremos oportunidad de hacerlo con el segundo. El laborioso trabajo editorial de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz ha contribuido a este empeño. Los esfuerzos en la investigación y promoción de la cultura cubana realizados por esta institución figuran ya entre los más importantes trabajos intelectuales de la Cuba de hoy.

El valor de los maestros se determina no sólo por el saber, la cultura y la conducta de ellos en la vida, sino también por la influencia que ejercen sus enseñanzas en sus discípulos y continuadores. Asimismo, el mérito de los grandes documentos históricos no radica sólo en su contenido sino que descansa, también, y de manera fundamental, en que constituyen piezas maestras de una cultura.

*La Polémica Filosófica* desarrollada entre 1838 y 1840, que tuvo a José de la Luz y Caballero como figura central, es un antecedente esencial de la historia de las ideas cubanas. Puede situarse como un punto de referencia fundamental de la cultura filosófica de los independentistas que iniciaron su gesta libertaria unos pocos años después de la muerte del maestro del colegio El Salvador.

Es imprescindible la investigación y divulgación referente a los hechos históricos y, a la vez, lo es también descubrir y describir ese hilo conductor que está presente, en el plano de las ideas, desde los tiempos forjadores hasta nuestras concepciones de hoy. De otra manera no se comprenderían cabalmente las profundas razones económicas, sociales y culturales del más grande acontecimiento ocurrido en el hemisferio occidental en la segunda mitad del siglo xx: la Revolución cubana.

Es precisamente partiendo de ese hilo esencial de la cultura

filosófica cubana —presente hace más de siglo y medio en *La Polémica Filosófica*— que se deriva su perdurabilidad en medio de tan poderosos obstáculos y su influencia moral y cultural hacia el siglo XXI.

En un mundo marcado por el desprecio y la subestimación de la tradición y los valores autóctonos, Cuba se presenta con un testimonio como el que hemos editado, que es clave para entender el recorrido filosófico de su historia espiritual.

Tanto en la historia natural como en la social, el progreso viene conformado por diseños centrales que no constituyen rígidos esquemas, sino líneas cardinales que van guiando una cadena de sucesos en los que están presentes también las potencialidades de asociación de sus elementos componentes. Ellos no podrían imponerse ni siquiera concebirse en sus detalles, pero no es posible plantearse el futuro sin estudiar el diseño inicial de la historia transcurrida y de las ideas que están en su substrato. Quienes lo pasen por alto estarán condenados al fracaso y sólo podrían lograr la muerte de la cultura y de la sociedad que los generó.

Las ideas contenidas en este texto fueron semillas germinales de la filosofía cubana. Sin las lecciones que brindaron estos maestros no se podrá entender la historia cultural de la mayor de las Antillas ni descifrar las razones de la importancia del papel de Cuba en la segunda mitad del siglo XX y la que desempeñará hacia el futuro. Por ello, intentamos resaltar la relación de las ideas contenidas en *La Polémica* con el desarrollo ulterior del pensamiento cubano de forma que resulte útil para las actuales y futuras generaciones.

Para poder apreciar en toda su magnitud este hecho singular de nuestra historia es preciso abordar el pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XIX, en cuya cúspide figuran el sacerdote Félix Varela y el maestro católico José de la Luz y Caballero, ambos fundadores de la cultura cubana.

Ha de partirse de que estos herederos del más puro legado cristiano asumieron a Dios visualizándolo en los hombres y en la bondad. Concibieron la fe en Dios como un asunto esencial de conciencia y no la pusieron en antagonismo con la ciencia, sino que vieron en ésta un camino hacia Él. Con dicha óptica, la tradición ética de Jesús de Nazareth pudo asumirse por creyentes y no creyentes y se insertó en la cultura cubana como un postulado

fundamental.

Hay algunas paradojas históricas que nos revelan la enorme complejidad y sutileza de las relaciones interculturales.

En la península, la Ilustración, vinculada al poder de la monarquía, no entró en antagonismo con las ideas religiosas acomodándose al sistema político y cultural dominante en España. No ocurrió como en Francia y otros países europeos, donde la modernidad se planteó en forma de radical oposición a la tradición católica y su jerarquía eclesiástica.

Al contrario de lo sucedido en otras regiones europeas, los ilustrados españoles asumieron las nuevas corrientes sin chocar abiertamente ni con la monarquía ni con la iglesia. No le hubiera sido fácil hacerlo cuando, de manera permanente, estaban bajo la vigilancia de la Inquisición. Un Obispo ilustrado de la península, que vino a Cuba desde el país Vasco, donde las ideas liberales se movían con fuerza, Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, promovió en Cuba a principios del XIX las ideas de la modernidad y las defendió en forma consecuente y sobre fundamentos radicalmente cristianos.

El antecedente más lejano de esa tradición cristiana está en Fray Bartolomé de las Casas. Esto puede investigarse mejor, pero es un hecho que las ideas científicas y las cristianas no se presentaron en antagonismo en la Cuba de aquellos tiempos. De esta suerte, Martí se sintió heredero de esa tradición cristiana y más tarde Fidel, quien partiendo de ella, pudo proclamar en los años iniciales de la Revolución que quien traiciona al pobre traiciona a Cristo.

Otra particularidad de las ideas filosóficas cubanas se halla en que fueron maestros quienes sentaron sus bases conceptuales y les dieron una continuidad de más de un siglo. Varela, Luz, Martí y Varona, es decir, sus más altos exponentes, brillaron como pedagogos y sus ideas filosóficas nacieron de las necesidades del quehacer educacional, lo cual dio a sus textos un contenido didáctico y una capacidad de exposición clara como reclama el oficio de enseñar.

En Varela y en Luz hay un acento que parte de sus concepciones religiosas y se inspira en sus principios éticos cristianos. En Martí, la sensibilidad ética y la vocación hacia la acción revolucionaria concreta lo lleva a un sentido latinoamericano y universal de amplias

perspectivas y a la búsqueda de lo que él llamó el equilibrio entre naciones e incluso entre las facultades emocionales y las intelectuales de cada hombre. En Varona, el énfasis se pone en la formación científica sobre el cimiento ético heredado.

En los cuatro está presente un pensamiento humanista radical de valer universal. En él se articulan corrientes diversas tributarias de una identidad que sirve de sustento a las ideas filosóficas cubanas. Todo esto, como señalamos, alumbra el quehacer pedagógico concreto y las posibilidades de transformación ética del hombre a partir del desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura.

Entre los principales exponentes de la filosofía cubana —Varela, Luz, Martí y Varona— no se produjeron choques irreconciliables, como tuvo lugar en la historia intelectual de Europa, muy por el contrario, se revela una continuidad y enriquecimiento entre las ideas de todos ellos. Es cierto que existen pensadores cubanos que no compartían esas ideas, como es el caso de los reformistas y autonomistas, que para algunos análisis específicos hicieron aportes a tomar en cuenta, pero la línea central de la historia intelectual de Cuba superó radicalmente estas corrientes.

Otra característica singular de los forjadores del pensamiento filosófico cubano está en que tienen una marcada tendencia hacia la acción social y específicamente política, es decir, no se desconoce sino, por el contrario, se tienen muy presentes orientaciones hacia la práctica. Ellos persiguen orientarla hacia el propósito de la justicia y a partir de una política culta. Varela, diputado a Cortes, emigrado por razones políticas, fue un combatiente a favor de las ideas separatistas; Luz y Caballero realiza análisis sociológicos, incluso de carácter jurídico, y formula propuestas al respecto, pero se proyecta especialmente en la práctica de enseñar. En estas figuras, el ideal de la cultura tiene que ver con la integralidad y la aplicación real de las ideas éticas y patrióticas.

Hoy, más de un siglo y medio después y próximo al tercer milenio de nuestra era, el reto fundamental del pensamiento universal está dado por la disyuntiva integralidad o fragmentación a escala universal. He ahí la vigencia de su pensamiento.

La orientación que nos viene de nuestra tradición filosófica está dirigida precisamente a la búsqueda de la integralidad de las diversas esferas de la cultura, la ciencia y la educación. Luz estaba

interesado en “(...)demostrar cuán difícil es separar los fenómenos que constituyen las ciencias morales de aquellas que dan origen a las que llamamos intelectuales, atribuyéndoles un origen y naturaleza diversos, pues para mi ver no son más que diferentes modos de ver una misma ciencia(...) (...) esto es, existe la misma relación entre la moral y las ciencias intelectuales que la que se versa entre la química y la física”.

Un punto importante del pensamiento de Luz se halla en su célebre principio “todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela” . También postulaba que *para vestir un santo no debe desvestirse a otro*. Estas concepciones se relacionan con los métodos de carácter electivo para la adquisición de los conocimientos que tomó de las enseñanzas de su tío José Agustín Caballero.

Rechazó el eclecticismo porque conducía a conclusiones amalgamadas y confusas al servicio de los intereses creados y porque carecía de un diseño matriz esencial. Se elige para algo, es decir, con algún objetivo. Dentro de la tradición cultural cubana, el propósito de elegir va orientado a hacer prevalecer la integralidad de la cultura para orientar el camino hacia la práctica de la justicia.

Esto lleva a Luz, en primer lugar, a los métodos de investigación. Critica a los que sugieren que existan dos tipos de investigaciones contradictorias: *la interna y la externa, no siendo ella en realidad más que la misma función, ora aplicada al conocimiento de los objetos exteriores, ora al de los fenómenos internos; por lo cual sólo la razón de su objeto, pero no de su principio, podrá clasificarse la observación como interna y externa; modo de clasificar que no es de lo más claro ni científico y por lo mismo tanto más tachable en este género de investigaciones que más que ningunas otras deben hermanar el precepto con el ejemplo en materia de precisión. [...]*

La enorme significación de estas conclusiones queda de manifiesto cuando apreciamos que hoy el problema clave que debe dilucidar el pensamiento filosófico en el siglo XXI es precisamente la relación entre lo que en el siglo XX se identificó como objetivo y subjetivo o si se prefiere entre lo material y lo espiritual. Este es un tema cardinal para la filosofía y las ideas del siglo XXI que se escapa de los propósitos de estas palabras. Subrayo ahora su trascendencia y dejo hecho el planteamiento.

Detengámonos ahora en este otro planteamiento clave de Luz que aparece recogido en el libro que estamos presentando: *“(...)¿puede la moral aislarse de lo físico, y aislarse con ventaja para su estudio? De ninguna manera, pues así como en el estudio de nuestras facultades mentales hemos tenido que invocar las luces de la fisiología, aunque no sea más que para deslindar los efectos que pertenecen al instinto de los que corresponden a la conciencia, de la misma manera en la moral, donde se deben primeramente describir nuestras pasiones y las causas que las apagan y fomentan, es de necesidad apelar a aquella misma ciencia preciosa para determinar el influjo de los órganos y funciones corporales sobre nuestros afectos morales, cuyo estudio presupone el de la física propiamente tal no menos que el de la patología, o conocimiento de los desórdenes de las funciones, toda vez que no se puede conocer bien al hombre sano sin conocer bien al enfermo y viceversa, tocándose aquí, como sucede a cada paso, apenas se profundiza cualquier departamento del saber humano, el estrecho enlace que existe entre ellos, no habiendo en rigor más que una ciencia, dividida y diversificada en diferentes ramas, a causa de la limitación de nuestras facultades, tan fuera de proporción con la inmensidad de la naturaleza”.*

Estas ideas constituyen sin duda un testimonio elocuente de las concepciones sumamente avanzadas que había alcanzado la cultura cubana en la primera mitad del siglo XIX.

Para ilustrarlo de modo fehaciente paso a exponerles *in extenso* algunas citas que considero muy ilustrativas de las ideas de Luz y Caballero que estamos comentando:

*(...) “A torrentes han de llover las luces de todas las ciencias humanas sobre el más privilegiado entendimiento, antes que se dé un solo paso en el primero de los estudios en el orden de la importancia, pero el último en el orden del tiempo y la dificultad. Deslindar los fenómenos del instinto y de la inteligencia, examinar las causas que pueden alterar dichos fenómenos, o lo que es igual, marcar la influencia de las edades, de los climas, de los temperamentos, de las enfermedades, conocer al hombre sano y al enfermo (...)sólo el capítulo de la enajenación mental es un episodio que respecto de los conocimientos auxiliares que requiere, se vuelve otro asunto principal.” (...)*

Más adelante señala:

*(...) “Fisiología, y quien tal dice, dice Física, Historia natural, Anatomía comparada, Medicina, Matemáticas (porque es menester notar la marcha del espíritu humano en todos sus ramos). Psicología y por descontado Ideología, Gramática, Lógica; y quien así se explica, ya incluye todos los recursos de la Crítica y la Filología, y por cima de todo y para todo una razón sumamente fortificada y maestra en el ejercicio de la investigación; en una palabra, para el estudio del hombre es menester más que el hombre, toda la naturaleza.”*

Luz exige de las ciencias intelectuales o espirituales y por tanto de la moral, su comprobación práctica, es decir, su confirmación con el ejemplo. El valor de sus ideas se halla en que sólo con la integralidad de las diversas ramas de la cultura se puede alcanzar la racionalidad y la comprensión científica acerca de la importancia de la ética. Porque esta última se interrelaciona con todas las formas del actuar tanto en lo individual como en lo social.

Por eso, las tendencias egoístas insisten en aislar y desconectar las diversas ramas o especialidades en perjuicio de la integralidad. No es que la especialización deje de tener importancia fundamental en estos tiempos de grandes avances científicos, pero el valor definitivo de la cultura está dado por su integralidad, presidida por un sentido ético universal. Es importante extraer consecuencias del hecho de que Luz y Caballero, con amplios conocimientos de la cultura alemana, incluso con admiración hacia ella, descarta para Cuba, sin embargo, las influencias de la filosofía de Hegel.

A propósito de algunos debates y problemas contemporáneos, analicemos ahora la cuestión de la integralidad a la luz del lenguaje y su relación con el contenido de los mensajes. Se ha llegado a situar el lenguaje como elemento más importante que el propio contenido que debe expresar. Se intenta, de manera muy negativa, absolutizar su valor dándole preminencia a la forma sobre el contenido.

El llamado pensamiento postmoderno norteamericano en la medida en que tiende a la desintegración y emplea las formas del lenguaje como valor absoluto, presenta la imagen distorsionada del

contenido para que se corresponda con sus intereses egoístas. Los poderosos medios tecnológicos de comunicación nos trasladan masiva y sistemáticamente su mensaje desintegrador de la facultad humana de pensar a través del manejo distorsionado del lenguaje. Asimismo incitan a la violencia, el odio y, por lo tanto, tratan de aplastar la capacidad humana de amar.

Veamos ahora cómo Luz y Caballero trataba —hace 140 años— el tema del lenguaje y su relación con el contenido. Frente a los que sostenían que si se desarrollaba un diccionario perfecto las discusiones sólo se darían en casa de locos, es decir, entre aquellos que concebían las disputas de palabras como el centro del problema, el maestro del colegio El Salvador señalaba:

*“¿Es acaso lucha de palabras la gran cuestión que se está agitando en los campos de Navarra entre cristianos y carlistas, hijos todos de la misma madre? Idea muy menguada es menester formarse de la humanidad para creer que sólo por palabras esté derramando su sangre a torrentes: cuando tal sucede, y aquí tengo la dicha de caminar de acuerdo con Cousin, es porque tercián grandes intereses de una y otra parte.”*

En las limitaciones del lenguaje y de las ciencias descansan los intereses de los hombres egoístas para esconder en las palabras sus verdaderas intenciones. Se quiere ignorar que la cuestión ética es una forma primaria y fundamental para la comunicación entre los hombres. Ahí está la esencia de una cuestión filosófica de enorme interés teórico para los tiempos actuales y de importantes conclusiones prácticas.

El error de quienes sitúan el lenguaje como lo central de la comunicación y por tanto del debate de ideas, está en pasar por alto que no se trata de un asunto exclusivo del lenguaje. Las formas esenciales de la comunicación se asientan en la ética y en el lenguaje. Nos comunicamos mejor con los demás a partir de valores comunes. Si falla esta consideración y el fundamento moral que la acompaña, se limita y pierde la comunicación e incluso puede conducir a un conflicto violento. Es más fácil comunicarse con quienes respetamos moralmente que con aquellos que no comprenden ni practican nuestra ética.

Vayamos de nuevo a lo expresado por Luz en el libro que estamos presentando. Dice el maestro: *“Una lengua bien formada es la expresión de una ciencia verdadera; así, pues, en vez de afirmar que toda ciencia es una lengua bien formada, debería decirse que toda lengua bien formada es una ciencia: si bien es innegable que el entendimiento de hombre no puede progresar en sus investigaciones sin el socorro de los signos. Pero, por Dios, señor, cada cosa en su lugar: los objetos son los materiales de las ideas, los sentidos el vehículo de las impresiones, la razón del agente de la observación, y los signos el instrumento para marcar los pasos y poder continuar la marcha.”*

Más adelante señala que es imposible poseer un diccionario perfecto como se argumentaba: *“(...)pues siendo la lengua una pintura exacta de la ciencia, sólo llegando el hombre a saberlo todo, y saberlo con perfección, lograría un idioma perfecto; es decir, que solamente llegando a ser Dios, podría poseer un idioma perfecto”*.

La ética es la clave más profunda y sólida para acercarse unos hombres a otros. Desde luego, se necesita como complemento el lenguaje que debe ser preciso y alcanzar la mayor perfección posible, pero aislado de la moral es incompleto e incluso da lugar a la irracionalidad.

Obviamente, la moral sin el lenguaje también es incompleta y puede conducir a los mismos desastrosos efectos. Ética y lenguaje son dos elementos esenciales de la comunicación humana y social y en tanto la primera abarque los intereses del mayor número de personas hasta comprender a toda la humanidad, tendrá más fuerza comunicativa.

Pongamos ejemplos prácticos. El poder de comunicación de Fidel Castro se fundamenta en su dominio del lenguaje y en el contenido ético de valer universal presente en el mismo. Este dominio le sirve para matizarlo, entenderse con el mayor número de personas y llegar a las amplias masas. Tengo un recuerdo de mi madre, quien escuchando un discurso de Fidel, me dijo: “Es que Fidel dice lo que yo sentía y no sabía cómo expresarlo”. A muchas personas les sucede lo mismo. Desde este plano se llega a una síntesis filosófica y cultural que está en el corazón de nuestra tradición espiritual.

Recuerdo que en un encuentro de estudiantes, a determinada pregunta formulada por nuestro Comandante en Jefe a los alumnos

en el sentido de qué entendían ellos por filología, uno le respondió: “la evolución de las ideas apreciada desde el lenguaje”. A todos nos dejó meditando profundamente acerca de la importancia de esta disciplina.

El Apóstol asumió y enriqueció el inmenso saber filosófico de los maestros forjadores que le antecederon, le dio continuidad a una tradición y la elevó a escala superior; alcanzó, de esta forma, las cumbres más elevadas del pensamiento occidental. Los cubanos nos sentimos en el deber con España y con el mundo de que la obra de Martí se conozca más para dar respuesta a interrogantes planteadas en esta época que algunos llaman postmoderna. Si se estudia su obra intelectual, recogida en veinticinco tomos, y dentro de ella lo que llamó la “ciencia del espíritu”, y sus aspiraciones e ideas acerca de la necesidad de lo que denominó la búsqueda del equilibrio entre los hombres y las naciones, se encontrarán claves esenciales para una filosofía de síntesis como la que necesita el siglo xxi.

Para Martí, el hombre, como individuo, tenía que esforzarse por encontrar el equilibrio entre sus facultades emocionales y las de carácter intelectual; subrayaba asimismo la necesidad de procurar el equilibrio de las naciones y el mundo.

Es un amplio campo que sirve para entroncarse con el pensamiento de nuestro Héroe Nacional y las ideas filosóficas cubanas. Si el carácter sincrético ha sido estudiado en diversas ramas del arte y la cultura, es preciso investigarlo también en el de las ideas filosóficas, de modo que sirva para orientar la acción revolucionaria. En vísperas del siglo xxi necesitamos procurar los fundamentos económico-sociales de este saber y describir sus rasgos fundamentales:

En Cuba creció y se fortaleció la utopía universal del hombre sobre fundamentos económicos y sociales por haber vivido, de forma original, procesos claves de la historia de Occidente en estos dos últimos siglos, entre ellos, los siguientes:

- La necesidad de liquidar el sistema colonial europeo en América (siglo xix).
- El desarrollo y expansión de los Estados Unidos a lo largo de

aquella centuria que sentó las bases del imperialismo moderno (siglo XIX).

- El crecimiento acelerado de la población esclava de origen africano y de trabajadores blancos traídos de España y de otras latitudes que conformó como conjunto una composición social y de masas que sufrían la total explotación nacional y de cuadros (siglos XIX y XX.)

- Por último, en Cuba se estableció, al inicio del siglo XX, el primer ensayo neocolonial del imperialismo. La república que emergió tras la ocupación norteamericana frustró toda posibilidad de que se desarrollara un capitalismo portador del ideal nacional cubano.

Sobre estas bases económicas, sociales y políticas, hicieron síntesis y se materializaron en la Revolución cubana los ideales más progresistas de los siglos XIX y XX de Occidente. En el crisol de nuestras luchas por la independencia y por afianzar nuestra identidad como nación, estuvieron presentes los siguientes elementos:

El inmenso saber de la modernidad europea, tal como la habían interpretado creativamente los maestros forjadores que nos representamos en Varela y Luz Caballero.

- La más pura tradición ética de raíces cristianas que, como he dicho, en Cuba no se asumió en antagonismo con las ciencias.

- La influencia desprejuiciada de las ideas de la masonería en su sentido de universalidad y solidaridad humana, que estuvo presente en la forja de la epopeya del 68 y en especial en las ideas de nuestros padres fundadores.

- La cultura, de raíz inmediatamente popular que nos simbolizamos en el pensamiento y sentimiento de la familia de los Maceo y especialmente del Titán de Bronce. La caracterizamos como la forma y el sentido con que la población de origen africano del Caribe asumió las ideas de la

modernidad.

- La tradición bolivariana y latinoamericana que Martí enriqueció con su vida en México, Centroamérica y Venezuela, de donde partió hacia Nueva York en 1881 y proclamó: “De América soy hijo: a ella me debo”.
- Las ideas y sentimientos antimperialistas surgidos desde las entrañas mismas del imperio yanqui. La presencia del Apóstol durante casi quince años en Estados Unidos, la tercera parte de su vida, completó su inmenso saber y sintetizó el pensamiento político, social y filosófico desde la óptica de los intereses latinoamericanos y fue una contribución decisiva a la conformación del pensamiento cubano. Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar.

Estos ideales se articularon en el siglo xx con el pensamiento de Marx, Engels y Lenin, tal como lo interpretaron Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Ernesto Guevara y Fidel Castro.

Asumimos críticamente la historia de la práctica socialista en el siglo xx; estudiamos hoy cómo y por qué ocurrieron sus grandes fallos, errores y horrores. Lo hacemos a partir del pensamiento moderno tal como llegó a Cuba en la primera mitad del siglo xix y lo renovó José Martí en la segunda parte de esa centuria. El análisis histórico de esos complejos procesos nos permite arribar a algunas conclusiones:

La Ilustración elevó a la más alta categoría la facultad de razonar. Ello representó un enorme progreso, pero en más de dos siglos de dolorosas experiencias se puede apreciar que la racionalidad no basta. Marx y Engels plantearon, en el terreno de la abstracción más pura, que el problema inicial del pensamiento filosófico estaba en la alternativa entre el materialismo y el idealismo. Este planteamiento debe analizarse a la luz de la evolución concreta de las ideas y sentimientos en la historia de Occidente.

Hay dos esferas sobre las cuales es necesario trabajar para arribar a una integralidad de nuestra acción y conducta hacia el futuro, que retoma las mejores ideas de la Ilustración enriqueciéndolas con la experiencia de más de doscientos años:

- La evolución del pensar científico, que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico.
- La tradición del pensamiento utópico, que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente, y en su ulterior evolución, entre otras cuestiones, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas líneas, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones, han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la confusión, la torpeza y las ambiciones de los hombres. Unas veces, cayendo en el materialismo vulgar; y otras, en el intento de situarse fuera de la naturaleza al ignorar sus potencialidades creativas.

Estando de acuerdo —tal como se ha planteado en Europa,—en la necesidad de renovar los valores y principios de la Ilustración, a partir de sus más puras esencias, los cubanos podemos hacer una contribución significativa a tal empeño, a partir de la herencia que dejó en Cuba el pensamiento ilustrado y del cual constituye un documento fundamental *La Polémica Filosófica*.

Pero debemos tener en cuenta lo siguiente:

La cultura de la ilustración influyó en diversidad de países y regiones del mundo pero hay tres espacios fundamentales en los que se manifiesta esta evolución del pensamiento moderno occidental. Primero en Europa desde el siglo xvii y xviii hasta hoy; segundo, en Norteamérica, desde aquellas centurias hasta nuestros días, y tercero, en América Latina y el Caribe, y, por tanto, en Cuba.

Escritores europeos vienen señalando el interés de que el viejo continente, a partir de sus raíces culturales, trabaje por la integración moral y política y se reconoce por ellos mismos los procesos de estancamiento espiritual que han tenido lugar en su civilización. Hace 80 años, Oswald Spengler, desde posiciones conservadoras, caracterizó la situación europea hacia el siglo xx próximo hoy a concluir, precisamente como de decadencia. Habló de que el xix había sido el de la cultura y el xx concluiría con una alta civilización material y una gran pobreza espiritual.

Dramáticamente así ha sido.

Deseamos que Europa, a partir de sus raíces intelectuales, supere estas limitaciones, pero sólo puede hacerlo a partir de articular su enorme desarrollo en el campo intelectual y científico con los valores de lo que se ha llamado “pensamiento utópico”, es decir, inspirado en la utopía universal del hombre con que soñaron siempre sus más grandes humanistas. El problema de un salto superior de esa cultura consiste en superar el eurocentrismo y alcanzar realmente la universalidad.

Esto no se puede lograr con el pensamiento pragmático norteamericano ni con la tradición aislacionista y fundamentalista presente en ese país. En Estados Unidos se produce una fragmentación de ideas que se expresa en la paradoja de ser un país de inmigrantes que discrimina a quienes no son blancos sajones. Esto no lo expresamos solamente nosotros. Lo describen, también, relevantes sociólogos e investigadores norteamericanos de prestigiosas universidades, a los que nadie se atrevería a catalogar como ajenos a los intereses del sistema de ese país.

La modernidad, tal como evolucionó en Norteamérica, ha estado dominada por la tendencia a desintegrar las diversas categorías de la cultura absolutizando algunas de ellas en perjuicio de las restantes.

Si en Europa la evolución intelectual de Occidente condujo, en el siglo XIX, a la escala más alta del pensar filosófico orientado hacia la comprensión de la naturaleza, de los fenómenos económicos y sociales; en Cuba, a partir de esa misma tradición, se alcanzaron las cumbres de la filosofía orientada hacia el papel de la educación, la ética y la política culta. Por ello, en la segunda mitad del siglo XX la aspiración de la cubanía ha estado en articular lo mejor del saber occidental de origen europeo, es decir, el más alto pensamiento social, con la tradición espiritual cubana que se expresa en la ética y la política de José Martí y que tiene un antecedente en *La Polémica Filosófica*.

El aporte de la cultura moderna con el antecedente de la Ilustración está expresado en una elaboración filosófica intelectual que exalta la universalidad. Lo que el ideal cristiano plantea con inspiración religiosa sobre la redención individual del hombre en la Tierra, la modernidad europea lo presentó en el terreno de la

racionalidad. Esta es una herencia intelectual cuya importancia es clave para Europa y para el mundo. Pero el futuro de la civilización humana no depende de ninguna abstracción filosófica o teoría política y social por muy certeras y justas que sean; descansa en las posibilidades de la práctica de su realización.

Las teorías y filosofías servirán, y es bastante, para investigar y orientar esa práctica. Debemos estudiarlas y asumirlas, pero a plena comprensión de que si los hombres no somos capaces de transformarnos moralmente, no habrá camino hacia una genuina redención.

Sin cambios en la conciencia humana cualquier elaboración teórica será simplemente especulativa cuando no pretexto para nuevas formas de dominación y explotación. Esta es la experiencia histórica de la humanidad ratificada dramáticamente en el siglo xx. Por ello toman especial importancia las conclusiones de Varela, Luz y Martí en relación con el papel de la educación y de la política culta.

La educación es práctica sensible y está dentro de la objetividad del mundo, la elaboración teórica es indispensable para guiar la investigación y la acción a favor de una práctica transformadora a los fines de la justicia entre los hombres. Pero cuidémonos de quienes pretenden levantar las banderas de la teoría para imponer sus propios y particulares intereses y también de quienes subestiman las teorías filosóficas en favor de una inmediatez que sólo sirve para demorar y desviarnos en la consecución de los mejores ideales humanistas.

Para la transformación de la sociedad es preciso tomar conciencia plena del principio de universalidad, pero no aplicado exclusivamente a grupos, clases o naciones en especial, sino a toda la humanidad. Ahí está el verdadero reto del pensamiento occidental, asumir la universalidad con un sentido genuinamente universal.

Los desafíos son enormes y para enfrentarlos hace falta desarrollar y estimular el entusiasmo en la posibilidad del progreso humano. Basta ya de tratar la idea del progreso exclusivamente en forma abstracta y ajena a las realidades concretas de la miseria y del dolor humano. Es necesario tener muy en cuenta que el progreso depende —como hemos dicho— de los hombres. He ahí un consejo que maestros y políticos debemos tener muy en cuenta.

Los problemas no podrán resolverse si rechazamos de antemano la aspiración a luchar por su solución.

Luz señaló que el entusiasmo no ha sido nunca patrimonio de los mediocres. Objetivamente, las transformaciones son siempre muy difíciles porque las viejas ideas tienen raíces en la mente humana y cuesta trabajo entender la necesidad de cambios.

Señala Luz: *“Tampoco echemos en olvido que como las verdades nuevas en moral van a luchar contra los hábitos e intereses arraigados, encuentran aún más resistencia para ser digeridas y admitidas que las de las otras ciencias.”*

Lo primero es asumir la necesidad de cambios y después plantearse qué debemos hacer para lograrlos. Cualquier solución debe insertarse en métodos capaces de interesar a muchos de los que necesitan de ellos para solucionar sus problemas. Y como el que se requiere es un cambio válido para la humanidad en pleno, hay que extender la idea de que es obligado cambiar y convertirlo en conciencia universal.

¿Se trata de una utopía? En efecto, pero de aquellas que están en el fondo de las necesidades más profundas de la civilización occidental. La inmensa dificultad que se tiene para ello no nos exime de situar la exigencia de cambios a favor de la justicia universal como el tema central de la ética. Ha de ser objeto de análisis más concreto y podrán demorar años y décadas las formas de alcanzarlo, pero sería falta de ética no tenerlo profundamente en nuestros corazones. En especial los jóvenes deben plantearse este problema con todo rigor.

A partir de estas premisas, Luz relaciona ética y política. Dice: *“Gobernar pueblos es el negocio más difícil de todos, como que más que ninguno reclama los costosos y largos frutos de la experiencia en el orden moral.”*

Con esta educación que ensambló la ética y la política en una sociedad basada en la esclavitud y en las formas más brutales del coloniaje, muchos de sus alumnos se incorporaron, unos pocos años después de la muerte del maestro, a las luchas por la independencia y la liberación de los esclavos, forjando, en el sello fundador de la nación, esta identidad entre independencia nacional y liberación social radical.

Sobre estas premisas creció el pensamiento revolucionario

cubano hasta alcanzar, a fines de aquella centuria con José Martí, las cumbres más altas de la historia intelectual de Occidente en el siglo XIX. El Apóstol cubano renovó el pensamiento ilustrado desde la propia Ilustración tal como hoy, cien años después, se pide en Europa. Lo hizo sobre el fundamento de la tradición bolivariana y de la denuncia al imperialismo norteamericano.

Fue Martí, en la historia de Occidente, quien lo caracterizó y denunció primero que nadie. Apreció la existencia de gérmenes funestos en Estados Unidos y señaló que la esencia del drama estaba en la contradicción entre un desarrollo material que se orientaba a exacerbar el individualismo y las graves carencias de la vida espiritual. Algunos fundamentos de esta comprensión están en las ideas filosóficas contenidas en *La Polémica* que ustedes tendrán la oportunidad de estudiar.

En nuestra centuria estas corrientes de pensamiento se articularon en Cuba con las ideas de Marx y Engels. Los consideramos los últimos grandes ilustrados de Europa, es decir, son los enciclopedistas del siglo XIX.

Esto sucedió porque en Europa la larga evolución intelectual de Occidente llevó a evaluar los fundamentos filosóficos de los fenómenos económico-sociales que condicionan la historia del hombre. En Cuba, esa misma evolución permitió que, desde la pasada centuria, se entendiera la importancia de la educación, la ética y la política culta en el desarrollo de la civilización.

A partir de esto, Cuba puede entenderse intelectualmente con el mundo. Nos presentamos como una síntesis de la cultura filosófica de Occidente y la proyectamos hacia el siglo XXI con el antecedente memorable de *La Polémica Filosófica* de 1840 y con la tradición espiritual latinoamericana y caribeña.

Para estos fines, y concluyendo, subrayamos lo siguiente:

Hace falta continuar investigando a partir de los principios filosóficos cubanos la enorme contribución de Don Fernando Ortiz cuando definió nuestra cultura como un ajiaco, plato cubano en que se mezclan los más diversos ingredientes. Ciertamente es un ajiaco con sabor a justicia y dignidad plena del hombre. Ello tiene su explicación histórica y cultural.

La composición y naturaleza real de la sociedad cubana expresada en un mestizaje racial y cultural forjó una síntesis

universal de los más altos valores espirituales de la civilización occidental y los recreó en las condiciones económicas y sociales que se dieron en América Latina y especialmente en el Caribe.

Esa síntesis se reveló objetivamente como alma de la nación en 1868; estuvo presente y fue enriquecida en la mentalidad privilegiada y refinada formación artística, ética y política de José Martí; encontró en la sensibilidad estética y el talento superior de Heredia, Guillén, Carpentier y tantos otros creadores su acceso al mundo profundamente influyente y creador del arte. Tal síntesis alcanza una fuerza popular de valer universal en la historia de la música y de la plástica cubanas. A partir de su raíz intelectual logró superar radicalmente la dicotomía anticultural que trazó un valladar infranqueable entre cultura y pueblo, entre culto y popular, lo cual sirvió de freno al movimiento espiritual durante la neocolonia.

Había sido rebasado ya por la cultura política y ética de Martí, rechazado científicamente en las investigaciones sociológicas de Fernando Ortiz y superado culturalmente por el pensamiento integrador de Alejo Carpentier. Dicotomía anticultural que se hace añicos hoy en lo mejor de nuestro cine, de nuestra música, nuestras artes plásticas y nuestra literatura.

Un proceso intelectual, que nutriéndose de las diversas capas del pensamiento occidental, eligió de todas ellas las sustancias mejores para el objetivo de la justicia y contribuyó eficazmente al proyecto revolucionario de la independencia nacional. En él no se planteaba la intolerancia y el dogmatismo, sino que se estimulaba la capacidad de pensar, la destreza en el actuar y la necesidad de fundamentarlo en el conocimiento.

Para defender los intereses de las masas trabajadoras y explotadas, que son los de la humanidad, y enfrentar los elementos del desorden que el sistema social imperialista está generando, debemos exaltar la historia de la cultura humana desde la más remota antigüedad hasta este fin de milenio sin traumas ni rígidas doctrinas, que desde el mítico Prometeo, encadenado por entregar el fuego a los hombres, viene imponiéndole freno de forma dramáticamente recurrente a la imaginación, la inteligencia, la ternura y al espíritu solidario y asociativo que se halla potencialmente vivo en la conciencia y naturaleza humanas.

Desde Cristo y Espartaco hasta Che Guevara hay una historia de

retrocesos y avances, pero ha quedado en pie, erguida, la imagen de los grandes forjadores de las ideas redentoras y es obligación de quienes sentimos el ideal cubano orientados por la cultura contenida en *La Polémica Filosófica* y en el pensamiento de José Martí, alertar sobre los gravísimos problemas de desintegración cultural que una nueva fase de internacionalización de la riqueza desarrollada sobre bases imperialistas está creando en el mundo.

Cuba presenta, como respuesta a la fragmentación y decadencia de las ideas modernas que se observa hoy en el mundo, la solidez de un pensamiento cultural orientado a la integración y el equilibrio que tiene raíces en la mejor tradición occidental, la que desde José Martí los cubanos venimos renovando y actualizando con los progresos de la ciencia y la cultura universal.

Aspiramos a que en este texto de hace 160 años encuentren ustedes las raíces filosóficas de la cultura cubana del 2000.

27 de Octubre del 2000.

Acto de presentación en España del primer tomo de *La Polémica Filosófica*.

## UN RECUERDO SOBRE EL CHE

Ante cada nuevo e importante acontecimiento llega a mi espíritu la nostalgia de no poder escuchar los comentarios del Che ni conocer las iniciativas que tendría sobre lo sucedido. Por eso hoy, con motivo del 8 de octubre, al evocar el treinta y tres aniversario de su ascenso definitivo a la inmortalidad, deseo compartir las siguientes reflexiones:

En la primera tesis sobre Feuerbach, Marx y Engels afirman:

“El defecto fundamental de todo el materialismo anterior — incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, *no de un modo subjetivo*.” (el subrayado es nuestro).

En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels señaló que (...) “la civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia. Pero las ha llevado a cabo poniendo en movimiento los impulsos y pasiones más viles de los hombres y a *costa de sus mejores disposiciones*”. (el subrayado es nuestro).

Resulta imprescindible tomar estas ideas como punto de partida para cualquier análisis científico y filosófico acerca del papel de lo subjetivo y por tanto de la formación del hombre nuevo que postuló el Che. Fue precisamente a esas “mejores disposiciones” a las que se refería el Che cuando insistió en los estímulos morales.

Lo que no tuvieron en cuenta quienes convirtieron en materialismo vulgar las ideas socialistas es que el hombre forma parte también de la naturaleza o, si se prefiere decir así, de la materia.

Fueron los que rechazaron los planteamientos del Che por subjetivos y acabaron desencadenando un proceso que destruyó dramáticamente al “socialismo” llamado paradójicamente “real”. También fueron incapaces de comprender que el llamado “sistema bipolar” estaba condenado a muerte porque el desarrollo

económico, científico y técnico de la humanidad conducía a superarlo bien desde la derecha o desde la izquierda.

El Che y la Revolución cubana trabajaban por superar la bipolaridad desde la izquierda, y como no se hizo desde ella, ocurrió de forma que sirvió a la reacción y nos ha conducido al hegemonismo unipolar caotizante. ¿Qué pensaría el Che de las nuevas situaciones creadas en el mundo de hoy? Siendo consecuente con su pensamiento es necesario situar la subjetividad en el más amplio plano de la cultura como lo está planteando el compañero Fidel.

Los problemas que el Che abordó en la década del 60, en relación con los aspectos subjetivos y morales, tienen que ver con lo que le faltaba al llamado socialismo real.

No se trata aquí de hacer el análisis detallado, pero sí de subrayar, con la lectura de *El socialismo y el hombre en Cuba* y el conocimiento de las ideas esenciales de Guevara acerca de los factores subjetivos, confirmados por la experiencia histórica, que no es posible hacer una revolución socialista verdadera sin tener en cuenta los factores de la superestructura. La complejidad de este tema sólo puede abordarse a partir de estudiar la cultura de cada pueblo y las ideas, de valer universal, de Carlos Marx.

Alguien me dijo una vez críticamente que yo consideraba que todo era cultura. Le respondí: ella está en todo y donde no se halla se encuentra la ignorancia, el camino de la barbarie y también, recordando a Luz y Caballero, la mediocridad carente de entusiasmo creativo

Desde la *perestroika* se dijo, con intención de restarle importancia a la cultura, que en lo adelante Marx quedaría como una cuestión cultural. Yo pensé ¿y les parece poco? Por ahí precisamente empezó Marx. Para enfrentar concretamente el análisis de su importancia práctica es preciso estudiar los componentes más universales del hecho cultural en sí. Se refieren, entre otros, a los siguientes:

- al lenguaje, incluida desde luego la escritura;
- los sistemas éticos;
- los sistemas de derecho.

Ahí está el núcleo esencial inicial de la cultura. Las leyes descubiertas por Marx y Engels existen y se desarrollan a partir de estos tres factores, fuera de ellos no tienen existencia real.

Es metafísica hablar de leyes económicas sin tener en cuenta el lenguaje que se emplea, la ética que aspiramos aplicar y el sistema de derecho que pongamos en práctica. Las luchas ideológicas, sin el estudio de estas tres formas esenciales de la conciencia social, serían incompletas o inexistentes.

Desde luego, ellas actúan a partir del desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado en una sociedad dada y con el apoyo de las formas de hacer política y la práctica de la educación, entendida esta última en su acepción más amplia.

No se entendió bien, en la práctica socialista predominante en el siglo XX, que las concepciones de Fidel y el Che concebían una relación dialéctica entre lo ético como sistema de normas de conducta social de un lado, y el análisis riguroso y científico de la realidad del otro.

La sustancia ética del Che y de lo mejor del pensamiento político latinoamericano equivale a luchar por un perfeccionamiento de la conducta humana y, a la vez, empeñarse por la liberación social. La síntesis de estos dos planos está en el trasfondo de lo más elaborado de nuestra cultura. De otra forma, llegaríamos al inmovilismo y a la negación de toda voluntad de transformación. Lo original del Che se halla en forjar un carácter capaz de combatir por un ideal de redención y de morir, si fuera necesario, en defensa de ese objetivo.

Si no podemos en nuestras vidas alcanzar esta aspiración, habrá otros que continúen con la antorcha encendida. Este es el sentido más trascendente de su expresión, cuando dijo: “En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas...”

De eso se trata, marchar por la vida, contribuyendo, en la medida de nuestras fuerzas, a la redención universal del hombre. El Che fue de los que recorrió la vida brindando un ejemplo que ilumina el siglo XXI.

Ciencia y conciencia  
Ética, cultura y política  
Libro de Armando Hart

66

Periódico *Granma*, 7 de octubre, 2000

66

## RENOVAR LA MODERNIDAD DESDE LA ILUSTRACIÓN

Ciertos medios intelectuales europeos vienen insistiendo desde hace algún tiempo en encontrarle respuesta a los desafíos del mundo actual, a partir de renovar la modernidad desde ella misma. Resulta indispensable tomar en cuenta que los procesos que dieron lugar a la modernidad asumieron formas muy diversas en cada país y zona del mundo.

Europa fue el escenario original de la llamada modernidad. Existen otros dos espacios histórico-culturales que exigen también un análisis particularizado: Norteamérica y América Latina y el Caribe. En relación con Europa y Norteamérica voy a apoyarme en los análisis hechos por intelectuales de esas regiones. Para realizar el examen de la modernidad en nuestra América voy a partir de cómo apreciamos el fenómeno desde Cuba.

En Europa se aprecia un proceso de decadencia espiritual que había anunciado desde hace 80 años el filósofo reaccionario Oswald Spengler, cuando predijo que el siglo xx concluiría con una alta civilización y una enorme pobreza espiritual y cultural. Lo confirma ahora el interesante trabajo titulado *Pensar a Europa*, de Edgar Morin, en el que incita a los europeos a plantearse la necesidad de unir al Viejo Continente, a partir de la historia de las ideas y sus raíces intelectuales y culturales, asumiendo sus complejidades.

Ninguna civilización humana había arribado a más altas escalas en cuanto a destacar y fundamentar el poder de la capacidad humana de pensar, razonar, conocer y de los métodos científicos adecuados a estos fines. Pero esto no basta, hace falta cambiar al mundo y al hombre.

En Norteamérica, las ideas liberales crecieron a partir de las gestas independentistas. Posteriormente, el pragmatismo y el individualismo propiciaron un proceso que hoy se caracteriza por la fragmentación cultural. Esto lo confirma, de forma documentada, Daniel Bell, profesor de la Universidad de Harvard, en su obra titulada *Las contradicciones interculturales del capitalismo*.

Dice Bell: *“El modernismo está agotado y ya no es amenazador. El hedonismo remeda sus estériles bromas. Pero el orden social carece de una cultura que sea una expresión simbólica de alguna*

*vitalidad o de un impulso moral que sea fuerza motivacional o vinculatoria. ¿Qué puede mantener unida a la sociedad, entonces?.*

Seguidamente apunta: *“En esta disyunción reside la crisis cultural histórica de toda la sociedad burguesa occidental.”*

Esta contradicción cultural constituye, a la larga, la división de la sociedad más cargada de consecuencias.

Por su parte, el australiano-norteamericano Robert Hughes describe en detalle la fragmentación, o más propiamente la dispersión cultural estadounidense. Caracteriza la expresión “mundo bipolar” como una *exquisita estupidez del pensamiento imperial tardío*. Desde Cuba, yo también me había preguntado, desde que empezaron a emplear la frase, si sería posible un gobierno en el mundo actual, y sobre todo hacia el futuro desde un polo como el norteamericano, que carece de unidad y base cultural para desempeñar ese papel.

Las reflexiones contenidas en estos textos confirman que está teniendo lugar un verdadero declive en el pensamiento norteamericano. En nombre de los derechos individuales mantienen el descontrol sobre la tenencia personal de las armas de fuego, el uso de drogas, que llegan incluso hasta las escuelas, la pornografía infantil y la violencia que desbordan los medios masivos de comunicación.

El diagnóstico que reflejan estos textos del intelectual norteamericano pone más en evidencia la actitud aborrecible de aquellos que, con diferentes matices, han intentado sea olvidada la tradición cultural cubana, en donde ética y política se expresan en una identidad que cohesiona y vertebra la vida espiritual de la nación.

Lo que pretenden los enemigos de la Revolución, es, precisamente, hacernos caer en el desorden, la desunión y la fragmentación de la historia de la cultura cubana y abrirle así paso al caos postmoderno.

Ante esos fenómenos presentes en la sociedad norteamericana, las nuevas generaciones deben estar muy alertas, pues constituyen la fuerza determinante del futuro para hacer prevalecer una historia gloriosa e impedir caer en el “relajo postmoderno”, para decirlo con una expresión criolla.

Se observa también en estos especialistas preocupación y

denuncia. La crisis de la postmodernidad en Norteamérica sólo puede ser conjurada si, desde su propio seno, emergiera una respuesta inteligente y valiente al desorden moral prevaleciente.

Una de las diferencias distintivas de Martí con las simples abstracciones sobre el progreso y la libertad que se plantearon en Europa, se halla en que el Apóstol descubrió y ejecutó formas de acción política prácticas para llevarlas hasta sus últimas consecuencias sentando así las bases para su ulterior desarrollo.

Sin heroísmo no hay progreso genuino. Es necesario acompañar todo este empeño con la educación y la transformación del hombre sobre la base de una ética genuinamente universal, tal como postuló el Che cuando habló de la formación del hombre nuevo. Sin esto no se podrán incluso aplicar certeramente las mejores esencias intelectuales de la modernidad, cuya más alta escala intelectual y moral está en el ideal socialista.

Alejo Carpentier, a propósito de la revolución de Haití, la primera del proceso emancipador de nuestra América, decía que a diferencia de Europa, que se planteaba la independencia frente a la monarquía y a Dios, en nuestra área se le presentó como aspiración a la emancipación política radical.

En Cuba —y es un ejemplo válido para América Latina— la modernidad se asumió en el siglo XIX sobre el fundamento de lo que hemos llamado cultura de la emancipación. Sus exponentes iniciales nos los representamos en Félix Varela (1788-1853) y en José de la Luz y Caballero (1800-1862).

Para cualquier análisis sobre la ilustración y la modernidad es preciso tomar en consideración las ideas y enseñanzas de estos maestros. A partir de ellas, José Martí promovió la renovación de las ideas revolucionarias europeas desde la óptica e intereses de la población esclava y explotada del Caribe, articulándolas así con lo que hemos llamado *la cultura de los Maceo*.

En Martí aparece también, como rasgo original de las ideas modernas, la incorporación del análisis y denuncia del imperialismo. Todo esfuerzo de renovación en la modernidad en el mundo tendrá que tener muy en cuenta estas ideas del Apóstol cubano.

Hay dos planos sobre los cuales es necesario trabajar para arribar a una integralidad de nuestra acción. Estos son:

- La evolución del pensar científico que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico.
- La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces profundas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana. En la civilización occidental ellas se nutrieron inicialmente, y en su ulterior evolución, del cristianismo. El libro titulado *La ciudad ausente. Historia del pensamiento utópico*, del español Rogelio Blanco Martínez, puede resultar útil para estudiar este tema.

Cada uno de los planos mencionados, por separado, no tendrían la eficacia debida. La solución tiene que pasar por la articulación de ciencia y utopía apoyándonos en la educación y en las transformaciones económico sociales y es un asunto que se decide en la situación particular que determina la práctica política concreta. El pensamiento de José Martí nos ayuda a encontrar estos caminos.

Periódico *Granma*, 21 de septiembre, 2000

## EL FRACASO DE LOS MODERADOS

En un libro de gran interés, Jorge Ibarra (hijo) explica y documenta lo que desde el mismo título llama *el fracaso de los moderados*. Se refiere esencialmente a los años 1957-1958.

Para quienes conocimos este proceso, como actores, confirmamos ahora, en forma documentada y con rigor histórico, la visión que teníamos entonces acerca de las contingencias políticas vividas en los años en que se gestó el triunfo de la Revolución. Emociona recordar cómo desde entonces en el movimiento 26 de julio valorábamos estos problemas de forma similar a como hoy lo hace el historiador. El libro aporta elementos para una reflexión de interés actual y hacia el futuro de Cuba.

Se confirma que la más alta dirección de Norteamérica, el presidente Eisenhower, no prestó la debida atención a la política norteamericana hacia nuestro país sino a última hora. Está probado que un asunto tan delicado como resultó ser la Revolución cubana, el ascenso político de Fidel, la guerrilla y el movimiento 26 de julio fue manejado por funcionarios del *establishment* sin informar al presidente sobre la política que venían desarrollando.

Este hecho me hizo recordar una observación del Che de que en este período el imperialismo “estaba dormido”, pero que después se había despertado.

En ocasión del sepelio de los mártires causados por los bombardeos precedentes a la invasión a Playa Girón, nuestro Comandante en Jefe afirmó que habíamos hecho una revolución socialista en las narices del imperialismo. Por cierto, la proclamación del carácter socialista de la Revolución, acontecimiento trascendental que en otros lugares y tiempos históricos hubiera dado lugar a una solemne y formal declaración de principios, en Cuba se llevó a cabo por medio de una expresión llena de gracia criolla.

Leyendo el libro de Ibarra y con la experiencia de haber vivido desde dentro el proceso de los años 50, adquiero mayor conciencia, si cabe, de la increíble superficialidad y falta de realismo con que

analizaban la situación del país los políticos y especialistas de mayor experiencia e inteligencia de los grupos dirigentes, tanto del gobierno de Batista y de la oposición burguesa, como del propio imperialismo. Se negaban a admitir la naturaleza de lo que estaba sucediendo. Había un prejuicio ideológico que les impedía un análisis certero. Ello constituye toda una lección acerca de cómo el odio nubla la inteligencia y confirma la sabiduría del viejo refrán: *Dios ciega a quien quiere perder.*

La crisis de los partidos y organizaciones burguesas cubanas en los años 50 era la de todo el sistema neocolonial. Si aquellos intentos no resultaron válidos a mediados de la centuria próxima a concluir, ¿cómo van a tener sentido hacia el siglo XXI cuando se acelera la decadencia de este sistema en el mundo.

¿Cómo se puede intentar con realismo la vuelta atrás de una nación que ha hecho la revolución y ha probado, a lo largo de su historia, que no son viables las medias tintas; que ha llevado a cabo una transformación revolucionaria mostrando las enormes potencialidades que tiene sostener una posición genuinamente independiente?

Basándome en idéntica visión a la brindada por Ibarra, señalo en mis memorias de los años 50, *Aldabonazo*, cómo Fidel, con su genio, hizo la más nítida caracterización de la composición social de la Cuba de entonces cuando trazó la definición de “pueblo si de lucha se trata”...

Léase ese texto y se confirmará, sobre fundamentos bien objetivos, cómo era el pueblo cubano en esa época; calcúlese lo que es hoy después de haber conquistado, hace más de 40 años, sus derechos conculcados y adquirir alta instrucción. Si se hace este análisis se comprenderá la certeza de que no hay moderación posible cuando se trata de defender la independencia de este país.

En el programa de redención humana y social contenido en *La Historia me absolverá*, que como una constante recorre la historia de Cuba durante más de 45 años, se fusionaron las mejores tradiciones éticas de la sociedad cubana con medidas emancipadoras económicas y sociales. Constituye un elemento medular de la unidad nacional, que en el siglo XIX José Martí forjó y que en nuestra centuria Fidel enriqueció y desarrolló.

Los que pretendan destruir estas premisas de la unidad nacional

encontrarán la misma determinación que en su momento expresara José Martí en su conmovedora frase: *“¡Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila!”* Y la de Antonio Maceo en aquella otra expresión memorable: *“quien intente apoderarse de Cuba sólo recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha”*.

La transformación de la realidad para crear una nueva situación, que estaba viva en el sustrato de nuestra historia, fue asumida por aquellos que encarnaban el sentido utópico que está presente desde nuestro nacimiento como nación y que expresa las nobles aspiraciones de las masas irredentas, los trabajadores y estudiantes. Orientados por un realismo radical, transformaron la nación cubana.

Sería bueno que los pretendidos defensores de un realismo conservador postmoderno, a escala internacional, aprendieran la lección, porque si no analizan las graves situaciones que están en el fondo social, económico y cultural del mundo actual, la realidad los trascenderá y no podrán hallar caminos de solución, ni siquiera para sus propios intereses. Pero los acontecimientos cotidianos también confirman la gravedad de la situación; apréciense lo ocurrido en Seattle.

Alguien me dijo que por allí comenzó el siglo XXI. Tómese nota, también, de lo ocurrido en Ecuador, en Venezuela. Examínese la situación de Colombia. Hay muchos ejemplos más que aportar a esta lista. Está emergiendo a la superficie de manera inequívoca la exigencia de cambios cuyos resultados son imprevisibles.

El realismo, para ser tal, debe ser profundo. Hay que comprender que en Cuba nunca se estableció un capitalismo independiente capaz de generar una cultura nacional propia, lo cual tiene fundamentos económicos y políticos muy profundos y por tanto ella nace y se desarrolla como cultura de emancipación nacional con profunda vocación universal y latinoamericana.

Para entenderse con Cuba hay que conocer su historia y la realidad de hoy. El libro de Jorge Ibarra nos ayuda a comprender mejor ese pasado y viene a confirmar, con todo el rigor de la investigación histórica, que la crisis del multipartidismo en Cuba hay que buscarla en la incapacidad de aquellos partidos burgueses de

hacer frente a la dictadura y abrir cauce a la solución de los verdaderos problemas del país.

El texto de Ibarra puede resultar útil para que los gobernantes actuales y futuros de Norteamérica comprendan la realidad cubana de hoy y la posible del mañana.

El fracaso de esa corriente moderada está presente como una constante durante cerca de doscientos años de historia patria. Recuérdese a los anexionistas, a los reformistas, a los partidarios de la autonomía de Cuba con relación a España y confírmese adónde fueron a parar históricamente los que se proponían mediar entre la Revolución cubana y sus enemigos irreconciliables

No hay más alternativa, para ellos, que reconocer la existencia de una Cuba como la soñada por Martí, como la que más tarde resumiera el verso de Guillén: *te lo prometió Martí y Fidel te lo cumplió*.

Es indispensable que esta visión objetiva de nuestra historia se conozca en los Estados Unidos y en el mundo. Sólo con tal enfoque es posible alcanzar la aspiración del Papa en La Habana de que Cuba se acerque al mundo y éste se aproxime a nuestro país. Se debe valorar lo anterior para que se pueda llegar a conclusiones válidas, políticamente hablando, para hoy y hacia el futuro.

Desde los tiempos del radical sacerdote Félix Varela, del apóstol José Martí, de los revolucionarios Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiterras, y de los que asaltaron la segunda fortaleza militar de Cuba en 1953, desembarcaron del yate Granma, desencadenaron la guerra de guerrillas y la lucha clandestina, la historia ilustra que las fórmulas conciliadoras de intereses radicalmente contrapuestos están condenadas al fracaso. En todos esos períodos, los moderados han sido los verdaderos ilusos y ajenos a la realidad.

Un ejemplo reciente, bien elocuente de lo que señalamos, es el de nuestro niño Elián González y la ejemplar conducta de su padre Juan Miguel y de toda su familia. Aquí se puso en evidencia algo que también el Apóstol subrayó cuando destacó la relación entre la inteligencia y la bondad, y la que existe entre la maldad y la estupidez. El pueblo cubano, con solidaridad, amor e inteligencia, vencerá siempre.

Periódico *Granma*, 22 de agosto, 2000

## **MARTÍ Y FIDEL: LA CULTURA DE HACER POLÍTICA**

Las Oficinas de Publicaciones y del Programa Martiano, y el Centro de Estudios Martianos, adscriptos al Consejo de Estado, decidieron honrar el aniversario del natalicio de nuestro Comandante en Jefe, el próximo 13 de agosto, editando conjuntamente, el *Manifiesto de Montecristi* y *La historia me absolverá*, para subrayar la necesidad de que los investigadores, estudiantes de la obra del Apóstol, maestros, historiadores y martianos en general estudien las formas de hacer política de José Martí y Fidel Castro como parte de la identidad nacional cubana. Es esto lo que tengo interés en subrayar hoy como homenaje a la entrañable fecha del 13 de agosto.

Lo que he llamado “la cultura de hacer política” que ambos representan revela el fruto más puro y útil de la historia de las ideas cubanas. Obsérvese que no digo cultura política que, desde luego, fue la fuente esencial de la cual se nutrió la inmensa sabiduría contenida en ambos documentos; me refiero a las formas prácticas de su materialización y las maneras de vencer objetivamente los obstáculos que se levantan ante todo proyecto trascendente. Los dos tienen fundamentos históricos y filosóficos que es preciso conocer para entender mejor el entretejido que los une y les brinda eficacia práctica.

Por el análisis del quehacer político ha de empezarse para entender y promover la masividad de la cultura a que está llamando nuestro Comandante en Jefe. En cuanto a Cuba, para lograr tal propósito, es lo que debemos estudiar como orientación fundamental; respecto al mundo tenemos que hacerlo tomando como fuente el inmenso arsenal de la cultura martiana a la luz del 150 aniversario del natalicio de nuestro Héroe Nacional en el año 2003.

El punto de partida de la cultura cubana está en la ética como principio rector de la política y que nos conduce a destacar el papel de la educación en el desarrollo y fortaleza de la civilización. Nuestra tradición cultural subraya, asimismo, la necesidad de hallar formas de acción y movilización social que resulten eficaces para la materialización de los objetivos propuestos. Allí es donde se encuentra lo original en el aporte de la cultura de Fidel.

Por ello mis memorias de los años 50, recogidas en el libro *Aldabonazo*, las dediqué a su persona. Señalé que él lleva en su conciencia toda la ética y sabiduría política que faltó en el siglo xx. Ahora agrego: es la que se necesita en la próxima centuria. Para tal propósito resulta necesario, como se viene haciendo, investigar las raíces de este saber en la mejor tradición intelectual y política del siglo xix cubano.

De Félix Varela dijo José de la Luz y Caballero que fue el hombre que nos enseñó “primero en pensar.” Podemos agregar: Luz nos enseñó a conocer, Martí a actuar y Fidel a vencer.

Empleando una expresión del Maestro puede hoy decirse: este “hilo invisible” de ideas une a dos siglos de historia. Estudiése lo que enlaza a estos hombres en la memoria cubana de dos siglos y podremos despejar el misterio del programa ultrademocrático de José Martí, a lo cual nos convocaba en los años 20 Julio Antonio Mella, y las razones económicas, sociales, políticas y culturales que han hecho invencible a la Revolución cubana.

¿Cómo ocurrió este proceso de ideas? Varela y Luz recibieron la más elevada cultura europea que culminó en la Ilustración, los enciclopedistas y la llamada modernidad y, por tanto, la expresión más elevada del pensar científico alcanzada por la evolución histórica occidental. A su vez, asumieron de forma pura, sin las mistificaciones de la sociedad europea, la herencia ética de raíz cristiana, cuyo primer antecedente en América se remonta al siglo xvi con Fray Bartolomé de las Casas.

La originalidad y mérito de estos maestros está en que no pusieron en antagonismo la creencia en Dios con los progresos de la ciencia. Esto, en la primera mitad del xix, es un milagro, entendiendo este calificativo con el significado que señala el diccionario: “suceso o cosa rara, extraordinaria y maravillosa”.

De esa manera los mejores principios éticos de la civilización occidental, contenidos en el mensaje de Jesús de Nazaret, resultaron válidos para creyentes y no creyentes. No se presentaron en contradicción con la cultura de la “edad de la razón” ni, por consiguiente, con los ideales más progresistas y humanistas del siglo xix, entre ellos el pensamiento liberal, el masónico, etcétera.

Estos valores nutrieron el ideario de los fundadores de la nación. Céspedes y Agramonte fueron sus más genuinos representantes.

Se articularon, a su vez, con lo que he llamado la cultura de los Maceos, que incluía las más diversas corrientes, tal como llegaron a la región oriental de Cuba a través del Caribe, y la población esclava y explotada en general los asumió con un carácter propio, singular, recreándola y orientándola a favor de la justicia social. Este proceso constituyó un antecedente de lo que hemos llamado, en nuestra época, cultura de la emancipación.

De toda esta inmensa sabiduría se nutrió la mentalidad privilegiada y de refinada sensibilidad poética, ética y política de José Martí. Admira apreciar cómo el Apóstol denunció, desde finales del siglo XIX, la grave crisis de la modernidad norteamericana, que hoy alcanza muchas más peligrosas consecuencias, y describió el carácter que ellas tenían, derivado del divorcio entre el crecimiento de la riqueza impulsado hacia el individualismo feroz y las enormes limitaciones de la vida espiritual.

Sobre estos fundamentos el Maestro incorporó a la tradición decimonónica cubana dos elementos esenciales: de un lado, el conocimiento profundo y minucioso de Estados Unidos, los peligros de su expansión por América y el mundo, el estudio de lo que llamó “gérmenes funestos” que iniciaban entonces en aquella república su obra de destrucción; de otro, las formas prácticas que debían aplicarse para lograr la independencia y asegurarla hacia el futuro; es decir, la unidad de nuestro pueblo.

Estos dos aspectos, el antimperialismo y la práctica política, de fundamentación ética universal, están presentes en la médula de la cultura de Fidel. Su gran aporte ha sido enriquecer los modos martianos de hacer política en las condiciones creadas por el desarrollo científico-técnico, en especial en las esferas de la información y de la promoción de las ideas; esto, sobre el fundamento y la orientación del ideal antimperialista y socialista, tal como se proyectó en el siglo XX. Todo ello da respuesta a la expresión popular: “qué tiene Fidel, que los *americanos* no pueden con él”.

Sobre la base de la tradición y enseñanzas martianas, Fidel desarrolló en nuestra centuria la idea revolucionaria de *unir para vencer*. Superaba, así, la vieja divisa reaccionaria de *divide y vencerás*.

No es fácil encontrar, en la historia de los países occidentales,

políticos de la estatura de Fidel Castro y de su maestro, el héroe de Dos Ríos. Esto se fundamenta —como no me cansaré de repetirlo— en los principios éticos de valer universal de nuestra cultura y poseen argumentación lógica y filosófica, que resulta indispensable estudiar con mayor profundidad en nuestro país y proyectarlos a escala internacional.

Veamos sus fundamentos lógicos. Tomemos, como punto de partida, el análisis de la tesis reaccionaria contenida en *divide y vencerás*. Ella ha sido, como se sabe, el principio aplicado en la dilatada historia política de las sociedades clasistas desde Roma — con su divisa *divide et impera*— pasando por Maquiavelo, que fue el más profundo analista político de los tiempos en que el capitalismo emergía en el seno de la sociedad feudal, hasta la política imperialista en nuestros días. Una máxima que recorre la historia de la civilización occidental.

Pues bien, hoy la política basada en la idea de dividir para vencer ha entrado en crisis, pues ella no es ya eficaz para un mundo globalizado que necesita integrar esfuerzos con el objetivo de enfrentar los dramáticos desafíos que tiene ante sí.

La defensa de intereses individuales de grupos o de clases sociales en particular, ha descansado siempre en fragmentar a todos los que entorpezcan la consecución de sus intereses y ambiciones; pero si se plantea una aspiración que resulte de interés para toda la humanidad, cualquier forma que divida será contraproducente. Los propósitos altruistas a escala universal, como lo reclama el siglo XXI, sólo pueden lograrse sobre el principio de unir para vencer. La consigna reaccionaria, por tanto, debe ser superada por una cultura superior de ejercitar la política.

La manera en que podemos asumir la experiencia martiana y fidelista para enfrentar estos problemas está en dejar atrás todo sectarismo, promover la unión en empeños comunes, situar los objetivos inmediatos más importantes y que, en todo caso, sean las personas, individualmente, las que se alejen por su propia voluntad del propósito unificador. Quedarán así aisladas. Esto no excluye el esclarecimiento cultural profundo, por el contrario, lo exige. He ahí la complejidad y sutileza de la cuestión.

Eso fue lo que hizo Martí para fundar, en 1892, el Partido Revolucionario Cubano y organizar la Guerra Necesaria. No tengo

que explicar esa historia porque ustedes la conocen bien. Su vida y obra confirman que su valor político esencial estuvo en lograr la unidad de los cubanos en la lucha por ser libres del colonialismo español.

No lo logró haciendo concesiones o aceptando los argumentos mediacionistas con los intereses que negaban la posibilidad de la independencia radical, muy por el contrario, nadie fue más crítico con el anexionismo y el reformismo. Los rechazaba sobre la base de fundamentos culturales, y realizó, así, una labor de esclarecimiento de ideas que no significaba aplastar a las personas confundidas, las que pudieran y debían ser ganadas para la causa. Advirtió, asimismo, que nuestro país no sólo debía ser libre de España, sino también de Estados Unidos.

Fue Martí quien describió y denunció, primero que nadie en el mundo, el fenómeno del imperialismo. Baste recordar aquel párrafo de gran significación, que aunque mucho se ha repetido hace falta que se conozca más en el mundo. Dijo el Apóstol:

... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

No considero necesario extenderme, como he dicho, en la historia y la vida de José Martí, porque sus aspectos esenciales son bien conocidos; sin embargo, en la proximidad de este 13 de agosto, quiero compartir con ustedes algunas de las experiencias que he recibido de la vida revolucionaria de Fidel y que me llevaron a comprender y asumir esta cultura acerca de la práctica política fidelista.

Cuando en 1953, durante los sucesos del Moncada, Fidel fue interrogado inquisitivamente por el fiscal acerca del hecho de que en

el apartamento de Abel y Haydée Santamaría habían encontrado libros de Lenin, él respondió algo así: *quien no haya leído a Lenin es un ignorante*.

Esta era una advertencia para todos los que hicieran política o aspiraran a hacerla. Lo era para ayer y lo es para hoy. Yo, inmediatamente, empecé a interesarme por estudiar a Lenin. No se podía, ni era racional ni justo, pretender que Fidel, en aquel entonces, hubiera hecho un planteamiento formal acerca de cómo los escritos de Lenin influyeron en la estrategia y táctica del Moncada, pero él siempre ha encontrado la forma de decir la verdad, brindar las orientaciones necesarias y llegar a todas las personas honestas que pudieran estar confundidas o no bien informadas, y albergaran dudas o prejuicios que no les permitieran adherirse a las posiciones más radicales.

En otra ocasión, cuando Faustino Pérez y yo, que pertenecíamos al Movimiento Nacional Revolucionario que dirigía el profesor Rafael García Bárcena, nos reunimos con Fidel tras su salida de la cárcel en 1955, nos planteó la incorporación al Movimiento 26 de Julio en los siguientes términos: *Ustedes pueden estar con nosotros, y si García Bárcena produce un golpe de estado, como era su concepción, entonces le darán su apoyo*. Era una forma política inteligente y generosa; desde luego, nosotros desde entonces nos adscribimos al 26 de julio.

Otro aspecto importante, que se relaciona con lo anterior, está en la comprensión de que la violencia, como arma revolucionaria debe ser siempre responsabilidad de los reaccionarios, y en esto vale recordar la expresión “la mujer del César no sólo tiene que ser honesta sino también parecerlo”, clave para encontrar la raíz de los errores cometidos en la historia de los procesos revolucionarios de América Latina en los años 60 y 70. Observemos esta conclusión a la luz de una experiencia que tuvimos con Fidel.

Desde el 10 de marzo veníamos sustentando que la dictadura sólo podía ser derrocada por una revolución popular. Sin embargo, tras la amnistía, la táctica de Fidel no fue plantear de inmediato reiniciar la lucha armada. Los combatientes del Moncada acababan de ser amnistiados, por lo que no era lógico lanzar la consigna de insurrección. Esta responsabilidad no debía recaer en los revolucionarios, sino en la tiranía.

A pesar de los obstáculos, Fidel trató de buscar soluciones políticas. Pero el gobierno cerró todas las puertas; impidió la celebración de un acto convocado para el 20 de mayo de 1955 en la escalinata universitaria. Asimismo se habló de que Fidel compareciera en un conocido programa político de la televisión llamado "Ante la prensa", y en el espacio radial "La hora ortodoxa", pero tampoco le fue permitido hacerlo.

Se comenzó a librar entonces la batalla política más importante: denunciar los crímenes cometidos el 26 de julio de 1953 y los días subsiguientes.

Aunque esta acusación no era un llamado a la Revolución, hacía más daño a Batista que la posición insurreccional. Sin convocar a la guerra, Fidel desmoralizó al enemigo, al punto de que un funcionario que había sido gobernador en la antigua provincia de Oriente, Waldo Pérez Almaguer, no quiso responsabilizarse con los crímenes horrendos del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953, e incitado por la apelación pública de Fidel se dispuso a confirmarlos.

Batista no encontró más salida que desencadenar con mayor violencia la persecución de los fidelistas, y esto fue lo que hizo. Corríamos el peligro de que asesinaran a Fidel, a Raúl y a otros moncadistas, pues había indicios de que estos planes ya estaban en marcha. Era aconsejable tomar el camino del exilio para organizar la expedición armada. Raúl se asiló en la embajada de México; iba a la capital azteca a preparar la continuación de la lucha. Fidel partió hacia el mismo destino por el aeropuerto de Rancho Boyeros, el viernes 7 de julio de 1955.

La idea de una salida pacífica y su planteamiento público habían durado bien poco. Batista se encargó de demostrar, con la persecución inmediata de Fidel y sus compañeros, que el único camino posible era el de la insurrección. Bastaron dos escasos meses para que el jefe de la Revolución pudiera formular nuevamente el planteamiento de la lucha armada. Cuando salió de La Habana señaló: "De este viaje no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies."

Otra anécdota está relacionada con el "Pacto de Miami" en 1957. Este fue un acontecimiento decisivo en la historia de la Revolución. Sin la aprobación del Llano ni de la Sierra se constituyó en Miami una llamada Junta de Liberación en la que, según decían, aparecía

nuestra organización. Por tales razones fui a la Sierra Maestra a los efectos de informarle a Fidel todos los detalles del acontecimiento. Él redactó un mensaje radical rechazando el pacto pero, a su vez, llamando a la unidad insurreccional contra la tiranía. Este documento es de una enseñanza histórica bien elocuente acerca de una cultura revolucionaria de cómo se debe hacer la política.

Vamos a otra anécdota. Tras el triunfo de la Revolución, en el acto de la Plaza donde Fidel rasgó en pedazos los textos de diversos tratados que ataban al país al imperialismo en el terreno militar —que nos hacía enemigos especialmente de la URSS y la República Popular China— en el pueblo había una gran excitación y un decidido respaldo a aquella posición. Me acerqué a Fidel en aquella memorable jornada y le dije: rompamos ahora con Estados Unidos. Él me contestó algo así: *eso que lo hagan ellos*. Demostró, una vez más, su sabiduría política, la que recorre toda la historia de la Revolución.

En 1971 tuve el honor de formar parte de la delegación presidida por Fidel en su visita al Chile de Allende. Algunos compañeros chilenos, entrañables para nosotros, tenían importantes críticas al presidente Allende desde posiciones muy radicales. En una habitación de la residencia de nuestro Embajador en ese país, un grupo reducido de ellos dialogó con Fidel sobre estos problemas y explicaron sus fundamentos ideológicos. Fidel, en aquella inolvidable reunión, les señaló a aquellos compañeros: ustedes, aquí, en el cono sur, han estudiado doctrinas políticas y poseen una alta cultura; nosotros, en el Caribe, somos más prácticos. Concluyendo con esta expresión que nunca olvidaré: *En Chile la revolución la hace Allende o no la hace nadie*.

Para analizar estos métodos fidelistas tras el triunfo revolucionario, es muy importante tener en cuenta que durante el período comprendido entre 1952-1959 los representantes de los partidos tradicionales, alineados formalmente frente a la tiranía, habían perdido, en el proceso de la lucha armada, toda posibilidad de dirigir el movimiento popular y representar al país. El liderazgo de la nación pasa definitivamente a Fidel Castro y al movimiento revolucionario iniciado en el Moncada.

Cuando triunfa la Revolución, el sistema pluripartidista cubano se había extinguido, la unidad de pueblo se había logrado en la

insurrección, a la que no habían contribuido los partidos tradicionales, sino que, por el contrario, se convirtieron en obstáculo para derrocar a Batista.

Si no se entiende esto no se comprenderá jamás el proceso unitario de la Revolución cubana. En tales condiciones se produce, durante los primeros años, la integración de las fuerzas revolucionarias bajo la dirección de nuestro Comandante en Jefe. Este fue un hecho nacido, orgánica y naturalmente, en aquellos tiempos memorables. De tal proceso nació el Partido Comunista de Cuba, a partir de la unión de tres organizaciones: el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de marzo y el Partido Socialista Popular.

Una vez más Fidel mostró su política martiana de poder catalizador y armonizador que, con su talento excepcional y su sentido humanista, vence las dificultades que siempre presentan diversas formas de sectarismo. Así surgió nuestro Partido, fue el de la unidad de todos los revolucionarios.

Está por hacer la historia de cómo se gestó;— las dificultades que se afrontaron no fueron pocas; vencerlas fue uno de los méritos del liderazgo, la inteligencia y el espíritu de justicia con que Fidel siempre ha manejado los temas humanos y políticos.

La Constitución de la República, aprobada en 1976 por amplio y democrático plebiscito popular, señala que nuestro Partido *“...martiano y marxista-leninista, vanguardia organizada de la nación cubana, es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista”*; tiene sus fundamentos históricos nacionales muy diferentes a como se desarrolló esta experiencia en otros países, en muchos de los cuales, por cierto, existían varios partidos.

El socialismo, teóricamente, no tiene por qué rechazar el pluripartidismo. Es un asunto de la historia de cada país. En el nuestro, para unir y vencer, no pueden existir varios partidos. Si se cometiera la locura de violar este principio, se les daría oportunidad a los mafiosos, delincuentes y entregados al imperialismo.

La unidad es un prerequisite en la Revolución cubana para la genuina democracia humanista. El aporte esencial de Fidel sobre este tema debe ser estudiado, no para que se copie en otros países,

sino para que se conozca y comprenda la experiencia histórica del nuestro.

En Fidel, heredero de la cultura cubana y latinoamericana, se articularon dos corrientes de la tradición occidental; ellas son:

- La evolución del pensar científico que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.
- La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente, y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas líneas, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones, han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la confusión, la torpeza y las ambiciones de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza ignorando sus potencialidades creativas.

En cuanto al pensamiento socialista, tal como está presente en la cultura de Marx, Engels y Lenin, Fidel hace un aporte excepcional. Representa la única interpretación válida para los tiempos que vivimos y los de la próxima centuria.

En los años 60 nuestro Comandante en Jefe se colocó en la avanzada del movimiento revolucionario internacional, proclamando desde sus raíces latinoamericanas la necesidad del socialismo, insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia y promoviendo, desde la izquierda, cambios que resultaban inevitables, para superar el equilibrio bipolar, facilitar caminos a la diversidad y la justicia universal.

Al situar la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, se ha colocado hacia el siglo XXI en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí

América y el mundo. Sus ideas están en el lugar más avanzado y esclarecido del movimiento filosófico —subrayo la palabra filosófico— de la contemporaneidad; lo hace colocando la cultura, como genuina creación humana, en el centro de la política y de las ideas.

Es necesario extraerle consecuencias prácticas a este hecho fundamental. No hay otra alternativa: o la humanidad encuentra el camino de la cultura o se impondrán el caos y la barbarie. Coronar la edad moderna y el inmenso desarrollo científico-tecnológico alcanzado con los más elevados principios culturales y específicamente éticos de la historia universal, es la única posibilidad de sobrevivir para una civilización agotada espiritualmente. En la tradición de dos siglos de ideas que se integran en el acervo cultural de la nación y que Fidel representa, está nuestra fuerza, la que nos cohesiona y también la que nos permite presentarnos internacionalmente.

El proceso iniciado en el Moncada el 26 de Julio de 1953, que a partir del Granma tomó fuerza decisiva y condujo al derrocamiento del ejército al servicio de las oligarquías y del imperialismo yanqui, a la caída de la tiranía y a la liquidación del sistema político, económico y social neocolonial, marcó definitivamente una nueva etapa en la segunda mitad de nuestra centuria en el hemisferio occidental.

La proclamación por Fidel del carácter socialista de la revolución, en 1961, y la vigencia de ésta durante 40 años, terminó para siempre con las formas que había tomado en nuestro siglo el poderío imperial de Estados Unidos y los obligaba, y obliga, a ajustar su política a los nuevos tiempos. Si nueve administraciones no lo han hecho, es porque están retrasados en la historia, son ellos los que pertenecen al pasado.

Luego, en los años 90, tras la caída del llamado “socialismo real” y disolución de la URSS, Cuba, al resistir heroicamente y mantener viva y más fuerte que nunca sus ideales socialistas, ha realizado una segunda revolución y dado un nuevo ejemplo imperecedero para la humanidad y, en especial, para América Latina.

Esto ha sido posible por la política fidelista de fundamentación martiana, lo cual constituye una lección imborrable en la historia. Su prerrequisito esencial ha estado en la unidad popular y en la

fundamentación cultural, en cuyo corazón se halla la aspiración de justicia universal que el genio de Fidel asumió de la inmensa tradición cubana y latinoamericana de cosmovisión bolivariana y martiana. Quienes en el presente, el futuro inmediato o lejano pretendieran borrar de la conciencia de las masas estos ejemplos, deben saber que la acción criminal les causará los más graves problemas al propio sistema que representan; no hay vuelta atrás, y si se intentase son impensables las desastrosas consecuencias que ello tendría, no ya para Cuba sino para América y el mundo.

El fundamento de estos métodos, lo señalábamos desde el principio, está en las profundas convicciones éticas y democráticas cubanas de valer universal. Es necesario basarse en ellas para asumir eficazmente los grandes temas de nuestro tiempo. A esta conclusión nos llevó la idea martiana de organizar una república con todos y para el bien de todos. Las raíces de estas ideas y propósitos se hallan en el ideal integrador y emancipador de nuestra América.

Tanto en Martí como en Fidel se revela una decidida vocación de universalidad. Desde los tiempos de Cayo Confite hasta la ayuda internacionalista que prestan nuestros médicos, ha sido una constante en la política de Fidel. Los ejemplos están en el aliento y apoyo a los movimientos de liberación nacional en varios continentes, que nos ejemplificamos en su grado más alto en el Guerrillero Heroico Ernesto Che Guevara; está presente en los combatientes cubanos que lucharon y murieron en África.

Como fundamento de esta historia, ha de tenerse muy en cuenta lo siguiente: la cultura latinoamericana y caribeña forjó una altísima sensibilidad en relación con el Hombre y la Naturaleza, que posee la particularidad de desarrollarse sobre el fundamento de tres grandes categorías: la ética, la educación y la práctica política. Las expresiones más universales y concretas de esa cultura se encuentran en Simón Bolívar, en José Martí y en Fidel Castro, continuadores de la obra del Libertador. Es lo que hay que entender para conocer la cultura de Fidel.

Para concluir este encuentro de homenaje a Fidel Castro con motivo de su onomástico el próximo día 13, reafirmemos las consignas que a lo largo de nuestra historia han expresado el ideal de Varela, de que Cuba fuera tan isla en lo político como en lo geográfico:

**Independencia o Muerte**, de nuestros mambises  
**Seremos libres o seremos mártires**, de la Generación del Centenario  
**Patria o Muerte**, nacida en los primeros años del triunfo, y  
**Socialismo o Muerte**, de los tiempos más recientes

Concluyo estas palabras con aquella expresión del inolvidable Comandante Ernesto Che Guevara, definidora de la confianza en el futuro de la Revolución: **Hasta la victoria siempre.**

Discurso pronunciado  
en la presentación del libro  
*Manifiesto de Montecristi y La historia me  
absolverá*, en el Centro  
de Estudios Martianos,  
11 de agosto, 2000

## LA MEJOR POLÍTICA

El inmenso honor que la generosidad de ustedes me otorga, no puedo interpretarlo sobre el fundamento de méritos académicos porque aunque muy joven tuve la aspiración de llegar a ser profesor de Derecho Constitucional o Filosofía del Derecho, para ejercer desde la Cátedra el oficio que movió mi imaginación de adolescente de hacer política al modo martiano, la vida me llevó a desempeñarlo no precisamente en las aulas aunque sí en estrecha comunión y vínculo con ellas.

Atribuyo, pues, y como tal asumo, el que se me otorgue esta distinción por el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, al hecho de que desde los años iniciales del triunfo de la Revolución, hasta hoy, y así será hasta mi último suspiro, he defendido con pasión la idea de que en la historia de Cuba la mejor política, es decir, la del pueblo trabajador, se ha fundamentado siempre en la tradición educacional y cultural de la nación cubana.

Esta relación entre academia, cultura y política, como parte integral del modo más elevado del ser cubano, sólo pueden ignorarla o pasarla por alto la maldad, la torpeza o la ignorancia, que para Martí andan muchas veces relacionadas.

En ocasiones he pensado si se trata de una formulación exagerada; en todo caso, sería una exageración muy útil para el pueblo. Por demás, en la esencia del planteamiento hay una verdad históricamente comprobable.

En Europa, Carlos Marx dijo que era necesario educar a los educadores. En nuestro país, desde el siglo XIX, no había que hacerlo, pues ellos estaban educados y formaron a muchos revolucionarios en la mejor tradición cultural de la humanidad.

De esta manera, lo docente ha sido siempre en Cuba fuente de ideas y enseñanzas para encontrar caminos, no sólo en función de obtener conocimientos, sino, también, de ayudar a la formación ética ciudadana y a la más elevada creación intelectual: la práctica revolucionaria.

Esto, desde los tiempos del maestro-diputado-presbítero Félix Varela, hasta los del universitario que lleva en su conciencia toda la ética y sabiduría política que faltó en el siglo XX: Fidel Castro.

Y así será con mayor razón y coherencia en el futuro, porque disponemos de 600 mil graduados universitarios formados por la Revolución que constituyen escudo fundamental de nuestra identidad. Lo necesita América, la de Bolívar y Martí, a la que debemos servir en los procesos de integración continental. Solamente podremos hacerlo guiados por la noble aspiración del Apóstol de convertir a Cuba en universidad del continente.

La estrecha relación entre política, cultura, educación y práctica revolucionaria se halla en las exigencias ideológicas —en el sentido de producción de ideas— que nos impone el siglo XXI. José Martí, a la vez que organizaba el Partido Revolucionario Cubano y la lucha por la independencia, afirmó que se había hecho maestro, que era hacerse creador; señaló, a su vez, que ser culto es el único modo de ser libre, expresión convertida, en 1959, en el lema del Ministerio de Educación.

La trascendencia actual de esta relación es que no hay otra alternativa para que la humanidad pueda sobrevivir y alcanzar un desarrollo estable y sostenido, que la de promover la cultura en toda su extensión y profundidad, y ello sólo es posible si se le reconoce en la ética el eslabón primario y clave de la historia del hombre, la del pasado y, sobre todo, la del futuro.

Cuando a un revolucionario se le otorga un homenaje, como el presente, debe aceptarlo para servir, y mostrar así cómo interpreta la razón del mismo. Si la explicación es certera, el homenaje será justo, si no lo fuera, valdrá sólo como una formalidad sin mayor importancia, y para simples formalidades no están hechos los revolucionarios, es decir, ni ustedes ni nosotros.

En mi caso, acepto el inmenso honor para hacer llegar a las nuevas generaciones, las nacidas a partir de 1953, la lección que he extraído en medio siglo de vida revolucionaria sobre el carácter y el papel de la política cubana.

Quienes consciente o inconscientemente, con tal o cual propósito, han tratado de hacer política en Cuba dañando a la cultura o sin contar con ella, acabaron lesionándola profundamente, pues chocaron con la Revolución. Proceder político que no se fundamente en la mejor tradición intelectual y académica de la nación, será, en el menos grave de los casos, una superficialidad o ignorancia, pero también podrá significar engaño, simulación, y

conducirá, si no se le detiene a tiempo, a la claudicación.

Maestros: en el terreno académico, quien no aprecie el arte de hacer política como una de las más nobles actividades a que se puede dedicar un joven y no nutra su espíritu con la pasión por la justicia, no podrá trabajar a la altura de la pedagogía que fomentó en nuestro país el mentor del Colegio El Salvador y sus continuadores.

Sintiendo desde siempre estas ideas como convicción, intuición o como ustedes quieran nominarlas, desde el triunfo de la Revolución cuando con 28 años se me situó en la responsabilidad de dirigir el Ministerio de Educación y tuve el inmenso privilegio de hacerlo con el aliento y la dirección de Fidel, se me confirmaron y enriquecieron con la experiencia práctica, política y educativa de la inmensa tarea que nuestro pueblo emprendió desde entonces.

Mis maestros fueron, en primer lugar, Fidel Castro, que, junto a Martí, muestra la enseñanza de un quehacer político fundamentado en la cultura, cuya originalidad estuvo en que nos enseñó a articularlo con el movimiento social; y del otro lado, también lo fueron en los años iniciales de la Revolución, los mejores pedagogos del país a quienes, como recuerdan los mayores, solicité su cooperación para emprender una tarea que obviamente estaba más allá de mi experiencia y saber.

Todos ellos se han mantenido firmes en el país, los que murieron lo hicieron en su patria y luchando por ella, los que están vivos siguen defendiendo la causa del socialismo. No recuerdo una sola excepción, y si la hubiera, sería la plena confirmación de la regla.

La intelectualidad pedagógica que Cuba heredó en 1959 era profundamente revolucionaria y había hecho o hizo suya las ideas socialistas sobre los fundamentos de la tradición patriótica cubana. Si de algo puedo modestamente enorgullecerme es de que supe entender desde mi irrenunciable vocación de trabajador político y social la esencia de la inmensa cultura pedagógica que había en Cuba antes de la Revolución y trabajar por articularla con el ideal socialista. Jamás renunciaré a ella porque es pilar esencial de lo mejor que hicimos y lo que debemos hacer hacia el mañana.

Por esto hoy, en 1999, cuando debemos asumir lo más valioso de ese pasado, enriquecerlo con la inteligencia acumulada y la imaginación creadora, quiero transmitir a los maestros formados por

la Revolución la imagen que dejó en mi espíritu la más alta tradición pedagógica de la nación. Obviamente, era sólo el antecedente de la inmensa creación educacional en más de 40 años.

Pero había algo esencial que le dio fuerza, grandeza y posibilidades creadoras a la Revolución en la educación y la cultura, en el corazón de la vida espiritual e histórica de la nación, pedagogía, ética, cultura y política están ensambladas. Léanse si no, los textos de los mejores pensadores cubanos y, por tanto, de José Martí, en especial “Yugo y Estrella”, y se encontrarán las esencias de una filosofía y una pedagogía como la que necesitan no sólo nuestro país, sino nuestra América.

Estúdiese la historia de quienes representan esa tradición y confirmarán el hecho de que las figuras más importantes del pensamiento y la acción de la política cubana son hombres de cultura y poseen una carga de vida espiritual que, para darle continuidad a la Revolución, debe ser respetada y exaltada hoy y mañana.

He mencionado en muchas conferencias y encuentros esos nombres. Están presentes en mi corazón y en el de ustedes. Puedo afirmar que lo mejor de la política cubana ha provenido de la intelectualidad y cuando no suele calificarse algunos de ellos como tales, han tenido un infinito respeto y admiración por la cultura cubana; y puedo también asegurar que los peores gobernantes de Cuba, que se entregaron al imperialismo o al oficio rastrero de servirles como segundones, no fueron intelectuales.

No digo que no hayan existido excepciones, pero ellas sólo confirman la regla, y esta regla es de oro. Hay casos como el de Jorge Mañach, hombre de talento y cultura, que no podía entender la Revolución por limitaciones ideológicas, de contradicciones entre una cultura que había heredado y una ideología e intereses que le impedían asumirla a plenitud, pero esto sirve para mostrar que un intelectual cubano que no sea realmente antimperialista no podrá asumir las esencias más puras de la nación.

Incluso, algunos intelectuales de pensamiento diferente al de la revolución social habían penetrado en las esencias de la cultura cubana, presentaban programas contrarios a los intereses de anexionistas e imperialistas. Merece recordarse a José Antonio Saco y a Ramiro Guerra. De este último había dicho Carlos Rafael

Rodríguez que no podía hacer la historia de Cuba desde el punto de vista del marxismo, pero ella tampoco podría hacerse sin la información que brinda en sus textos.

Hagamos una relación de los más grandes representantes de la tradición política e intelectual cubana: Félix Varela, José de la Luz y Caballero, fundadores y paradigmas de una cultura que alcanzó cumbres en el pensamiento del Occidente civilizado, no todavía bien conocida ni reconocida fuera; Céspedes y Agramonte, fundadores de la nación.

Nadie mejor que Antonio Maceo para estudiar las relaciones entre cultura, ética y política en la historia espiritual de nuestro pueblo. No fue sólo un talento militar, sino también un hombre de honor, de enorme curiosidad por la cultura, de amplísima visión humanista y, desde luego, de estrechos vínculos con el pueblo explotado del que era su más nítido representante en el Ejército Mambí. En Maceo hay un guerrero de modales cultos en el hacer y en el decir, que hasta sus enemigos se vieron obligados a reconocer como un caballero.

Desde el triunfo de la Revolución sentí que Cuba poseía una tradición que vinculaba o relacionaba las categorías ética, cultura y política de una manera extraordinariamente útil para los pueblos. Esta idea —como se sabe— la defendí durante mi gestión en el Ministerio de Cultura, pero al tener que ejercer responsabilidades estatales, administrativas y económicas en relación con el movimiento artístico e intelectual, me resultaba muy complejo revelar con toda su fuerza y pureza el valor político de nuestra cultura. Sin embargo, me la confirmó el hecho de que el resultado positivo de la política que promovimos no está cuestionado.

Hoy, cuando se me ha otorgado el honor de promover las enseñanzas martianas y, por tanto, la de los héroes y pensadores de nuestra América y del mundo presentes en la cultura del Apóstol, podré explicar mejor los vínculos entre ética, cultura y política vivos y activos en la evolución espiritual del país.

En esta relación deslumbra, desde luego, José Martí, que es la cumbre más alta. Siempre he creído que no fue casualidad que resultara ser el más grande político cubano del siglo XIX y el más grande intelectual del país en esa centuria.

En el siglo XX, recordemos a hombres de formación universitaria como Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Enrique José

Varona —vivieron en los dos siglos— Rubén Martínez Villena, Medardo Vitier, Antonio Guiteras, Pablo de la Torriente Brau, Eduardo Chibás, Rafael García Bárcena, Raúl Roa, Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez, Fernando Ortiz, José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y tantos y tantos más.

En el prólogo a la primera edición de la geografía de Antonio Núñez Jiménez —otro representante de esta hermosa tradición— publicada después del triunfo de la Revolución en 1959, señalé que la genuina pasión por el conocimiento no es patrimonio de los frívolos que no sienten el drama de la vida, sino que sólo se alienta en los que se deciden por el esfuerzo y el sacrificio que lleva en sí toda gran empresa humana.

Por eso, a los jóvenes les pido que no aplacen o pospongan lo importante en nombre de lo que se les presenta como urgente e inmediato, porque lo esencial hay que tratarlo todos los días y, por tanto, desde ahora mismo, como nuestra más importante urgencia.

No hay nada más urgente e importante que debatir sobre el tema de la ética; es el gran tema de la política cubana desde Varela, Luz y Martí hasta hoy. Lo fue, en especial, desde los tiempos de *Vergüenza contra dinero*. Lo fue a partir del criminal golpe de estado del 10 de marzo de 1952, cuya respuesta ética fue el Moncada. Es el gran tema de la generación del centenario. Nada es hoy más urgente e importante que el debate moral, desde el fraude en los exámenes, hasta la corrupción. Hay que empezar a discutirlo estudiando la ética política de la nación cubana.

Alguien dijo fuera de nuestro país que había que estudiar el pensamiento de El Zanjón. Estoy de acuerdo. Respondemos: también debemos estudiar el SIDA.

Es cierto, hay otra relación de personajes que representaron lo peor de la subconciencia histórica cubana, los que encarnaron la traición, la división y el crimen, pero ni Machado ni Batista, que son sus más significativos exponentes, ni la inmensa mayoría de los que ejercían el oficio de políticos en Cuba, respondían a la tradición intelectual cubana, y aunque tuvieran preparación universitaria, acabaron sirviendo a los intereses imperialistas o, simplemente, corrompiéndose y, por tanto, abandonando el ideal intelectual de la nación.

En los primeros años de la república mediatizada, cuando los

yanquis se impusieron en Cuba tras la intervención, les dijeron a los políticos cubanos que no se trataba de ideas, sino de hacer negocios.

Hoy, gracias a la Revolución, los cubanos podemos entender el decisivo papel que ejerce y debe ejercer con mayor fuerza la cultura en el desarrollo y la práctica política en nuestro país, tanto en lo interno, como en las relaciones internacionales. En respuesta a aquellas expresiones, podemos subrayar lo que señaló nuestro Comandante en Jefe cuando dijo: Para recoger trigo hay que sembrar ideas.

Intelectuales en el campo de la política y las ideas durante el siglo XX son los que hemos mencionado anteriormente como ejemplos representativos. Intelectuales en la década del 50 eran Raúl Gómez García, el poeta del centenario, los hermanos Saíz, quienes dejaron escrita con sangre su más extraordinaria creación el 13 de agosto de 1958; intelectual era Frank País, quien sentía felicidad al enseñar historia de Cuba a los niños y un día dejó las aulas para hacer historia; lo eran también, en aquella década, los del Grupo Orígenes y la Sociedad Nuestro Tiempo, núcleos fundamentales de la intelectualidad cubana de mediados del siglo.

Recuerdo que cuando fui a organizar el Ministerio de Cultura en 1976-77, busqué a los intelectuales de mayor relevancia para integrar el Consejo Asesor de dicho organismo. Lo hice, desde luego, con la amplitud que caracteriza a la Revolución, pero al apreciar quiénes estábamos reunidos pude comprobar que una inmensa mayoría había pertenecido a la *Sociedad Nuestro Tiempo*, organizada y alentada en nombre del Partido Socialista Popular por el compañero Carlos Rafael Rodríguez, y al *Grupo Orígenes*.

Las tendencias negativas nacidas en la subconciencia social y humana han alentado siempre el sometimiento de Cuba a potencias extranjeras, pero nunca las hemos tenido como conciencia de la cubanía. La generación del centenario hizo la Revolución y la hemos mantenido y hecho crecer durante más de 40 años en base de la más pura tradición del país sin someternos a dictado alguno del extranjero. Y si se quiere una prueba definitiva de su realismo político, téngase muy presente que desde hace ocho años está confirmado por la historia de manera irrefutable.

Cúidense los jóvenes de los políticos que no sean fieles, leales a

la tradición, a los valores más importantes de la cultura cubana; cuídense de los que ignoran o subestiman lo que ella representa; exalten los más altos exponentes de la tradición política de Martí, que es la que ha colocado a Cuba en el alto sitio que hoy tiene en las relaciones internacionales.

Esta tradición fue enriquecida en cuatro décadas de historia por la inmensa creación que significa la obra educacional y cultural que con la orientación, aliento y acción de Fidel han realizado el pueblo, sus maestros y sus estudiantes. Estos últimos, ya a estas alturas de fines de siglo, están integrados por la inmensa mayoría de graduados por la propia Revolución.

Han sido extraordinarias y mucho más que extraordinarias las realizaciones de Cuba en cuatro décadas en este campo. Esto es universalmente aceptado. Valdría decir: ¿cómo se puede admitir la grandeza de la Revolución en la educación, la cultura y la salud pública y cuestionar a la Revolución misma? ¿Cómo es posible reclamarle derechos humanos a la Revolución más humanista de la historia de Occidente?

No es que no hayan existido errores. Baste recordar la insistencia de nuestro Comandante en Jefe en el pleno de la UJC sobre la necesidad de fortalecer los estudios y enseñanzas de la historia. Sé que se ha venido trabajando en ello. Sé también que ahora, con el impulso de estos planteamientos de Fidel, nuestro Ministerio de Educación viene elaborando nuevos planes. Los lunares existen, pero recordemos a Martí:

El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Los revolucionarios somos agradecidos, y con la inmensa luz de la Revolución superaremos las manchas y se alcanzarán soles más brillantes en el siglo XXI.

Los latinoamericanos somos herederos de la cultura nacida en Grecia y Roma, que se extendió por Europa junto al cristianismo surgido en las entrañas de la antigua sociedad esclavista, y que en el Nuevo Mundo entró en contacto con las culturas que diversos pueblos habían desarrollado aquí siglos antes de Colón y los que continuaron haciéndolo con posterioridad a 1492.

Somos depositarios de todo este inmenso acervo y en las luchas emancipadoras, en abigarrada mezcla de etnias y culturas, gestamos, como tendencia esencial, una vocación de universalidad entendiéndola como complejo de identidades.

Compárese este crisol de culturas y esta aspiración a la integración con las tendencias de fragmentación y pragmatismo feroz que hoy alcanzan niveles de gran tragedia con la OTAN y su acción criminal en los Balcanes.

Tenemos esa vocación de universalidad y nos inspiramos en el principio enunciado por José Martí: *Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas*. Reto colosal que nos obliga a estudiar los modos cultos de hacer política. El Apóstol nos da la señal cuando dice:

La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.

Esta política se basa en un principio: superar definitivamente el viejo postulado reaccionario de divide y vencerás y situar para siempre en nuestros corazones el postulado de unir para vencer.

Se trata de una política que tanto en sus fines ideales como en las formas prácticas de realizarlos se nutren del saber más profundo y la sensibilidad de nuestra tradición nacional enriquecida en los últimos 40 años de Revolución.

No voy a postular en este momento que se trata de un principio válido para todas las culturas que se hayan desarrollado a lo largo de la historia. Dejo tal análisis a investigadores y estudiosos de lo que han llamado culturología. Baste decir que en Cuba esto es así; en cuanto a otros países y zonas de la tierra, les invito a observar cómo la ignorancia y la incultura están ensambladas con los principales sucesos en un mundo donde crece y se multiplica el desprestigio del oficio de hacer política.

Es evidente que los dirigentes de Estados, partidos y organizaciones del actual estadio de las sociedades clasistas, salvo

muy honrosas excepciones, muestran la pobreza espiritual y moral que se profundiza día a día y la cual revela la ruptura entre cultura y política.

Nunca fue más agudo, al menos en el presente siglo, el abismo entre ambos planos de la vida humana. Los que producen o al menos en apariencia disponen los principales acontecimientos del mundo de hoy son gentes superficiales y mediocres. Se trata de miserables marionetas que operan en nombre de los peores intereses e instintos. Se observa esta ruptura como un síntoma de que algo esencial debe cambiar para salvar al hombre del desorden, el caos y la barbarie.

Ante el drama de los Balcanes, donde se ha llevado al máximo imaginable la depravación ética, y alcanza sus últimos extremos la violación de la cultura jurídica de Occidente, perpetrada bajo las siglas de la OTAN, fui a buscar un libro del alemán Oswald Spengler, quien desde posiciones reaccionarias, pero con gran erudición, postulaba hace casi 80 años *La decadencia de Occidente* —título de su obra— durante el siglo xx y especialmente en sus postrimerías y a lo largo del xxi.

Lo hice porque resultaba necesario a mi espíritu desenmascarar a estos bárbaros a partir de la fuente de ideología fundamentada no en la capacidad de pensar y amar del hombre, sino en sus instintos animales. Desde luego, un alemán como Spengler posee la información y la “cultura” para trasladarnos la imagen de todo el fondo diabólico del pensamiento reaccionario.

Estaba cansado de oír las tonterías que hablan quienes propagandizan a favor de la OTAN. Quería buscar gente seria que mostraran el tumor canceroso que nos quiere devorar; deseaba entender todo esto a través de gente seriamente reaccionaria y no por la vía de los charlatanes y marionetas de una propaganda cada vez más pedestre.

Spengler decía que la civilización se impondría en nuestra centuria y en especial en sus postrimerías, como una fase posterior a la cultura europea decimonónica, y vendría caracterizada por el predominio de la violencia.

Si algunos llaman posthistoria a esta nueva etapa, habrá que convenir que dados los medios tecnológicos de que disponen las potencias hegemónicas de hoy, y sobre todo la principal de ellas,

estos pueden conducirnos al último episodio de la vida sobre la tierra.

Este autor, fuente de inspiración del nazismo, habló propiamente a partir de Europa. Releyéndolo hoy, me parece que debe meditarse sobre la base de la realidad actual del viejo continente. Quizás el altísimo número de abstencionistas en las últimas contiendas electorales pueden entender lo que quiero decir; es posible que haya muchos pensando amargamente que esta situación no tiene arreglo dentro del sistema imperante. El ciudadano instruido de la culta Europa deberá seguramente estudiar este presagio del Diablo, expuesto aún antes de que en la URSS se extendiera el socialismo con sus grandezas, contradicciones y tragedias.

Cuando el derrumbe, se pasó por alto que no era sólo la caída de lo que llamaron socialismo real, sino una crisis más profunda y de más vasto alcance de toda la moderna civilización. Bien diría Eduardo Galeano: *hay que buscar otro muerto*.

Hoy se hace más necesario que nunca promover una comunicación entre los pueblos y las personas sensatas. Por esto, la reunión de América Latina y el Caribe con la Comunidad Europea, en Río de Janeiro, así como la Cumbre Iberoamericana, en La Habana, tanto deben interesarnos. Sólo los irresponsables pueden no interesarse positivamente en este proceso.

En Cuba soñamos con la integración continental. Nuestros sueños no son con superhombres, sino con las aspiraciones de millones de seres humanos en todo el continente y en el mundo que debemos dejarle a nuestros descendientes y el cual no puede ser igual al presente porque incluso, para que sobreviva a las crisis y convulsiones de la civilización actual, debe ser bien distinto al presente.

En la obra de Spengler se dice que Occidente es la única cultura con propósitos y sentido histórico y, por tanto, capaz de una acción más allá del espacio y el tiempo en que nos movemos. Sostiene este instruido alemán que las leyes de la causalidad y de la ciencia histórica no valen para encontrar los caminos del futuro.

Paradójicamente, otros dos grandes alemanes, Marx y Engels, que son la cara opuesta del famoso filósofo de *La decadencia de Occidente*, nos brindaron las bases científicas a partir de las cuales interpretar la historia transcurrida y desarrollar un método de

investigación y guía para la acción que nos permita construir un futuro de liberación social y humana, porque contrariamente a lo que se ha divulgado, ellos no tenían una rígida concepción determinista de la historia; concebían la aplicación de las leyes de la causalidad para que los hombres y los pueblos, en el ejercicio de su voluntad, crearan una historia distinta a las de las civilizaciones clasistas. Sostenían que son los hombres quienes hacen la historia, pero con arreglo a las premisas existentes.

Precisamente, las limitaciones e insuficiencias de las ideologías de Occidente están en que pasan por alto los análisis basados en las ciencias sociales e históricas y en los métodos científicos de investigación y análisis o bien mantienen un realismo estrecho que no toma en cuenta las aspiraciones de un mundo que necesita de la solidaridad y el amor, y esto no se logra simplemente con lo que llaman modelos, sino con principios éticos. Educación y cultura, ciencia y conciencia se imponen como exigencia del futuro.

El autor de *La decadencia de Occidente* decía no conocer la historia de América Latina. En verdad, él se refería específicamente a Europa. Nosotros, desde el Caribe, donde propiamente comenzó la edad moderna, hemos asumido la historia de Occidente con una visión bien distinta y un propósito histórico genuinamente universal y basado en la solidaridad. Creemos en la utilidad de la virtud y tenemos los pies en la tierra de las dramáticas realidades de hoy. Conocemos la naturaleza humana; sin embargo, como Martí, tenemos confianza en la vida futura y en el mejoramiento humano.

Para enfrentar de manera cabal estos retos hay que situarse en una realidad de espacio y tiempo universal y esto sólo se logra con inteligencia, solidaridad y amor.

En cuanto a Cuba, nuestra cultura nacional se enfrenta a la civilización del Norte y eso nos lleva a promover y a fortalecer las raíces bolivarianas y martianas que constituyen el más alto ideal con que puede soñar el hombre americano desde Alaska a la Tierra del Fuego.

Digo esto último porque estoy impactado con el hermoso espectáculo de las Iglesias Evangélicas efectuado en la Plaza de la Revolución con la presencia de los estadounidenses. Fue un mediodía inolvidable cargado de espiritualidad y fuerte sol veraniego.

¿Se trata de que mantenemos los mitos? Sí, pero los nuestros se pueden explicar sobre el fundamento de la historia real y de las ciencias sociales y desde las necesidades espirituales que sintieron o sienten no solo nuestros grandes hombres, sino también, y de forma esencial, los millones y millones de seres humanos que modestamente deseamos que la humanidad alcance un estadio social y moral sobre el pilar de la dignidad plena del hombre y de los derechos humanos —reivindiquemos la expresión.

Las grandes personalidades de Cuba lo han sido en la medida que interpretan estos mitos multitudinarios que nos recuerdan los análisis de José Carlos Mariátegui. Sus historias pueden explicar nuestros ideales, que excluyen el voluntarismo feroz de la filosofía reaccionaria, para abrazar con amor la redención universal del hombre en la Tierra, la superación radical de la explotación de unos por otros, llámenle ustedes de la forma que estimen mejor.

Los ideales cubanos se fundamentan en la sangre, la inteligencia y el amor que a lo largo de más de dos siglos han venido exaltando y estimulando las luchas por la libertad, desde México y el Caribe hasta Chile y Argentina. Están, pues, asentados en la realidad y en los intereses materiales y espirituales de todos los hombres y mujeres sin excepción.

La oligarquía norteamericana, en cambio, está alentando los choques de culturas y civilizaciones en el viejo continente. Tratan de imponer una concepción totalitaria del mundo, cuya referencia la tenemos en el nazi-fascismo, que quedaría realmente como una pálida imagen ante el mundo suicida y de barbarie que estos representantes actuales de la ideología ultrarreaccionaria pretenden imponer.

Lo cierto es que el sistema burgués imperialista ha dejado atrás todo lo que ayer tenía formalmente como valores y siguen, sin embargo, proclamando en sus hipócritas y deshumanizados estandartes, los derechos humanos. Es que una nueva ética sólo es posible sobre el fundamento de cumplir de verdad, para toda la humanidad sin excepción, las ideas de libertad, igualdad y fraternidad y exaltar el mismo espíritu independiente de los cubanos, que desde la formación y origen de la nación son parte de nuestra identidad.

Estos valores los fortaleceremos y los haremos crecer en nuestra

patria y los promoveremos en el mundo. Este es el reto que ha planteado Fidel en vísperas del 2000 y lo asumo a partir de la historia.

Procederé ahora a dar una explicación de cómo entiendo las esencias de la tradición pedagógica y espiritual cubana. El filósofo José de la Luz y Caballero afirmó que *la justicia es el sol del mundo moral*, y que *todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela*, y también que *no es necesario desvestir un santo para vestir a otro, sino que hay que vestirlos a todos*.

Sus enseñanzas e investigaciones constituyen un aporte indispensable para un mundo que necesita abrirse en abanico hacia la ciencia, la ética y el estímulo a las más elevadas disposiciones humanas. Estúdiense a Luz y Caballero con el rigor científico que nos muestran los métodos nacidos de la larga tradición filosófica de los pueblos de Occidente y cuya más alta expresión está, en Europa —dígase lo que se quiera por mediocres, superficiales o simplemente confundidos—, en Marx, Engels y Lenin, y se observará que las ideas filosóficas del maestro del colegio “El Salvador” nos pueden llevar hacia el siglo XXI a un plano superior del saber universal.

Nuestra nación posee una historia filosófica que le permite estudiar y presentar soluciones al tema de la ética sobre fundamentos científicos que es la única forma de alcanzar un nuevo pensamiento revolucionario. Varela, con su inmensa cultura, nos enseñó a pensar; Luz y Caballero, con su enciclopédica sabiduría, nos enseñó a conocer; Martí, a partir de estas fuentes, de su saber universal, su genio e imaginación creadora, nos enseñó a actuar.

Sobre los fundamentos de toda esta tradición intelectual situemos el acento espiritual, moral y cultural en el centro de nuestra acción redentora. Sólo así podremos exaltar las mejores disposiciones humanas, de las que habló Engels, cuando afirmó que la civilización hasta entonces había alcanzado grandes realizaciones a partir de incitar las peores pasiones y a costa de lo mejor que hay en el seno de la naturaleza humana.

Con toda urgencia debemos asumir las riendas que el Apóstol decía tenía el hombre para dominar a la fiera dormida que todos llevamos dentro. ¿Cuáles son estas riendas? La cultura, la ética y las formas jurídicas que nos conduzcan a la fórmula del amor triunfante de que él nos hablara. Así crearemos la República *con*

*todos y para el bien de todos*, que nos representamos en el ideal socialista.

Para esto se requiere despertar en los jóvenes el entusiasmo por el estudio, la investigación, el trabajo y la creación orientados a las tareas de transformación del mundo.

Decía el maestro Luz que los mediocres no son entusiastas. El entusiasmo, el interés por transformar y crear está en la esencia de la educación cubana y esto no se impone como un dictado reglamentario, aunque ellos sean indispensables, sino haciendo que primen la instrucción del pensamiento y la educación de los sentimientos —como dijo el Apóstol— y la política culta.

En el verbo está la expresión compleja del pensamiento y por consiguiente el embrión de la filosofía, dijo Luz y Caballero; en la palabra que estimula y orienta hacia la acción se halla, pues, la orientación de la filosofía válida para Cuba, es decir, la que incite a la acción por la liberación humana. Por esto hemos entendido la cultura europea cuando Marx expresa en sus tesis sobre Feuerbach que la filosofía se había ocupado hasta aquí de describir el mundo y de lo que se trata es de transformarlo.

Para estos propósitos es indispensable tomar muy en cuenta el postulado de José Martí cuando señaló que el secreto de lo humano está en la facultad de asociarse, y cuando destacó que requiere la cooperación y el reconocimiento moral del aporte de cada uno. Esto es válido a escala universal, nacional y en los más inmediatos problemas de la vida cotidiana.

No podemos renunciar a la bondad y a la justicia porque es el único modo que tienen los hombres y los pueblos de ser felices. Esto fue lo que planteó Martí al decir que si los pícaros se dieran cuenta de lo útil de ser honrados serían honrados, por picardía.

La forma de educar está en el ejemplo que los maestros deben mostrar con su conducta diaria en el aula y fuera de ella. *Instruir puede cualquiera, educar sólo quien sea un evangelio vivo*, señaló Luz. Tenemos que educar en el deber social a cada hombre y en la responsabilidad histórica que, como pueblo, tenemos contraída con América y la humanidad. Una vida esforzada por cumplir el deber social e histórico es fuente de felicidad, porque no hay dicha más íntima y de mayor intensidad que la de enseñar, educar y crear en beneficio de la sociedad.

Díganle los maestros cubanos a sus alumnos que cuando alguien les describa el mundo sin fórmulas para mejorarlo, ese alguien no estará en el corazón de la cultura del país. Hace falta, desde luego, describir y conocer al mundo, pero es indispensable saber cambiarlo y generar voluntades de transformación para mejorarlo.

Las verdades científicas en las ciencias sociales, históricas y filosóficas solamente es posible asumirlas a partir de una altísima sensibilidad humana. Aquí lo ético y lo científico tienen una impresionante armonía. Sin ética no se hubieran descubierto las raíces de la explotación del hombre por el hombre, de la tragedia y el dolor de la miseria en que viven millones de seres humanos y la plusvalía. Ciencia y conciencia tienen una identidad que no pueden entender las mentes cortas y perversas.

En la historia de las civilizaciones, nunca se alcanzó a elaborar un análisis filosófico, sobre bases científicas, acerca del papel de la moral y la cultura en la historia humana. Se hicieron trascendentales descubrimientos en el campo de las ciencias sociales y la filosofía, referentes a la economía, la sociología y las ciencias históricas; Marx y Engels sentaron los fundamentos del método para abarcar el análisis de esa totalidad de la vida humana, pero su propia existencia y el entorno al que se enfrentaron no les permitieron lograr ese propósito.

De esta forma, el tema ético, considerado como una cuestión esencial por las religiones —he ahí las razones de su autoridad espiritual— nunca alcanzó un tratamiento científico y filosófico en la civilización occidental que explicara su papel y su lugar en el desarrollo económico y social; este es el compromiso de la filosofía y la cultura para el siglo que está a punto de comenzar.

El maestro cubano José de la Luz y Caballero dijo desde su fe cristiana, a mediados del siglo XIX, una verdad que debe servir hoy como enseñanza a quienes intentan hacer filosofía. Al rechazar el divorcio entre lo físico y lo moral, se pronunciaba contra la existencia, en el método cognoscitivo, de dos clases de observación: la externa y la interna. Afirmaba que, en realidad, se trataba de una sola función, ora aplicada al conocimiento de los objetos externos, ora al de los fenómenos internos. Señalaba que la diferencia estaba en el objeto de estudio y no en el principio del método de investigación para llegar al conocimiento.

He ahí una reflexión que estudiada a partir del pensar científico, y de la aspiración utópica de José Martí, nos puede llevar por un camino filosófico como el que necesita el siglo XXI.

Pero, ¿cuáles son las contradicciones que se nos presentan en el hemisferio occidental?

Si hiciéramos una comparación de los procesos culturales, tal como se presentaron en nuestra América, con los que tuvieron lugar en los países industrializados del Norte, se vería que mientras nosotros marchamos con una aspiración hacia la integración, y a la solidaridad, los del Norte están marcados por tendencias a la desintegración y a la fragmentación cultural, espiritual, y nos incitan al egoísmo.

Norteamérica encarna la civilización material y no vamos a renunciar a ella, pero América Latina y el Caribe representan la cultura espiritual en el hemisferio, con nuestra imaginación y mitos presentes en la naturaleza humana, tan reales como la tierra que pisan nuestros pies o los mares que han servido de fuente de la vida, o los átomos que están en el micromundo.

Si se me da licencia para emplear la expresión, con inmenso respeto por todas las creencias religiosas y por todos los pensamientos sanos, creyentes y no creyentes, podría decir que el pecado original de la historia de las ideas occidentales está en haber divorciado lo que su cultura llamó materia de lo que denominó espíritu.

Lo sustantivo de la filosofía cubana hacia el futuro está en relacionar ambos planos, pues los dos forman parte de la naturaleza —para usar una expresión que empleaba Martí— o de la unidad material del mundo —para describirlo con palabras propias de la tradición marxista del siglo XX.

Para tal propósito, América Latina y el Caribe constituyen la principal reserva de la cultura occidental. Para comprobarlo, invito a estudiar el hecho de que en ella se ha generado el más alto caudal de pensamiento en el Occidente durante la segunda mitad del siglo XX. Veamos:

- la renovación del pensamiento socialista que generó la Revolución cubana y que representamos en Fidel Castro y Ernesto Guevara;

- la explosión artística y literaria y el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuente en Alejo Carpentier y lo real maravilloso;
- el pensamiento social y filosófico y la dimensión ética que observamos en la teología de la liberación cuando la analizamos en función del reino de este mundo;
- el movimiento de educación popular.

En estas corrientes de pensamiento hay una esencia común: se sitúan la realidad y la práctica como elementos para el conocimiento de la verdad y de la transformación del mundo y, a la vez, expresan el sentido utópico del Nuevo Mundo que constituye un incentivo para forjar la realidad del futuro.

El error de quienes renuncian a la utopía está en que no toman en cuenta las realidades y las exigencias que se hallan en el subsuelo social y que van emergiendo hacia la superficie y, desde luego, en que no pueden concebir, por estas razones, las realidades de mañana. El error de quienes levantan un ideal utópico pasando por encima de las leyes de la ciencia está en que, tratando de imponerlo, le dan paso al egoísmo y al feroz individualismo egocéntrico.

La cultura latinoamericana asume plenamente la realidad de hoy y se plantea el sueño realizable hacia el futuro, que llamamos utopía universal del hombre.

Con estas enseñanzas y las experiencias de una Revolución iniciada hace más de 130 años, continuada hoy y que se proyecta hacia el siglo XXI, el mensaje cubano puede ser de gran significado para la historia intelectual de Occidente.

Estamos empeñados en probarlo y promoverlo, porque si la evolución de las ideas filosóficas europeas hizo un aporte esencial en la interpretación de la historia económica y social del hombre, las de Cuba y América toda pueden hacerlo en cuanto a la influencia real que tienen los valores morales y espirituales en la historia. Lo podemos llevar a cabo porque están insertados en nuestras realidades de hoy, en las necesidades, esperanzas y leyes de

mañana.

Como se mostró en el reciente Congreso Internacional de Cultura y Desarrollo, ésta es la respuesta necesaria a la globalización neoliberal. El tema central del actual momento político y cultural del mundo es la ética y la cultura espiritual vinculada al desarrollo económico y social. Precisamente tal cosmovisión está en el sustrato de la identidad cubana.

Esto sólo se hará con una cultura integral que debe ser el fundamento del Programa Martiano en la educación.

Decía José Martí que los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan y los que odian y deshacen. Lo que es válido para los hombres en particular lo es también para las civilizaciones que ellos han creado. Hasta aquí siempre se han impuesto los instintos egoístas sobre las aspiraciones solidarias; el odio frente al amor. De lo que se trata es de forjar una civilización sobre los fundamentos culturales del amor y la solidaridad. Así entendemos nosotros el socialismo. Esto es lo que necesita el siglo XXI.

Maestros:

Martí corona su concepción política, educativa y cultural con la idea del equilibrio. Su ferviente búsqueda la halla indisolublemente relacionada con la acción liberadora de carácter político cuando señala el deber cubano de trabajar junto a las Antillas libres para evitar lo que consideró la guerra calificada por él de innecesaria entre dos secciones adversas del hemisferio.

Este mismo propósito de interés universal lo concreta a su escala más inmediatamente humana e individual, cuando postula que los hombres deben aspirar a lograr, cada uno, individualmente, el equilibrio entre las facultades emotivas e intelectuales, y de desarrollar, a partir de ello, la voluntad creadora. Esto tiene hondas raíces psicológicas que deben servir a nuestra pedagogía y a nuestro quehacer político.

Para desarrollar una educación así concebida es necesaria la relación de la escuela con la comunidad y la familia. Una vez se analizó qué era más importante de estas tres claves: la escuela puede dar lo que la familia no puede facilitar; ésta brinda lo que aquélla no puede dar; la comunidad cumple un papel que ni la escuela ni la familia por sí solas pueden desempeñar.

Es en la articulación de los empeños mancomunados de la

familia, la escuela y la comunidad donde radica la base fundamental de una educación integral. Sólo con una visión integral del fenómeno de la cultura, y analizando y estimulando las relaciones interdisciplinarias entre las diferentes ramas del saber y sus vínculos con el trabajo productivo socialmente útil, es que podrá alcanzarse una ética orientada a favor de la formación del hombre nuevo.

Son problemas que deben resolverse en el campo educativo y político para satisfacer las necesidades materiales y espirituales condicionadas (y presupuestas) por la revolución científico-técnica y la internacionalización de la riqueza.

Se trata de una educación en todos los aspectos de la personalidad y de las potencialidades humanas: el intelectual, el laboral, el estético y el ético, y con una visión total, armónica, de la cultura y de la vida del hombre. Integrar no quiere decir aplastar las partes componentes; por el contrario, significa vincularlas. De otra forma no habrá verdadera integración.

Esto fue lo que nos explicaron los educadores cubanos al triunfo de la Revolución, cuando les pregunté qué era la reforma de la enseñanza. Todo está en la tradición educacional y cultural cubana de casi dos siglos de historia, en las ideas socialistas a lo largo de 150 años y en los conceptos, universalmente aceptados, en relación con estos temas capitales.

Sólo con la visión integral del fenómeno de la cultura lograremos garantizar la exaltación de cada una de las ramas del saber, y podremos, además, orientarla hacia la práctica en favor de una ética superior. Con esos valores aspiramos a promover una proyección política, intelectual y moral que trascienda las décadas futuras y sirva a nuestro pueblo trabajador en el siglo XXI.

En la década de 1920, Julio Antonio Mella y la juventud antimperialista, revolucionaria y patriótica de entonces rescataron del ostracismo las enseñanzas de José Martí, tan manipuladas durante la república neocolonial.

Las ideas socialistas y patrióticas cubanas de aquellos tiempos nos guiaron hasta el 26 de julio de 1953, cuando Fidel proclamó que Martí era el autor intelectual de la Revolución. El 1º de enero de 1959 triunfó la revolución de Martí. En ocasión de Girón, el 16 de abril de 1961, se proclamó el carácter socialista de la Revolución.

Han pasado casi cincuenta años desde que iniciamos esta lucha.

Con el derrumbe de la URSS se quebró el llamado socialismo real. Con la complicidad de la que un día fue llamada socialdemocracia europea, en las acciones criminales de la OTAN le dieron un tiro de gracia al pensamiento socialista del siglo XX en el viejo continente.

Si en los años 20 el ideal socialista ayudó a rescatar la tradición martiana, en los tiempos actuales nos proponemos, sobre los fundamentos de la cultura de José Martí, fortalecer en el orden nacional, y contribuir a rescatar, en el internacional, el pensamiento de Marx, Engels y Lenin. Lo haremos como corresponde, de forma creadora, que ayude a comprender la mejor tradición humanista de la cultura occidental.

La Revolución formó una inmensa masa intelectual de hijos de trabajadores y campesinos que alcanzaron altos niveles universitarios. Estas masas son la cosecha principal de nuestra obra. Se hallan en los claustros, en las escuelas, en los centros docentes en general y en las instituciones científicas y culturales. Son hijos o nietos de trabajadores; son herederos de la mejor tradición socialista, patriótica y política de la nación.

Estos son nuestros intelectuales, entre los cuales algunos han alcanzado excepcionales méritos por su saber, su ciencia, su arte y su cultura. Ellos son escudo esencial de la Revolución de los trabajadores, por los trabajadores y para los trabajadores, o para decirlo, como señaló Fidel hace cuarenta años en Estados Unidos: de los humildes, por los humildes y para los humildes.

La intelectualidad de hoy heredó esa inmensa historia cultural, no es igual a la de ayer, pero se nutre con las esencias más puras de la anterior y tiene que ser mejor. Conservarla y desarrollarla, enriquecerla y presentarla como escudo esencial de la patria cubana, latinoamericana y caribeña, recordando a Martí, es el servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas brinda al trato justo de las naciones.

La cuna de esa intelectualidad está en las grandes campañas de educación y de cultura de los años 1959, 1960, 1961, y que culminó el 22 de diciembre de ese año, cuando Fidel proclamó:

Ningún momento más solemne y emocionante; ningún instante de júbilo mayor, ningún minuto de legítimo orgullo y gloria como éste, en que cuatro siglos y medio de ignorancia han sido

derrumbados.

Las decenas de miles de alfabetizadores congregados en la Plaza exclamaron a coro: “Fidel, Fidel, dinos qué otra cosa tenemos que hacer.” Su respuesta fue: “Ahora deben hacerse maestros, artistas, profesores, técnicos, ingenieros, especialistas en las más diversas disciplinas de la ciencia y la cultura.”

Así, junto a la imagen de José Martí, nació el movimiento educacional, cultural y científico generado por la revolución cubana que durante más de cuatro décadas ha estado en su columna vertebral, y que en los umbrales del siglo xxi, resulta garantía decisiva de la independencia del país y carta de presentación de Cuba ante el mundo.

Ciudad Libertad, La Habana,  
29 junio, 1999. En el acto donde  
le fue otorgada la categoría  
de Profesor de Mérito  
del Instituto Superior Pedagógico  
Enrique José Varona.

## **ESTADOS UNIDOS. FUERA DE LA LEY**

En estos años finiseculares, la cultura martiana, a partir de su tradición humanista orientada en favor de los pobres de la tierra, puede desempeñar un papel clave en la evolución ulterior de las ideas y el carácter del movimiento intelectual y espiritual en la frontera entre dos milenios. Todo depende de que los cubanos seamos capaces de profundizarla en lo nacional y promoverla en lo internacional. Estudiemos los problemas de nuestra contemporaneidad a la luz del legado del Maestro.

Una de las fundamentales enseñanzas que ofrece este texto, es que descubrió cómo andaban divorciados en Estados Unidos el desarrollo material y el crecimiento de la vida moral y espiritual. Martí reconocía, desde luego, las virtudes de la tradición democrática y liberal de Norteamérica, pero mostraba a su vez, los peligros que representaba en ese país el individualismo feroz y desenfrenado. Es el divorcio entre el desarrollo económico, tecnológico y científico y los sentimientos de solidaridad y de amor al prójimo lo que está en la sustancia misma del crecimiento imperialista denunciado por Martí. He aquí la raíz más profunda del drama de nuestra época.

El colosal problema descrito por el Maestro ha llegado a su punto culminante. La tragedia se halla en la incapacidad e impotencia del sistema dominante en Norteamérica para responder a las responsabilidades políticas y culturales que su poderío económico y militar les incita a ejercer.

Es en Estados Unidos y no en Cuba donde se halla la esencia del drama. Su expresión más inmediata la tenemos en las violaciones al orden jurídico internacional. Sus confrontaciones con las Naciones Unidas son cada vez más evidentes. La ausencia de ese estado en la UNESCO es un signo de la incapacidad e inmadurez que tiene para ejercer el poder de que dispone.

Hoy incluso, puede afirmarse que Estados Unidos se ha colocado fuera de la ley. La Helms-Burton, de forma oficial y descarnada, atenta contra el libre comercio que constituye uno de los postulados esenciales de la civilización capitalista. Esta "legislación" proclama un derecho bárbaro contra el régimen jurídico internacional creado

en más de 250 años de historia universal.

Tratan de implantar un nuevo modelo reaccionario en abierta contradicción con el que laboriosamente había ido tejiendo la historia de la civilización moderna. Nada de esto —lo muestra la experiencia— se puede hacer sin caer en el desorden generalizado, cuyos síntomas están ya a nuestra vista.

Como siempre sucede con los grandes imperios en su ocaso, la irracionalidad y la torpeza aparecen en la superficie de un sistema que debe ser transformado, pero en un sentido radicalmente opuesto a lo que desean los que toman las decisiones de poder. El sistema jurídico internacional debe sufrir transformaciones, pero a partir de las normas y leyes establecidas y para ampliar la democracia y la participación de los pueblos y las naciones en la toma de decisiones.

Las necesidades de transformación están en dirección contraria a los intereses de los que decretaron el *fin de la historia y la muerte de las ideologías*. En todo caso estas afirmaciones sólo revelan la incapacidad ideológica y la decrepitud histórica de la propia civilización que ha prevalecido hasta aquí.

¿No será que la humanidad necesita cambios? Que se pueda o no, es otra cosa, pero los gérmenes de esas necesidades están a la vista. Sí, hay que cambiar, pero no en el sentido conservador y reaccionario con que suelen abordar estos temas los líderes principales del *establishment* norteamericano.

La esencia del problema está en que la potencia más poderosa de la tierra no tiene fundamentos culturales para extenderse por el orbe, sólo puede hacerlo de manera factual y esto no basta para crear, sólo sirve para destruir.

Las civilizaciones que han logrado ampliar su dominio y desarrollarse hacia latitudes distantes de sus centros de origen han debido disponer de una tradición y de un espíritu fundacional basados en una cultura y en sólidas instituciones como las que no disponen los Estados Unidos de Norteamérica.

Así ocurrió, por ejemplo, con la civilización grecorromana, que se amplió por Europa y constituyó de uno de los pilares de la llamada cultura occidental; así fue, también, la de la conquista y colonización europea en América.

La civilización dominante en Norteamérica posee un sentido

pragmático de la vida que le sirvió para recorrer un camino de incuestionable progreso, pero no ha forjado una cultura que posea la riqueza y la capacidad indispensables para reproducirse y crear valores espirituales duraderos, mucho menos en un mundo que, en aspectos sustantivos, tiene una mayor riqueza cultural.

Por escandaloso que les parezca a los *aldeanos vanidosos* que mandan en la superpotencia, ellos no poseen la cosmovisión universal indispensable para entender el significado y la consecuencia de los nuevos procesos de internacionalización de la riqueza que, con superficialidad, están llamando *globalización*.

Muchos de ellos ignoran el drama social que se incubaba. Esa civilización contiene gérmenes de fracturas serias. Vale la pena estudiar con rigor esta tragedia universal, en tanto involucra a todo el mundo.

La tendencia al aislacionismo presente en vastos sectores sociales unida al pragmatismo de sus decisiones económicas y de su política internacional, choca con las responsabilidades que supuestamente pretende asumir en un mundo que no les resulta sencillo dominar. Lo mejor de la cultura norteamericana está frenado por el individualismo feroz que se impone en ese país, ajeno al sentido trascendente que se requiere para crear nuevos mundos.

Respetamos mucho al pueblo norteamericano y tenemos la esperanza de que, retomando sus mejores tradiciones, pueda evitarle al mundo nuevas catástrofes como las que desencadenan los círculos dominantes de su país. Una revitalización de las ideas libertarias en el seno de la sociedad norteamericana podría ser la solución. Pero con el sentido pragmático e individualista, rechazando los paradigmas y los valores universales que la vida humana ha creado sobre la tierra, no puede Estados Unidos hablar con propiedad de que se convertirá en un modelo aceptable para el mundo.

En el pensar de los ideólogos conservadores de Norteamérica, el empeño en favor de nuestra identidad es caracterizado como negación de la democracia y de la libertad. No entienden otra cosa que la exaltación a ultranza del individualismo, no se percatan de que se trata de una trampa. Ella consiste en que tal exacerbación de lo individual significa la negación de los derechos individuales de millones de personas.

Todo esfuerzo de integrar el pensamiento a un empeño social y colectivo lo califican de totalitarismo. El liberalismo, nacido en la lucha contra el despotismo feudal y monárquico, desempeñó un papel revolucionario, pero no estamos en la Europa del siglo XVIII y principios del XIX, sino en un mundo infinitamente más complejo.

Es pura fantasía reaccionaria hablar de democracia y libertad sin tener en cuenta las necesidades de cinco mil millones de seres humanos que habitan el planeta.

En fin, Estados Unidos es una sociedad fragmentada con una tradición de pensamiento liberal conservador que ofrece obstáculos a la integralidad del pensamiento humano. En cambio, en América Latina y el Caribe se observa, como tendencia más progresista, la aspiración a una integralidad que conduzca a la acción en favor de la justicia

Las diferencias entre las formas de pensar de los intelectuales latinoamericanos y caribeños, con las que se imponen en el seno de la sociedad norteamericana, están en que los primeros tendemos a la integración y articulación de valores, elementos y componentes de la cultura, y en los segundos se observa un proceso de atomización al que sirve de sustento el pragmatismo. Tales diferencias tienen orígenes y causas históricas, económicas, sociales y culturales.

Nunca se llegó a entender con el rigor necesario, ni mucho menos extraerle sus consecuencias filosóficas y prácticas, el valor que objetivamente posee el espíritu asociativo y solidario que tiene fundamentos objetivos en la evolución natural que forjó y desarrolló al hombre y que marcó su singularidad en el reino animal. Nunca fue suficientemente esclarecido y objetivamente tomado en cuenta que la vida espiritual y moral tenía enormes posibilidades de crecer sobre el fundamento de promover a un plano superior el papel de la educación y la cultura. Los instintos de sectores, grupos, clases e individuos se han opuesto siempre a la cabal comprensión de este propósito.

Obviamente, esta función de la cultura sólo se puede resolver a plenitud cuando se articula con la ciencia, lo que únicamente es posible con un concepto integral de cultura, caracterizándola como lo creado por el hombre a partir de la transformación de la naturaleza y sobre la base de una visión de fondo de sus raíces

antropológicas.

La degradación ética está en la esencia del drama. Las dos revoluciones científico-técnicas más importantes de los últimos tiempos, la informática y la mediática, fueron empleadas para producir el espectáculo de una guerra real que pudo verse por televisión desde los hogares, como quien disfruta de una alegre comedia o de un apacible programa de recetas de cocina.

La biotecnología y la ingeniería genética, una tercera revolución que de hecho comienza, al servicio de los intereses creados, puede acabar cumpliendo la pesadilla de Orwell: sociedades de zombies manipulados para la producción y el consumo.

La corrupción de las costumbres y los consorcios de la droga marcan la impronta de la vida cotidiana en muchos países desarrollados, y para mayor escarnio se le achaca toda la responsabilidad de esta última a las zonas pobres productoras de la materia prima.

El más vasto proyecto de liberación humana emprendido en esta centuria sufrió un colapso. Alguien me dijo que los cubanos éramos náufragos del desastre. Le respondí: los sobrevivientes nadamos hacia tierra firme y somos los que más tenemos que contar.

Las causas medulares de la debacle tienen fundamentos culturales: la subestimación de los factores subjetivos que denunciaron —desde la década del 60— Ernesto Guevara y Fidel Castro, y, por tanto, de lo que se ha llamado superestructura y su tratamiento anticultural.

Se pasó por alto a la cultura en su acepción cabal y por tanto universal. Como consecuencia, se impusieron las pasiones más viles de los hombres y no pudieron promoverse al plano requerido por la aspiración socialista, sus mejores disposiciones.

Esto, en las condiciones de sociedades que habían colectivizado las fundamentales riquezas, generó el inmovilismo, la inacción, la superficialidad y acabaron exaltándose los peores rasgos del aldeanismo que estaba en el sustrato socio-cultural de aquellos países. Así perdió toda realidad el llamado socialismo real. Pero lo que se derrumbó no sólo fue el campo socialista sino el sistema de relaciones políticas vigente a escala internacional en la segunda mitad del siglo xx.

Estos hechos constituyen una amarga enseñanza en la historia de

las civilizaciones. ¿Tomará lección de ello la moderna civilización occidental? ¿Tendrá recursos, imaginación y voluntad para entender que la humanidad está aproximándose a límites que pueden ser insalvables?

Hay un viejo concepto que martilla en mi conciencia personal: la historia ha significado una lucha abierta, aunque unas veces velada, entre explotados y explotadores, y siempre ha concluido con el triunfo de unos o de otros, o con el exterminio de ambos.

Trasládese estas verdades a las realidades y al análisis de los procesos que actualmente transcurren y se tendrá la dimensión del drama que pesa sobre el hombre en las fronteras entre milenios.

La civilización occidental sólo puede salvarse del caos y de la muerte exaltando sus más hermosas tradiciones espirituales y humanistas y asumiéndolas en todas sus consecuencias, es decir, no en una forma simplemente retórica y esquemática, como suele hacerlo para servir al apetito insaciable de unos cuantos, sin defender los intereses de todos.

Las clases conservadoras y reaccionarias han hablado hipócritamente de humanismo y de lo que debemos tratar es de que se aplique de verdad y para toda la población.

Cuba defiende su identidad en medio de la crisis de valores éticos, políticos, e incluso jurídicos, que se expresan en el inmenso vacío y la angustia espiritual de la moderna civilización. Lo hacemos a partir de una cultura, que Fernando Ortiz caracterizó como un *ajjaco*, es decir, la síntesis lograda de una diversidad de procesos universales. Afectar la integridad de esta nación, como lo han pretendido las últimas nueve administraciones norteamericanas, es un crimen de lesa humanidad.

Somos una consecuencia histórica de los mejores ideales de la edad moderna. Cuando tales valores han sido lanzados por la borda por el materialismo vulgar y grosero impuesto en el mundo que llaman unipolar, nuestra Patria se yergue como estandarte de la dignidad humana.

Para abordar tan complejos problemas, la sociedad cubana de hoy exalta dos cuestiones: primero: la tradición ética que nos viene de la historia desde principios del siglo XIX y que recorre casi dos centurias, y segundo: la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo. Esto nos obliga a plantear

el tema del desarrollo económico y social, y a programar medidas con una cosmovisión socialista. Ética y desarrollo económico integran una unidad sobre la que debemos trabajar promoviendo lo uno y lo otro.

Con agudeza que a estas alturas nos sobrecoge, el reclamo martiano parece un mandato de plena vigencia y palpitante perentoriedad, cuando dijo: *“Las redenciones han venido siendo teóricas y formales; es necesario que sean efectivas y esenciales (...) El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos.”*

Educación, Ciencia y Cultura integran una identidad donde se decide la lucha por el futuro de nuestra especie. Sin fortalecer este núcleo programático nadie puede asegurar que en el siglo XXI una cadena de sucesos dramáticos no desemboque en el último episodio de la historia del hombre. Entonces sí se hará real el fin de la historia, proclamado una vez por un tecnócrata de la postmodernidad.

Hay que asumir en todas sus consecuencias prácticas la idea martiana de *ser cultos es el único modo de ser libres*. Nunca ha sido más necesario y apremiante entender el significado y el valor práctico de esta concepción martiana. El país reclama que las personas de mayor sensibilidad, inteligencia, conocimiento y cultura se integren en un esfuerzo común junto a todo el pueblo para abordar los nuevos y complejos retos que tienen ante sí las ideas revolucionarias, y que se revelan en el terreno de las ciencias sociales, políticas, culturales y humanistas de una forma tan evidente y con peligros tan graves y concretos, que me hacen pensar si muchas veces en los debates que se producen en torno a tales cuestiones en el seno de la sociedad, no estaremos acaso discutiendo si son galgos o podencos.

Los desafíos políticos y culturales de carácter práctico e inmediato nos exigen romper los moldes y esquemas heredados de una práctica socialista que demostró objetivamente su ineficacia, y enfrentar nuestros deberes dentro del país y los que nos imponen las realidades internacionales, con aquel pensamiento martiano: *Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas*. Obsérvese que se trata de un mandato y para esto es necesario que reconozcamos que han cambiado

radicalmente las reglas de juego en el debate internacional de las ideas.

Las ideas revolucionarias más radicales, cuya esencia la tenemos en la ética martiana, deben salir a pelear en los enfrentamientos políticos e ideológicos, y para ello contamos con los principios y métodos del pensamiento de Marx, Engels y Lenin, un legado que debemos actualizar..

Cuando hablamos de crisis en el mundo de hoy, saltan a la vista las grietas entre ética y política. Ahí está la clave y el punto de partida para defender las ideas revolucionarias y socialistas de nuestro país.

La tradición de cultura ética de la política cubana, que fue precisamente factor decisivo en el desarrollo de la Revolución desde los tiempos del Moncada, es una fuerza de incalculable dimensión para el curso ulterior de la Revolución cubana.

Aquí, desde esta Aula Magna, con la tradición patriótica y socialista que se gestó en la Colina Universitaria, la Sociedad Cultural José Martí, al integrarse en esta casa de estudios, convoca a toda la intelectualidad del país, es decir, a quienes tienen por oficio trabajar a partir de la inteligencia, a realizar un diálogo revolucionario y radical en favor de la ética martiana, cuyas raíces están en el pensamiento independentista y liberador de Félix Varela y cuya influencia en nuestro siglo la representa la cultura de Fidel.

Cuando el Apóstol convocó a la *guerra necesaria* hace más de 100 años, le pareció absurdo que con la alta misión que el porvenir le tenía reservado a nuestro país en América y el mundo hubiese cubanos que atasen su suerte a lo que él llamaba *monarquía podrida y aldeana de España*.

Hoy me he confirmado en la convicción martiana acerca de las posibilidades que la cultura cubana tiene en el presente y en el porvenir y, por tanto, me parece increíble que existan personas nacidas en nuestra tierra que renuncien a la gloria de servir al mundo con las ideas del Maestro en las graves encrucijadas que la historia de la civilización occidental tiene ante sí y que aten sus vidas a los destinos inciertos de la civilización de Norteamérica, que lleva en su seno los gérmenes de graves dramas que pueden resultar catastróficos para la humanidad del siglo xxi.

La Sociedad Cultural José Martí en la Universidad de La Habana

hace un llamamiento a exaltar la unidad del pueblo, la utilidad de la virtud, la autoridad y el respeto a la cultura y, por consiguiente, a profundizar en las ideas fidelistas y martianas.

En el acto de integración  
de la Sociedad Cultural José Martí  
a la Universidad de La Habana.  
27 de enero 1997

## **HACIA EL SIGLO XXI: FUENTES NECESARIAS. MATERIALISMO HISTÓRICO Y VIDA ESPIRITUAL**

Durante la época anterior de *Cuba Socialista*, en las ediciones correspondientes a enero-marzo y abril-junio de 1990, publiqué una selección de párrafos de Lenin en la primera; y de Engels en la segunda, acompañado de comentarios y observaciones relacionados con lo que venía sucediendo en la URSS y en el campo socialista de Europa del Este. Esto lo hice año y medio antes de la desaparición del Estado fundado por Lenin. En 1996, es decir, seis años después, he confirmado plenamente tales análisis.

Al estudiar con visión de revolucionario postmoderno —tal como me definí en el último congreso de la UNEAC— los textos de Engels, especialmente los de los últimos años de su vida, y con la experiencia que extraigo de nuestras relaciones con la extinguida URSS, he caracterizado los graves errores cometidos por un llamado socialismo real que terminó perdiendo toda realidad.

Al final del presente trabajo, podrá el lector disponer de la bibliografía correspondiente en donde confirmar la validez, desde el punto de vista del pensamiento de Engels, de lo que aquí expongo. Ello me ha servido para entender las raíces de las desviaciones que dieron lugar al derrumbe del socialismo real y para confirmar, en el orden teórico, la certeza de las ideas básicas de nuestra Revolución socialista formuladas por Fidel y el Che desde la década de 1960.

La cadena de errores que dieron al traste con el socialismo real se relaciona con importantes equivocaciones filosóficas. Si las estudiamos, podremos encontrar las raíces de la involución que tuvo

lugar durante décadas en la URSS y en Europa del Este. Para ajustar cuentas con dichos errores y encaminar nuestros criterios en dirección a las concepciones más revolucionarias y consecuentes hay que ir a la fuente de los clásicos, estudiar la génesis y evolución de su pensamiento y conocer sus límites, ya que, por esencia, toda obra intelectual y humana los tiene.

Un deber de conciencia nos ha llevado a esto. Habíamos formado una generación en estas ideas, y cuando se produce el derrumbe del socialismo real, y por tanto, surge la ruptura en forma radical de la interpretación marxista vigente en la segunda mitad del siglo XX, nos sentimos obligados, prácticamente, y como deber moral, a examinar la cuestión en toda su profundidad; tanto más por la tradición espiritual que representábamos y la experiencia que habíamos logrado adquirir. Fueron las enseñanzas de la Revolución cubana las que nos mostraron el camino de esta búsqueda.

En mi trabajo *“Mi visión del Che desde los 90”*, expuse lo siguiente:

*La Revolución cubana, triunfante en enero de 1959, significó el sello de lo más depurado intelectualmente de Europa, es decir, el pensamiento materialista dialéctico y el más profundo sentido del humanismo de nuestra América que tuvo en José Martí su más alto y consecuente exponente.*

El problema clave está en haber subestimado un factor esencial de la vida y la historia: la espiritualidad. Sucesivas mitificaciones, derivadas de las limitaciones del conocimiento y de los avatares de la evolución social del género humano, impedían considerar en su verdadero carácter la subjetividad.

La moderna civilización occidental situó el centro de la visión del hombre en el triunfo de la ciencia y la razón. Esto significó un gigantesco paso de avance. Sobre la base de estos logros se planteaban nuevas interrogantes que sólo se podían superar sobre fundamentos de métodos científicos.

Sin embargo, las ideas socialistas que están en la cúspide de la cultura decimonónica, no podían rebasar las fronteras culturales de aquel tiempo histórico. No obstante, Marx y Engels, al asumir la dialéctica de Hegel desde una perspectiva materialista consecuente,

le permitieron al hombre, por vez primera, la posibilidad de pensar a partir de la imagen del mundo real y no el que estaba invertido en el cerebro de los hombres desde tiempo inmemorial.

Hasta entonces se le había dado una connotación metafísica a la espiritualidad y se había ocultado el peso de los factores económico-materiales en la vida y en la historia. Contra este ocultamiento combatieron Marx y Engels, y al hacerlo, no insistieron suficientemente —lo dice Engels— en la importancia de los otros factores...

Sin embargo, su esclarecimiento teórico sobre los problemas de la identidad entre el ser y el pensar y su relación dialéctica, que en general ya es aceptado en la filosofía contemporánea, le abrió un camino insospechado al conocimiento y al ejercicio de la voluntad humana. Pero los marxistas, con posterioridad a la muerte de Engels, no reconocieron el papel que con su autoridad él, incluso en forma autocrítica, les había atribuido a los factores de la superestructura.

El siglo xx, con su prodigiosa producción científico-técnica, brindó nuevos argumentos para ocultar el valor de la subjetividad. No se extrajo la conclusión de que los avances científico-técnicos partían de una ampliación del conocimiento, lo cual, claro está, se halla vinculado con elementos de carácter subjetivo. El papel de la vida espiritual podría, además, haberse estudiado científicamente en el siglo xx, tomando en cuenta los progresos alcanzados por la psicología.

Las investigaciones en este campo no pocas veces fueron etiquetadas como ciencia burguesa, con lo cual se les desestimaba. Como toda aventura científica, tales contribuciones son polémicas y contradictorias; pero, desecharlas por razones “ideológicas”, únicamente reveló enraizados prejuicios de raíces anticulturales.

Por otro lado, los problemas analizados por Marx y Engels en la Europa de hace cien años se proyectaron con posterioridad a ellos a una escala internacional mucho más vasta. Esto lo comprendió Lenin en su análisis del imperialismo moderno; y en los comentarios que formuló, en los años finales de su vida, sobre el movimiento de liberación que entonces se gestaba en Asia, donde puso de relieve la nueva dimensión que habían adquirido los descubrimientos de Marx y Engels.

La internacionalización de la riqueza tomó una forma mundial; había que asumirla culturalmente con una sensibilidad y una conciencia genuinamente universales. Muerto Lenin, esto faltó, y se crearon obstáculos que resultaron insalvables. En el fondo estaba el hecho de que el viejo continente no podía superar su visión eurocentrista. Hubo quienes dieron la voz de alarma, pero no fueron escuchados.

En medio de una batalla colosal, en donde el espíritu revolucionario y el sacrificio y esfuerzo de millones de personas en favor del socialismo se hizo sentir y, en especial, en la lucha contra el fascismo y en las nobles ideas de la redención humana, por diversidad de razones se acabó, a la postre, imponiendo métodos y estilos diametralmente opuestos al pensamiento profundamente humanista de Marx, Engels y Lenin. La fiera dormida que todos llevamos dentro, que nos describió tan bien el Apóstol, siguió imponiéndose.

Hoy constituye un compromiso moral y científico de los socialistas colocar las más nobles aspiraciones éticas y espirituales como un producto de la creación humana y social. De esta forma podrá reconocerse objetivamente el valor de ellos por el pensamiento científico.

La filosofía de Carlos Marx tiene profundos fundamentos culturales para colocar la cuestión moral en el centro de su quehacer político. La creación intelectual y revolucionaria de Marx, Engels y Lenin es la más sólida fundamentación científica social de una ética como la que necesita la humanidad en estos tiempos que llaman postmodernos. Constituye la más elevada expresión intelectual de la necesidad práctica de la liberación humana y esto último es, en esencia, una cuestión ética, y a su vez, la primera exigencia política y revolucionaria de estos finales de milenio.

Sólo con tal exaltación seremos leales a los que murieron por la causa sagrada de los trabajadores y, de esta manera, se podrá entender mejor el significado de los errores y horrores cometidos que condujeron en un largo proceso, iniciado después de muerto Lenin, al colapso del país soviético. Incluso, no basta con denunciar los crímenes cometidos en nombre del socialismo; es necesario estudiar sus raíces históricas, culturales, y psicológicas.

En los tiempos que corren, se debe reconocer que la vida

espiritual representa un valor objetivo porque es una creación del hombre y de la sociedad, que constituye la forma más alta y elaborada de la organización y el movimiento de la materia.

Hay que probar la raíz materialista y el fundamento científico de la facultad humana para crear vida espiritual. En realidad, está confirmado por la evidencia de que “no solo de pan vive el hombre”. Es una de esas verdades sencillas que *también* “permaneció oculta en la maleza ideológica de siglos”. A esto se refería Engels cuando afirmó:

*[...] la civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia. Pero las ha llevado a cabo poniendo en movimiento los impulsos y pasiones más viles de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones.*

Tanto en un caso como en otro están presente como un factor clave las condiciones y aptitudes humanas ya sea para bien o para mal. Apreciada la cuestión en el más vasto plano social y sobre el fundamento de que se tiene que obrar a partir de las realidades materiales objetivas, es el hombre, en su más amplio sentido social, quien mueve y produce la historia. Somos nosotros mismos quienes la hacemos, pero la realizamos con arreglo a condiciones objetivas.

Uno de los rasgos esenciales del pensamiento de Marx está precisamente en la importancia decisiva de la práctica humana, y este es un hecho de consecuencias objetivas. Asimismo, ahí nace la vida espiritual y adquiere una categoría social de enorme peso histórico. Engels lo subrayó, a su vez, cuando habló de que se subestimaron las categorías llamadas de la superestructura, es decir, las esferas social, cultural, ideológica, política, ética y jurídica.

Si las categorías de la superestructura son formas a través de las cuales se expresan las relaciones económicas y “*la vida orgánica constituye una constante prueba de la unidad indivisible entre forma y contenido*”, se tendrá la explicación filosófica del drama. Se subestimaron las formas y se acabó destruyendo el contenido.

El tratamiento reduccionista e inculto de los temas superestructurales es el más importante error teórico de consecuencias prácticas cometido en la historia del socialismo en el

siglo xx. Tiene raíces económicas, pero ahí está el error.

La reiteración de Engels sobre el tema nunca movió a profundas reflexiones en el socialismo real; la hazaña realizada en la URSS fue inmensa, pero especialmente tras la Segunda Guerra Mundial los conceptos geopolíticos contaminaron los principios del internacionalismo proletario de una manera tan compleja que requiere una investigación exhaustiva y un exigente análisis desde la izquierda.

Es una deuda no sólo científica sino política que urge saldar. Lo cierto es que ya no hay duda de que desde los 80 se había perdido radicalmente el internacionalismo en la política exterior del país soviético.

En este largo proceso, lleno de enormes complejidades, acabaron en manos conservadoras y reaccionarias, bajo un manto hipócrita, desde luego, las banderas más elevadas de los valores espirituales y humanistas.

El movimiento socialista de Europa oriental perdió la oportunidad de emplear, en razón a sus ideales, el progreso cultural alcanzado en el siglo xx en relación con la subjetividad y fue utilizado por la propaganda, la agitación y el proselitismo encaminados a presentar el socialismo como la negación de lo mejor del hombre. Desde luego, a esto ayudó, objetivamente, el dramático proceso de la URSS ocurrido tras la muerte de Lenin.

Este gigantesco déficit privó al pensamiento marxista de la segunda mitad del siglo xx, de convertirse en la fuerza más importante para la transformación revolucionaria de la sociedad.

No se jerarquizó, y se trabajó en forma burda, el papel de la voluntad humana y de la cultura en la transformación socialista de la sociedad. No nos referimos a la voluntad individual de cada persona, sino a la unión de voluntades que actúen hacia fines similares.

El voluntarismo que se denunció con la expresión "*culto a la personalidad*" provocó que se paralizara y desviase de los objetivos socialistas la voluntad del conjunto de la sociedad y se encaminase la historia hacia fines u objetivos particulares, personas, grupos o, a lo sumo, de intereses nacionales. Ahí está un gran crimen cometido contra la humanidad en el siglo xx.

El marxismo no niega, sino que por el contrario, afirma el papel de

la voluntad colectiva. Es decir, el de la voluntad humana en su más vasto alcance. Lo que precisamente hacen Marx y Engels es destacar la importancia de los factores humanos a partir del conocimiento de la realidad y, por tanto, del papel de la cultura.

Se requiere que muchas voluntades se cohesionen sistemáticamente para actuar en favor de un paso de progreso en la historia social del hombre. No se niega el valor de cada una de ellas, sino se afirma su peso en la medida en que forman parte de un conjunto. Los graves problemas del llamado socialismo real se incubaron cuando se limitó y coaccionó la voluntad social, se consideró a las masas como una entidad amorfa, pasiva e indiferenciada y se subordinaron y centraron las posibilidades del desarrollo histórico exclusivamente en las leyes de la economía.

No se entendió, con todo rigor, que la dimensión cultural del desarrollo está en sus mismas esencias; no se comprendió la dialéctica de la relación entre cultura y economía. Se intentó abordar el papel de la subjetividad por vías ejecutivo-administrativas, que siempre resultan importantes, pero se han de tener en cuenta, como cuestión de fondo, principios de economía política, de educación y de cultura. Sin estos últimos no habrá socialismo. No se creó el clima de fraternidad y solidaridad humana necesario para el crecimiento de la cooperación social, y ésta es el presupuesto del verdadero socialismo.

Lo ocurrido desde 1985 hacia acá no es la causa, sino la consecuencia de los males y problemas que precisamente Fidel y el Che denunciaran en los años 60 desde sólidas posiciones revolucionarias. Los cubanos lo podemos entender, porque asumimos los descubrimientos científicos y sociales de Carlos Marx a partir del pensamiento martiano.

Lenin decía que la cooperación, más la cultura, sobre el fundamento del poder revolucionario, eran la clave para la edificación de la vida socialista. Para asegurarla es necesario el respeto a los individuos, el funcionamiento de los colectivos en todos los eslabones de la sociedad y la creación de un clima político y psicológico favorable para tales empeños. Sólo a partir de estos presupuestos puede operar con eficacia la exigencia de responsabilidades individuales y éstas deben formalizarse en fundamentos éticos, jurídicos y culturales.

Pero la realidad no es sólo la forma que adoptan los fenómenos en la superficie sino también las necesidades que subyacen en las esencias de la vida económica y social, y que constantemente se despliegan. Esto es lo que no entienden quienes enfocan superficialmente los procesos sociohistóricos y el feroz pragmatismo que desean imponernos. José Martí, con su visión profunda de la realidad, nos legó una enseñanza cuando dijo que, en política, lo real es lo que no se ve.

Asumir las necesidades de una época y hallar los medios de canalizarlas y resolverlas, es lo genuinamente revolucionario. Podríamos decir: ¡cuántas veces por no haberse comprendido las necesidades y posibilidades de un tiempo dado, se le impidió a la humanidad evitar décadas de miseria, por no decir siglos!

Será la voluntad humana, apreciada en su más amplio sentido social y el conocimiento de la realidad, que es la cultura en su acepción integral, lo que objetivamente necesitamos para hacer avanzar el movimiento en favor del socialismo. Que tal régimen esté condicionado por factores en última instancia económico-materiales, no es excusa para quedar esperando en la puerta de nuestras casas que las leyes económicas y sociales nos traigan la solución de las dolorosas tragedias. Hay que entender que los hombres también formamos parte de la realidad y de la unidad material del universo.

Obviamente, pueden esperar quienes no sufren. Los pueblos sometidos a la explotación, y los que somos hostigados por habernos liberado de ella, necesitamos enfrentar estos problemas con una visión que no puede ser determinista, aunque bien sabemos que nos debemos ajustar a leyes bien objetivas. Pero ya esto es otra cosa.

Los conservadores elaboraron sus doctrinas inmovilistas con muy diversos signos sin que —la historia lo ha demostrado— estén exentos de ellas los que se adscribieron “oficialmente” a una “idea revolucionaria”. El inmovilismo es el nombre postmoderno del conservadurismo, y como el diablo no suele serlo, surgen los reaccionarios y acaban imponiendo sus leyes. No cito ejemplos a escala universal porque son bien evidentes.

Los conservadores de todas las especies ocultan que, en el materialismo de Marx y Engels, están presentes la necesidad y la posibilidad de transformar el mundo en favor de la justicia. Lo triste

es que muchos lo hacen sobre el presupuesto de la interpretación marxista prevaleciente en la segunda mitad del siglo xx.

Si estamos convencidos del pensamiento de estos sabios, hay que ir radicalmente a una nueva interpretación materialista de la historia, pero para esto último hay que analizar las raíces de los errores. La esencia filosófica de éstos tuvo que ver con la concepción determinista que primó.

El marxismo no es determinista pero tampoco indeterminista; es todo lo contrario, es materialismo dialéctico. Engels ridiculiza y muestra las inconsecuencias de las concepciones deterministas prevalecientes en aquella época describiendo el absurdo que sería investigar, en la larga evolución de la historia natural y del universo conocido de entonces, las causas de cualquier suceso de nuestra vida o fenómeno de la naturaleza. Según Engels, es como si pretendiéramos encontrar las causas últimas de un instante de nuestra cotidianidad en los orígenes del sistema solar. Hoy pudiéramos decir —parfraseándolo— que es como si lo pudiéramos buscar en el *big bang*. Semejante conclusión está más allá de las posibilidades del conocimiento humano y, por tanto, de la ciencia.

Si estas agudas observaciones de Engels, expuestas en *Dialéctica de la naturaleza*, las enfocamos, no ya hacia la investigación del largo recorrido de la evolución natural, sino para describir el futuro del hombre y de su contorno natural y social — que es lo que objetivamente puede interesarnos desde el punto de vista práctico—, tendríamos mayores fundamentos para mostrar la irracionalidad y el absurdo de las conclusiones deterministas que prevalecieron en el socialismo real.

Para guiarnos por el camino del futuro inmediato y mediato a que aspiramos, y para tener luces con las cuales tratar, en lo posible, de descifrar el porvenir a más largo plazo, estamos obligados a actuar y a pensar bajo fundamentos muy objetivos y concretos. Es más, la aplicación de cada conocimiento adquirido introduce nuevas alternativas en el curso histórico. Este proceso viene determinado, en última instancia, por factores económicos, pero ellos operan con una inmensa variedad de posibles resultados prácticos y es, en éstos, donde se decide o conforma la naturaleza de la historia real.

El carácter relativo de todo conocimiento es, precisamente, en lo

que consiste el materialismo de Marx y Engels y de donde se deriva su valor práctico revolucionario. Ni negar las posibilidades de nuevos conocimientos ni elevar las verdades descubiertas a la categoría de valores absolutos e inmutables.

El conocimiento de hoy contribuye a forjar el de mañana, como el de ayer hizo posible el de nuestro presente; es en la cadena y el proceso mismo de conocer dónde se halla lo verdadero; es en la relación causa-efecto y sus posibilidades de entrelazamiento donde se encuentra la esencia de la gnoseología de Marx. Si no se capta esta verdad esencial, no se han comprendido las esencias del materialismo histórico.

La dificultad que esto encierra es inmensa, porque se trata de la más alta escala del pensar y sólo puede asumirse a plenitud desde el plano de la práctica y, en especial, de las necesidades que nos plantea a cada instante la vida.

Engels decía que una necesidad enseña más que 100 universidades. Se comprenderá por cuántas universidades hemos pasado y estamos dispuestos a pasar los revolucionarios cubanos. Cada progreso en el conocimiento humano abre nuevas vías que, si sabemos someterlas a la crítica, a la confrontación con la realidad, nos harán conquistar nuevos estadios.

Esto último no significa que anulemos los conocimientos previamente adquiridos pues forman parte sustancial de la memoria histórica. Han de valer para analizar cómo hacer las cosas mejor en el futuro. No es lícito, por tanto, demoler el pasado ni someterlo a una crítica iconoclasta, sino apoyarnos en su análisis para seguir avanzando.

La crítica de hechos que sirvieron de eslabones en el proceso que nos condujo hasta el presente, sólo es posible realizarla con eficacia a partir de los conocimientos alcanzados en cada tiempo histórico. Sería idealista, en el sentido filosófico de la expresión, juzgar lo ocurrido anteriormente sobre la base de reglas y resultados extraídos de un nuevo conocimiento adquirido.

La crítica no debe, pues, significar la negación antidualéctica del conocimiento anterior. El pasado sólo puede evaluarse en relación con la información de su época o tiempo histórico. Véanse los análisis de Engels acerca de cómo los grandes descubrimientos filosóficos de Hegel se sustentan en los avances científicos

alcanzados hasta su época y cómo sus límites están dados por los de la ciencia de su tiempo.

Para la interpretación de la historia ya transcurrida, el materialismo de Marx y Engels tiene la fuerza de una afirmación científicamente comprobada; para la que está por transcurrir, como no existen objetivamente los hechos y estos presentan una infinita variedad de situaciones y eventualidades a las ideas de estos sabios, no pueden aprisionarse a través de modelos o esquemas rígidos que, por demás, ninguno de ellos estableció.

Sólo a partir de los descubrimientos de Marx y Engels la humanidad podrá asumir la tarea de hacer una síntesis necesaria de toda la historia del pensamiento, pero para esto hay que reconocer que son los hombres quienes hacen la historia y la realizan a partir de sus condiciones y fundamentos concretos.

¿Cómo desarrollar una voluntad social a amplia escala sin el concurso de la cultura y, en especial, de la ética y cómo hacerlo sin un sistema de principios éticos sólidamente establecido? Es pura fantasía y abstracción ajena a la realidad concreta pretender promover la voluntad social sin un sentido ético de la vida y de la historia.

Marx y Engels no elaboraron un sistema de valores éticos, porque no fue esta la misión que se habían planteado, ni incluso la que objetivamente podían abordar en la Europa de esa época. Lo ético en ellos hay que buscarlo en el sentido de sus vidas, en su pasión por la verdad científica y la justicia entre los hombres.

Si estamos convencidos del valor del pensamiento de estos sabios hay que ir radicalmente a una nueva interpretación que resultará válida en la medida en que sirva a los intereses de la humanidad y responda a los principios éticos de la mejor cultura universal. Debemos y podemos hacerlo si nos planteamos el tema de la política, la historia y el sentido de la vida desde el punto de vista ético.

Si por la vía de nuestra capacidad intelectual y, por consiguiente, de la razón, el estudio y la investigación, comprobamos el valor de estos grandes descubrimientos, hemos recorrido sólo una parte importante del camino. Para asumirlos e, incluso, captar sus más puras esencias hay que hacerlo desde la práctica, es decir, la vida. Sólo cuando al razonar y pensar unamos nuestros sentimientos,

emociones y acciones estaremos en aptitud de entender el mensaje de liberación humana de estos pensadores revolucionarios. La toma de conciencia ética acerca de una verdad de tal significación es ruta decisiva para llegar a su conocimiento cabal.

La exaltación de la razón por la edad moderna tuvo el valor de echar abajo en el plano conceptual, y ya era algo importante, las atávicas tendencias de la irracionalidad, pero para superarlas en el plano real hay que entrar de lleno en la educación más profunda, aquella que forme en la necesidad y la posibilidad de la transformación del hombre en favor del hombre. Sólo así se alcanzará una ética digna del nivel de conocimiento e información logrado por la humanidad. Este es el gran déficit de la modernidad.

Para llegar a la victoria definitiva de la razón, hay que fortalecerla y coronarla con principios éticos, y para esto es imprescindible desarrollar la facultad de asociación con los demás hombres hacia fines que correspondan a los intereses materiales y espirituales comunes. A ello orgánicamente se arriba desarrollando nuestros conocimientos, sentimientos y emociones hasta alcanzar eso que llamamos amor y que es fuerza real y objetiva de la vida y de la historia como lo prueba la evidencia.

Tiene razón Frei Betto cuando caracteriza el socialismo como "*la fórmula política del amor*". Si no se alcanza esta comprensión y no se asume como dialéctica entre las voluntades individuales y sociales, la civilización moderna entrará en grave crisis, quizás la última.

La evolución del pensamiento humano desde la Ilustración hasta Marx y Engels, debe ser completada con la visión política y la sensibilidad humana de la cultura de nuestra América, que se reconoce en Martí y en muchos otros próceres y forjadores, y para esto tendremos que exaltar el valor de los mitos en su sentido más abarcador. Engels decía que la inconsecuencia no se hallaba en aceptar la existencia de móviles ideales, sino estaba en no partir de ellos para buscar sus causas fundamentales.

La Ilustración rechazó los mitos porque muchos de ellos venían distorsionados por las más viles pasiones humanas, pero, de hecho, se acabó promoviendo el mito de la ciencia y la técnica, lo que prueba la necesidad humana de los mitos. No hay, a estas alturas, argumentos para negar la importancia de los mitos y los paradigmas

en la historia. Sin ellos desaparecería el sentido ético de la vida y desaparecería el papel funcional de la cultura, sin el cual las civilizaciones decaen y mueren.

Se habla de una diversidad de interpretaciones del marxismo; entonces, ¿por qué no acabar de interpretarlo desde la óptica ética que la civilización occidental llama humanismo? Se hizo en forma retórica. Los socialistas debemos proponérselo en forma real. En tal caso, nos entroncaremos con Martí y seremos leales al sentimiento de Marx cuando en respuesta íntima a su hija le planteó que su pensamiento más profundo estaba en aquello de que *“nada humano me es ajeno”*.

El problema no está en la diversidad de interpretaciones. La cuestión se halla en determinar si es útil o no estudiar a estas figuras del pensamiento y si la cultura de la postmodernidad puede ocupar el espacio que llenó, durante dos siglos de historia, el pensamiento de estos gigantes. La pregunta es si una filosofía con similar jerarquía a la de estos sabios ha podido reemplazarlos o superarlos en el análisis *científico* de los problemas de la miseria y del dolor humano. La filosofía posterior a ellos solamente ha aportado en la medida en que se ha acercado o ha asimilado sus conclusiones.

No se trata de reproducir exactamente en el siglo XXI lo que se escribió en Europa para el XIX; sino de saber si vamos a ignorar las cumbres del pensamiento filosófico de la Europa decimonónica. Pueden hacerlo quienes disfrutan la riqueza de la plusvalía universal; pero quienes sufrimos la miseria, es decir, la inmensa mayoría de los seres humanos, y los que hemos echado nuestra suerte con los pobres de la tierra, no tenemos razones para hacerlo.

Y, ¿por qué hay diversidad de interpretaciones? Porque el pensamiento de Marx se aplicó con fines diversos e, incluso, algunos lo orientaron hacia sus intereses capitalistas, lo han asimilado como “cultura” y consciente o inconscientemente lo implantaron para sus propios objetivos.

Hay que diferenciar y a su vez relacionar las ideas de Marx y Engels en tanto método científico para el estudio de la realidad, de un lado, y aspiración de transformación revolucionaria de la sociedad liberación humana, del otro.

Las conclusiones del materialismo histórico son una cuestión de

carácter científico y fueron asumidas culturalmente e interpretadas muchas veces por los enemigos de los trabajadores y se convirtieron en verdades del sentido común. Muchas personas obran con esa cultura sin que necesariamente se preocupen, y mucho menos tengan una alta estimación, del aporte que aquella hizo. Al actuar en forma dialéctica materialista suelen hacerlo sin que represente una afiliación práctica a los intereses revolucionarios.

Una conclusión científica no lleva, por su exclusiva comprensión intelectual o teórica, a una acción revolucionaria; es necesario asumirla a partir de una dimensión ética. El uso y empleo del conocimiento es lo que les da carácter ideológico a las verdades descubiertas en las ciencias sociales.

Engels, al despedir a Marx sobre su tumba, lo hizo describiendo primero sus grandes descubrimientos filosóficos y científicos y señalando más tarde que este era solo la mitad del hombre, e inmediatamente reseña con amor al Marx luchador, combatiente, comprometido con la causa de los pobres y explotados del mundo.

Con estas contribuciones la filosofía como sistema se abrió en posibilidades hacia el abanico infinito de la práctica. Todo dogma que se le imponga a la disciplina filosófica es contrario al más profundo pensamiento materialista dialéctico.

Como se sabe, ellos sostuvieron que con Hegel había culminado la filosofía clásica. La filosofía se planteó desde entonces entrar en el terreno de la acción de transformación revolucionaria de la vida. Sin embargo, los enemigos de los trabajadores pueden llegar a aceptar consciente o inconscientemente las verdades científicas descubiertas por Marx y Engels y en la práctica utilizarlas en contra de los intereses revolucionarios.

De hecho, las ideas sociales y económicas del capitalismo, después de estas inmensas creaciones intelectuales, se apoyaron en muchas de sus conclusiones. Todo el pensamiento cultural forjado por Marx y Engels, como después por Lenin, forma ya parte de la cultura universal y esta no se destruye como los muros y los estados.

Un siglo más tarde, si vamos a ser consecuentes con las enseñanzas de estos pensadores, debemos plantearnos el problema en los siguientes términos:

La actividad humana no viene preceptuada por una conclusión científica por muy rigurosa y profunda que sea. Las normas y principios que pueden orientar la conducta humana tienen que ver con la educación, la cultura y, en especial, la formación política y ética ciudadana. Es sabio guiarnos y apoyarnos en los resultados de las ciencias sociales e históricas y en los fundamentos de la filosofía, pero ello sólo sirve —y ya es bastante— de pauta y orientación para la actividad humana.

Engels había caracterizado al marxismo como *un método de estudio e investigación*, y Lenin planteó estas mismas esencias y las llevó al plano de la práctica cuando las definió como *“una guía para la acción”*. Se produce, así, la síntesis de pensamiento-acción, que es una de las líneas claves del materialismo de Marx.

Hace años, me pregunté: “Para andar por la vida promoviendo la justicia entre los hombres, ¿basta con estas lúcidas definiciones de Engels y Lenin?” Martí me dio la respuesta, cuando planteó en la primera línea de su crónica sobre la muerte de Marx: *Como se puso del lado de los débiles, merece honor*.

Hay ya, pues, una opción ética, porque no basta con un método científico o una guía para la acción, es necesario emplearlos en función de la liberación humana. Así lo hizo Carlos Marx, y así podríamos entender mejor su ética humanista de valor universal.

Para Marx y Engels la esencia de los antagonismos sociales en la historia se halla en la contradicción entre explotados y explotadores, y esto tiene raíces económicas y adopta formas de confrontación violenta.

Los antagonismos y contradicciones sociales de raíces económicas, y sus formas explosivas y violentas de comportarse, poseen la carga espiritual de la lucha entre la injusticia y el egoísmo, de un lado, y la justicia y la vocación social del hombre, del otro. Es ahí donde está la esencia ética del pensamiento de Marx y Engels.

Personalidades como Gramsci, Mariátegui y el Che, entre otros, hicieron generosos aportes que sirven de antecedentes a quienes quieran estudiar el papel de los factores subjetivos o espirituales y, por tanto, de los sistemas éticos desde el plano del pensamiento materialista histórico.

Dejando a un lado lo que los intereses egoístas de los hombres y, por tanto, la maldad humana les introdujo, y el contenido metafísico

que tales concepciones puedan tener, ha de reconocerse que en los sentimientos que están vivos o presentes en diversos credos religiosos, hay un elemento clave que resulta esencial para una opción ética: la aspiración de la justicia y la promoción de la solidaridad entre los hombres.

Los cubanos tenemos una definición en el postulado lucista de que “la justicia es el sol del mundo moral”. Ese sentido de justicia entre los hombres se halla en el fondo de una ética de dimensión universal que en el camino de su concreción encuentra en el pensamiento de Marx y Engels un decisivo punto de referencia.

Las investigaciones que Marx realizó con relación al robo del valor agregado creado por el trabajo —plusvalía— significan un pilar científico de raíz ética. Sólo con haber descubierto y denunciado este robo basta para situarlo —como afirma Engels— en la historia del pensamiento humano, y por mucho que se disfrace o se llene de ropajes, la plusvalía, como expresión del producto excedente, existe y el robo concretamente se produce.

El robo del producto del trabajo implícito en la esclavitud fue la más antigua violación moral. Para que este despojo se materializara de forma permanente, el sistema esclavista necesitó de una cultura jurídica, y ella nació sobre la base de la tradición del pensamiento lógico y la cultura que llegó a acumularse en el Mediterráneo europeo. Así nacieron las culturas de dominación.

Hoy, consolidar y ampliar la liberación humana, requiere de sistemas jurídicos, pero no para justificar la explotación de unos hombres por otros, sino para implantar y velar por la verdadera libertad. El movimiento encaminado a la liberación del hombre basado en las premisas sociales y económicas vigentes, es a lo que Engels llamó comunismo. No se trata de una sociedad en concreto, sino de un movimiento que al promover y desarrollar la cooperación sobre la base de la propiedad común, gesta una vida nueva, que en tal caso será la socialista. Se comprende cómo se enlazan aquí las más importantes categorías de la llamada superestructura con las de la base económica.

Sólo sobre la premisa del fortalecimiento de la autoridad del Estado socialista —que se logra a partir de la ampliación progresiva de la democracia desde la base hasta la cúspide, el incremento e influencia de la sociedad civil socialista y con una sistemática labor

de educación y cultura— se pueden forjar categorías de la superestructura y articularlas con las de la base material. Sin conjugarlas o ensamblarlas no puede salvarse el socialismo. Es en la relación dialéctica de la base y la superestructura donde está la esencia del pensamiento de Engels.

El distanciamiento y la ruptura entre base y superestructura equivale a la quiebra del sistema vigente. Ello se está revelando hoy a escala universal en la moderna civilización capitalista. Es síntoma de la crisis profunda por la que atraviesa. No es nuestra pretensión describir este problema cardinal en todas sus consecuencias, pero los cubanos, para asumirlo, tenemos que fundamentarnos en la historia de la nación que desde La Demajagua y Guáimaro, el Partido Revolucionario Cubano y La Mejorana, tienen una tradición institucional, ética y jurídica que respetar.

La complejidad inmensa de los problemas modernos con el avance de las comunicaciones, la información, la computación y las investigaciones científicas, no hacen más que subrayar la necesidad de un fortalecimiento institucional, cultural y ético que nos sirva de protección frente a un mundo que ha de cambiar, pero que en muchos de sus aspectos está en proceso de descomposición. Los cubanos no debemos dejarnos arrastrar por los efectos nocivos de la descomposición ética, jurídica y política reinante en el mundo.

El sentido ético, jurídico y político presentes en la historia del país, constituyen una necesidad práctica del pueblo cubano de hoy y de mañana.

Abrazarnos al pensamiento martiano y emplear los métodos de estudio e investigación, y los principios y la cosmovisión del mundo que poseían Marx y Engels, es la manera eficaz de defender la patria, las conquistas del socialismo, y de marchar hacia la fórmula del amor triunfante de José Martí.

Publicado en *Cuba Socialista*,  
Tercera Época, No. 3 de 1996.

## BIBLIOGRAFÍA

- 1 Federico Engels: *Anti-Dühring*. Editora Política, La Habana, 1963.
- 2 Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”. *Obras Escogidas*, en tres tomos. Editora Política, La Habana, 1963, t. I.
- 3 Federico Engels. Carta dirigida a José Bloch, Londres, 21 (22) de septiembre de 1890. En *Carlos Marx y Federico Engels*. Ob. cit., t. III.
- 4 Federico Engels: Carta dirigida a Conrado Schmidt, Londres, 5 de agosto de 1890. Ob. cit., t. III.
- 5 Federico Engels: Carta dirigida a Francisco Mehring, Londres, 14 de julio de 1893. Ob. cit., t. III.
- 6 Federico Engels: Carta dirigida a W. Borgious, Londres, 25 de enero de 1894. Ob. cit., t. III. Esta carta fue publicada por primera vez sin indicación del destinatario en la revista *Der Sozialistische Akademier (El académico socialista)*, N° 20, 1895, por su redactor H. Starkenburg. Por eso, en las ediciones precedentes, se mencionaba, sin razón, a Starkenburg como destinatario.
- 7 Federico Engels: Carta dirigida a Werner Sombart, Londres, 11 de marzo de 1895. *Obras Escogidas* en tres tomos. Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. III.
- 8 Carlos Marx Federico Engels:, Ob. cit., t. III, pp. 60, 354, 357, 358, 360, 368, 382, 385, 386, 387, 394, 397. Federico Engels: *Dialéctica de la naturaleza*. Editora Política, La Habana, 1979.

## FASCISMO POSTMODERNO

Cada vez se hace más evidente que la única alternativa que queda a los círculos ultraderechistas y sus aliados neoanexionistas contra Cuba consiste en la destrucción de nuestra identidad nacional. No se trata ya de aplastar la Revolución y derrocar al gobierno legítimo de nuestro país. Esto, desde luego, es una obsesión, pero hay algo mucho más grave: no acaban de aceptar a Cuba como lo que es por su historia y, por tanto, pretenden extinguir a la nación.

Si no se entiende y no se le extraen todas las consecuencias a este hecho, jamás se comprenderá el carácter del diferendo entre Cuba y Estados Unidos que se remonta a dos siglos. Si se comprende el alcance del problema y se toma conciencia universal de su naturaleza, se podrán generar las fuerzas necesarias para encontrar una solución satisfactoria para Cuba y el mundo y para el propio pueblo de Estados Unidos.

La legislación que proponen los congresistas Helms y Burton, y que se debate en el Congreso norteamericano, revela la cuestión con tal claridad que ya nadie puede llamarse a engaño.

De un lado, pretenden arrebatárle a nuestro pueblo las viviendas, las fábricas, las escuelas, los hospitales y las instalaciones sociales que conquistó para siempre tras una Revolución victoriosa. Del otro, proponen la disolución de instituciones cubanas como, por ejemplo, los Comités de Defensa de la Revolución y las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Aquí vale decirles a los señores Helms y Burton que al igual que ellos formulan esa proposición, los cubanos podríamos exigir la disolución del ala derecha del Partido Republicano de Estados Unidos, por la sencilla razón de que es una agrupación política que no se aviene a nuestro gusto.

El carácter profundamente anexionista del proyecto Helms-Burton se observa cuando se analiza su propuesta, referida a que, aún con un gobierno impuesto en Cuba por los imperialistas, al que llaman “democrático”, el presidente de los Estados Unidos deberá designar un consejo Estados Unidos-Cuba para promover los cambios en favor de la economía de mercado y del comercio bilateral.

Ese consejo, designado por el primer mandatario norteamericano, deberá coordinar sus actividades con los empresarios estadounidenses y organizar reuniones entre éstos y sus homólogos cubanos. Es decir, ni siquiera el gobierno impuesto tendría facultades para conducir la economía del país.

Como afirmé en las audiencias públicas convocadas por la Asamblea Nacional, estamos en presencia de un nuevo brote de fascismo. Ha concluido ya la euforia conservadora de los años cada vez más remotos de la caída del muro de Berlín. Los hechos, decía Lenin, son testarudos.

Quedan definitivamente atrás, aunque como importante referencia para el análisis histórico, los tiempos de la guerra fría. Efectivamente, ha llegado una nueva época caracterizada dramáticamente por la quiebra, en el Este y el Oeste, de los resortes éticos. Se ha perdido la brújula de la idea del progreso, que estuvo representada, en el siglo XX, por las aspiraciones socialistas y los grandes movimientos de liberación nacional. Desde la derecha, se recrudecen las pasiones, los instintos y los más voraces apetitos.

El proyecto Helms-Burton hay que situarlo en paralelo con la explosión criminal que asesinó a cientos de personas en Oklahoma; con los problemas dramáticos que tensionan a muchas regiones del antiguo campo socialista, donde las contradicciones raciales y culturales se agudizan; con la terrible matanza que la secta Verdad Suprema produjo en Tokio y con otros sucesos.

Se trata de que el mundo cambió y la ultraderecha norteamericana, movida por los instintos criminales que están presentes en la subconciencia de esa sociedad, se han desatado de manera feroz y tratan de hacer cómplices de sus crímenes a gran parte del cuerpo social para imponer el más cruel egocentrismo.

Martí decía que todo hombre llevaba una fiera dentro de sí, a la cual había que poner riendas. Al desaparecer los elementos éticos y los fundamentos culturales, se han perdido las riendas y la fiera se manifiesta hoy a escala social en la forma que nuestro siglo conoció con el nombre de fascismo.

La ultraderecha no sólo va perfilando un bárbaro cuerpo doctrinal en los Estados Unidos, sino que se ha lanzado a la conquista de las instituciones de esa nación, con ímpetus que nos recuerdan, en una versión multiplicada, los tiempos de la cacería de brujas

maccarthista.

Al tiempo que en el Congreso ejercen un nefasto protagonismo figuras cavernarias como Newt Gingrich y Jesse Helms, partidarios de borrar los derechos civiles conquistados a fines de los 60 — detrás de estos y otros políticos de extrema derecha se mueven *lobbies* poderosos: el Jesse Helms Congressional Club; la Heritage Foundation; la National Rifle Association, partidaria de la violencia; y la Fundación Nacional Cubano Americana, del neoanexionista Mas Canosa— se organizan milicias paramilitares al estilo de Michigan y Ohio, se incrementan las manifestaciones de xenofobia y se atenta contra la vida de médicos que practican el aborto.

Esas fuerzas disociadoras y destructivas representan un peligro real tanto para los Estados Unidos como para la humanidad. A medio siglo de la derrota del nazifascismo, damos el alerta no sólo a nuestro pueblo, sino al propio pueblo norteamericano y a muchos otros países del mundo.

Desde luego, sabemos distinguir que hay dos Estados Unidos, el de las tradiciones democráticas y populares y el de los piratas anexionistas y conquistadores.

En la primera mitad del siglo XIX, los anexionistas cubanos se aliaron a lo más reaccionario de la sociedad norteamericana de entonces, es decir, a los esclavistas del Sur. En estos finales del siglo XX, hacen causa común con lo más reaccionario de los Estados Unidos de hoy.

A partir de la unidad y de un esfuerzo educativo, ideológico y político, que debe ser masivo en nuestro pueblo, hay que buscar la manera de comunicarse con el mundo y explicar la gravedad internacional de este asunto. Debemos describir con precisión ante todos los pueblos del mundo, el carácter fascista de nuevo tipo o, como decíamos, postmoderno de la legislación que se debate en los Estados Unidos.

Hay una cuestión especial que merece una profunda reflexión. A lo largo del siglo XX, las administraciones norteamericanas han venido interviniendo de mil formas en los asuntos internos de otros países. Sin embargo, a partir de la Carta de San Francisco, en 1945, y de la constitución de la ONU, tras la derrota del fascismo, para realizar sus intervenciones se procuró muchas veces fórmulas jurídicas de las Naciones Unidas y, de cierta forma, adoptó la vía de

los acuerdos del Consejo de Seguridad.

Se continúa en el ejercicio de estas acciones ilegales, pero el carácter más grave del proyecto Helms-Burton se halla en que se pretende dar forma de doctrina al programa de intervención y disolución violenta de la nación cubana.

Con la extinción de la Unión Soviética y del campo socialista de Europa del Este, se ha creado una situación nueva, en donde, teniendo Estados Unidos mayor respaldo en el Consejo de Seguridad para estas acciones, se encuentra más limitado en la Asamblea General para llevar a cabo determinadas acciones vandálicas. No podrá fácilmente contar con un apoyo unánime, como el que se necesita, para operar en nombre de las Naciones Unidas. De esta forma, la ultraderecha norteamericana se plantea la ruptura del sistema jurídico y político creado a escala internacional a partir de 1945, hace ahora 50 años.

Medio siglo es suficiente para ajustar o cambiar un sistema jurídico o político, pero hay que ver en qué dirección o con cuál sentido. Y no puede cambiarse sin cumplir las reglas mismas del sistema instaurado. De hecho, Estados Unidos está tomando decisiones unilaterales que quebrantan los cimientos del sistema político y jurídico vigente en las últimas décadas.

Algunos son los ejemplos que podríamos presentar. Cuando el Tribunal Supremo de Estados Unidos adoptó la decisión de conceder facultades extraterritoriales a la acción policiaca del estado norteamericano para perseguir a los que consideran responsables de determinados hechos delictivos, se evidenciaba una señal sumamente grave. También ocurrió así cuando organizaron y llevaron a cabo la invasión a Panamá, apresaron al presidente de ese país y lo condujeron a Estados Unidos.

Me llamó poderosamente la atención que el máximo tribunal de Norteamérica adoptara, como doctrina jurídica, una decisión que estaba en abierta contradicción con los principios y las fórmulas legales universalmente aprobadas, incluso por los propios Estados Unidos. Ahora, el proyecto de ley sometido al Congreso norteamericano presenta, de manera todavía más descarnada, semejante violación.

Pero no sólo significaba una transgresión de la soberanía de los Estados y del orden jurídico establecido en la Carta de la ONU; este

proyecto viola los principios en que se sustenta el comercio internacional. ¿Cómo conjugar las prohibiciones y castigos que presupone la legislación Helms-Burton con la libertad de comercio y la libre competencia? Constituye un hecho digno de analizar que el propio Estado burgués atente contra las leyes más elementales del funcionamiento del sistema económico capitalista. Esto lo hace en muchas ocasiones. Lo original de la propuesta de los legisladores norteamericanos es que propone elevar el asunto a categoría de doctrina.

La quiebra interna de una formación socioeco-nómica se observa cuando sus representantes proclaman políticas que expresamente violentan las bases del propio régimen vigente. La propuesta de estos senadores es un síntoma de que algo anda mal en el sistema dominante.

Como un indicio más de la gravedad que están tomando estos problemas vale recordar la Resolución 187 del estado de California, que dispuso limitaciones inhumanas contra los inmigrantes indocumentados. Su estudio podría llevar al análisis de las dificultades internas que va enfrentando Estados Unidos, un país forjado por inmigrantes, que ahora tiene ante sí, como una de sus principales dificultades, los problemas de la inmigración.

De modo que la problemática del proyecto Helms-Burton no puede reducirse a un diferendo entre Cuba y Estados Unidos, porque lo que está en juego es el sistema político- jurídico internacional.

Cuba es una de las naciones más integradas del mundo moderno. A la vez, somos herederos de una tradición de alcance universal. En esta tierra, a lo largo de dos siglos, se sintetizaron valores culturales y espirituales que vinieron de muy diversas partes del mundo. La nación se forjó con dos procedencias fundamentales, la española y la africana, a las que se unieron también migraciones de otros orígenes.

Todos estos componentes culturales, sociales y étnicos forjaron una fuerte identidad, gestada en el proceso de la guerra por la independencia y, posteriormente, en las luchas en favor de las demandas democráticas de la población trabajadora enfrentada a los voraces apetitos imperialistas.

Los conflictos en el seno de los cubanos, en su más profunda esencia y especialmente en este siglo, no han sido étnicos ni

culturales. Las dificultades y contradicciones han tenido, originalmente, raíces económicas alentadas de manera sistemática desde el exterior. La tradición de la nación cubana y la unidad del país pasan, necesariamente, por lo que representan la Revolución y Fidel.

Nuestro diferendo interno no es ideológico ni cultural en su sentido más profundo. Somos una comunidad heredera de la mejor tradición espiritual de la edad moderna; somos un producto, con todas sus contradicciones y dificultades, del proceso histórico iniciado en el mundo hace 500 años. Recibimos el hermoso legado de la cultura de raíz cristiana revelada en el Padre Varela, en José Martí y en los mejores pensadores del siglo XIX. Recibimos, a la vez, la tradición científica y filosófica de lo más avanzado de las revoluciones europeas de los siglos XVII, XVIII y XIX; recibimos el pensamiento socialista, que tiene en Marx y Engels a sus más altos exponentes.

Desde Varela y especialmente a partir de Martí hacia acá, hemos tenido una gran y noble utopía: vincular Ciencia y Conciencia; unir los derechos a la conquista del progreso material con las aspiraciones espirituales a una vida libre y entregada al servicio solidario hacia los demás y el mundo. Somos hijos de esa tradición de ciencia y de solidaridad humanas. Y es precisamente esta síntesis la que debemos levantar ante el mundo, demostrar que tenemos el derecho y el deber universal de defender la Cuba de hoy, la Revolución de Fidel. Lo tenemos no sólo por ser cubanos, sino porque nos sentimos ciudadanos del mundo.

Hace años, Fidel señaló que ahora había que defender los principios universales del socialismo en Cuba, que teníamos que ser internacionalistas en favor de nuestra nación, es decir, defender el internacionalismo en nuestro propio territorio.

Defendiendo esta nación, sus conquistas y su derecho a sobrevivir, estamos siendo consecuentes con las ideas universales del socialismo. Y aquí va, pues, nuestro mensaje a los congresistas Helms y Burton: en el año del centenario de la caída en combate del Apóstol de la independencia de Cuba, sería útil que los debates sobre estos temas tuvieran en cuenta el siguiente pensamiento de Martí: *“Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera la patria, se uniría el Mar del Sur al Mar del Norte y nacería una*

*serpiente de un huevo de águila.”*

No se trata, exclusivamente, de una imagen literaria, tiene fundamentos y sentido en la realidad misma. Letra que es forma y realidad que es contenido van unidas indisolublemente en la vida y obra del héroe y su pueblo.

Los ponentes del engendro legal y sus seguidores deberían estudiar este otro pensamiento del Apóstol: *“Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna”*.

Los cubanos trabajamos para que no se cometa el error.

Publicado en el periódico *Granma*  
27 de junio 1995

## BIBLIOGRAFÍA

- 1 Federico Engels: *Anti-Dühring*. Editora Política, La Habana, 1963.
- 2 Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”. *Obras Escogidas*, en tres tomos. Editora Política, La Habana, 1963, t. I.
- 3 Federico Engels. Carta dirigida a José Bloch, Londres, 21 (22) de septiembre de 1890. En *Carlos Marx y Federico Engels*. Ob. cit., t. III.
- 4 Federico Engels: Carta dirigida a Conrado Schmidt, Londres, 5 de agosto de 1890. Ob. cit., t. III.
- 5 Federico Engels: Carta dirigida a Francisco Mehring, Londres, 14 de julio de 1893. Ob. cit., t. III.
- 6 Federico Engels: Carta dirigida a W. Borgious, Londres, 25 de enero de 1894. Ob. cit., t. III. Esta carta fue publicada por primera vez sin indicación del destinatario en la revista *Der Sozialistische Akademier (El académico socialista)*, N° 20, 1895, por su redactor H. Starkenburg. Por eso, en las ediciones precedentes, se mencionaba, sin razón, a Starkenburg como destinatario.
- 7 Federico Engels: Carta dirigida a Werner Sombart, Londres, 11 de marzo de 1895. *Obras Escogidas* en tres tomos. Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. III.
- 8 Carlos Marx Federico Engels:, Ob. cit., t. III, pp. 60, 354, 357, 358, 360, 368, 382, 385, 386, 387, 394, 397. Federico Engels: *Dialéctica de la naturaleza*. Editora Política, La Habana, 1979.

## CIENCIA Y CONCIENCIA

### I

Por estos días, hace un año que quedó inaugurado en la Universidad de la Habana el Centro de Estudios Socio-Culturales, con el propósito de facilitar la interrelación entre las diversas carreras humanistas, así como de investigar y promover el análisis y los vínculos necesarios entre cultura y sociedad.

En esa ocasión, realicé una intervención que, con posterioridad, apareció dividida en tres partes en el periódico *Granma*, bajo los títulos “Papel y funciones del Centro de Estudios Socio-Culturales”, “Ideología y cultura en la historia de la nación cubana” y “La identidad nacional y el programa reaccionarlo de Santa Fe II. Conclusiones.”

Ahora, y con motivo del Congreso Internacional de Espeleología celebrado recientemente en nuestra capital, pronuncié unas palabras que, por su relación con el tema abordado en el alto centro de estudios, bien pudieran ser su continuación. Por ello, se publicarán, en tres partes, con el título “Ciencia y conciencia”.

Sólo es factible entender y aplicar hasta sus últimas consecuencias, lo que significa la idea de una cultura de la naturaleza, si se comprenden, a su vez, los problemas de índole económico-social que están afectando al entorno natural.

Y a esto sólo es posible llegar si aplicamos el principio de análisis científico a la sociedad y a la historia. Voy a referirme a la evolución de esta cuestión en la historia de las ideas y de la identidad cultural cubanas. Las mismas me servirán de fundamento para arribar a conclusiones acerca de las raíces sociales del problema planteado en lo que se ha dado en llamar cultura de la naturaleza.

Mucho se han recordado, en estos días, las palabras de Fidel, pronunciadas precisamente en el xx aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba, es decir, hace exactamente treinta años, en el sentido de que el futuro de nuestra patria “tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia, tiene que ser un futuro de hombres de pensamiento”.

Inspirado en esta idea cardinal, deseo destacar que, en la historia del pensamiento cubano, ha existido siempre una irrevocable vocación de integrar el interés por la investigación de los fenómenos

de las Ciencias Naturales con la pasión humanista hacia los problemas de la educación, la cultura, la sociedad e, incluso, los estudios de la economía política.

En estos momentos, la patria cubana procura, por todas las vías, reafirmar su herencia cultural y, por tanto, científica, como garantía decisiva de su futuro. En la situación de incertidumbre, confusión y cambios por la que atraviesa la humanidad, cada pueblo está en el deber de volverse hacia su propia historia para poder, sobre los fundamentos de su tradición, reafirmar su personalidad propia y relacionarse con los demás pueblos de la tierra. En especial, nuestro pueblo lo hace para contribuir, de manera cada vez más eficaz, en las nuevas luchas y combates que se avecinan.

En la historia del pensamiento cubano existe una indisoluble unidad entre ciencia y conciencia. Esto tiene su origen en el nacimiento de la escuela cubana, que brotó con caracteres propios en la Cátedra de Felix Varela, y con su iniciativa de superar la influencia escolástica e introducir, desde principios del siglo pasado, y enfrentándose a una sociedad esclavista, el estudio de las Ciencias Naturales.

Pero no sólo esto, sino que aquel maestro de escuela —o, mejor, fundador de la escuela cubana— se esforzó por hacer prevalecer, en el sistema de enseñanza, los principios y métodos científicos que formarían, en el alumno, el interés por descubrir, estudiar y conocer, de una manera objetiva, la realidad material y social, y, además, que la instrucción y la formación le sirvieran para la práctica social y científica.

Hace 200 años, allá por los años 90 del siglo XVIII, se producen dos acontecimientos que promueven el nacimiento y evolución ulterior de las mejores ideas cubanas. Más propiamente, que facilitan la aparición de las primeras ideas que pueden caracterizarse, en su sentido pleno, como cubanas. Con sus enormes limitaciones, sobre todo si lo analizamos desde nuestra época, propias de una sociedad dominada por el despotismo colonial más reaccionario —es decir, el español—, y con el sistema vergonzoso de la trata de negros, surgieron, no obstante, la Sociedad Económica de Amigos del País y el Papel Periódico.

Se daba inicio, entonces, de forma muy incipiente y llena de contradicciones, a un movimiento de ideas en que, al decursar de

varias décadas, la investigación y la enseñanza de las Ciencias Naturales, las aspiraciones culturales y artísticas e, incluso, el interés par analizar los problemas económicos del país, empezaron a moverse de forma interrelacionada en los mejores espíritus de la embrionaria nación.

En tiempos inmediatamente posteriores a aquellos sucesos culturales, de profundos y dramáticos fundamentos económicos, la escuela cubana nacida en el seno de una iglesia cuya alta jerarquía era reaccionaria, le abrió paso, sin embargo, a una forma científica de pensar. Germinó nuestra educación en un combate frontal contra el dogmatismo religioso y en favor del estudio de las Ciencias Naturales.

A su vez, la aspiración de abordar los problemas económicos desde el plano social —propiamente de la Economía Política— estuvo presente en los mejores investigadores y pensadores cubanos. Francisco Arango y Parreño, con sus limitaciones de clase y de época, fue el primero que, en el país, intentó la búsqueda de soluciones económicas. Esto, desde luego, desde sus posiciones de ideólogo de la esclavitud y de la colonia.

En José Antonio Saco, la investigación y los programas que propuso tenían ya un paso de avance notable, pero dentro del pensamiento burgués cubano. Había en él un analista profundo de lo social en la contradicción del esclavismo, de un lado, y las posibilidades económicas del trabajo libre, del otro.

Su historia de la esclavitud es de un valor universal para su época y para el nivel de información de su tiempo. Poseía un nivel de conocimientos, información y evaluación crítica que nada tienen que envidiar al pensamiento burgués más avanzado de la Europa decimonónica. Saco andaba en la búsqueda de metas más progresistas que la burguesía europea de entonces, la cual consolidaba su poder en alianza con la clase feudal destronada, se apoyaba de hecho en el sistema colonial y en el régimen esclavista que pervivía en los pueblos sometidos al explotador europeo.

Nuestro reformista Saco estaba en una línea más avanzada que la metrópoli española, que el esclavista norteamericano y que el pensamiento burgués europeo.

En fin, la aspiración de abordar los problemas económicos desde el plano social, con elementos esenciales de la Economía Política,

estuvieron presentes en los mejores investigadores y pensadores cubanos. Con la penetración del capital estadounidense, se troncha esta tendencia del pensamiento cubano, que solamente puede ser rescatada sobre los fundamentos de un pensamiento económico y social socialista.

Cuando fuera de nuestro país se analiza y enfoca el *caso cubano*, deben tener en cuenta que el subdesarrollo no significa ausencia de desarrollo, sino desarrollo desigual.

En la gestación de la nación cubana, en el tiempo que va de 1790 a 1868, las mejores ideas del país no tenían, en departamentos estancos, los conceptos de educación, ciencia, cultura y arte. Felipe Poey, el científico materialista; Tomás Romay, el médico que abandonó un claustro cargado de teología y se marchó a trabajar en los hospitales; Domingo del Monte, gran promotor cultural, José Antonio Saco, investigador de la sociedad y la economía cubanas de su época; Félix Varela y José de la Luz y Caballero, los dos más eminentes pedagogos de su tiempo, no veían divorciados los contenidos de sus disciplinas de estudio.

Por aquel entonces, la formación moral ciudadana, la Pedagogía, las Letras, las Ciencias Naturales e, incluso, los estudios de Economía Política, no se mantenían en islas independientes ni amuralladas en sus propios terrenos específicos.

Basta recordar el hecho de que el pedagogo José de la Luz y Caballero fue Académico de Mérito de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. Está el ejemplo, de especial significación política, de Fermín Valdés Domínguez, el condiscípulo de Martí, el médico que colaboró con Carlos de la Torre y con el eminente antropólogo Luis Montané. Valdés Domínguez poseía una formación humanista, que lo llevó a adscribirse al socialismo utópico, y cuyo amor a la causa de los trabajadores y aspiraciones de justicia social le ganaron elogios especiales del Apóstol.

En Martí, artista eminente, quien fue capaz de descubrir y describir el fenómeno del imperialismo norteamericano y de organizar, con visión continental y universal, la última Guerra de Independencia de Cuba, la disciplina de las Ciencias Naturales y las referidas a la conciencia social y humana, estaban íntimamente relacionadas.

Recordamos aquel pensamiento suyo que dice: “La filosofía materialista no es más que una vehemente expresión de amor humano a la verdad y un levantamiento saludable del espíritu de análisis contra la pretensión y soberbia de los que pretenden dar leyes sobre un sujeto cuyo fundamento desconocen.” En otro momento, Martí afirmó: “Para qué, si no para poner paz entre los hombres, han de ser los adelantos de la ciencia?”

Seria extensa la relación de científicos cuyo pensamiento estaba muy unido a las ideas de la patria, a las ideas de la nación cubana, quienes brindaron las bases necesarias de sabiduría y conocimientos de sí mismos que demanda un país para asegurar su existencia independiente. En esta relación, desde luego, figura, en lugar cimero, Carlos J. Finlay, quien con su infinito amor por la ciencia al servicio de la humanidad hizo su célebre descubrimiento sobre la trasmisión y curación de la fiebre amarilla. Está también Alvaro Reinoso, quien realizó, con éxito, investigaciones en relación con la caña de azúcar para elevar su productividad.

Está el sabio naturalista don Carlos de la Torre, quien hizo extraordinarios aportes a la historia natural. Con ellos, la nación incorporó a su acervo propio, y al acervo cultural de la humanidad, una riqueza de conocimientos, información e ideas que hoy nos alientan en el trabajo creador.

Los mejores promotores de las ideas cubanas durante la república neocolonial, como es el caso de Enrique José Varona, no tenían una visión segmentaria de las ciencias y del resto de la cultura. Tal fragmentación, profundamente anticientífica, no existía en la tradición humanista cubana. Ello es importante por lo siguiente: algunos de estos elementos, constitutivos de la cultura y del pensamiento científico, enfrentados unos contra otros, no ayudan al enriquecimiento mutuo, sino que empobrecen la vida espiritual y moral y acaban limitando la creatividad científica.

Pienso, además, que en la esencia de pensamiento tecnocrático, está la subestimación de las ramas de la cultura que tienen que ver más estrechamente con la vida espiritual y social del hombre. Una esfera de la cultura, como el arte, que aparece tan distante de las Ciencias Naturales, puede enriquecer nuestra vida, en la época actual, si procuramos sus nexos con las modernas tecnologías, y éstas alcanzan una eficiencia social superior cuando se vinculan a la

labor y a la obra del artista.

La síntesis del pensamiento social y de los objetivos netamente culturales, de un lado, y los métodos científicos, del otro, encuentran en la personalidad de Fernando Ortiz uno de los ejemplos más evidentes del hilo de argumentos que estamos siguiendo. En él, ciencia, cultura y sociedad alcanzan una armonía y una plenitud de aspiraciones humanistas de enorme significado.

Esta es una herencia espiritual cubana que resulta necesario exaltar para entender, en un escalón superior, la importancia de la formación humanista y las bases científicas de las Ciencias Sociales y Culturales. El entronque del pensamiento cultural y social cubano, que tiene en José Martí su más alto exponente, con las ideas científicas de Marx, Engels y Lenin, es la piedra angular para empezar a entender los problemas de las disciplinas más directamente relacionadas con la vida espiritual y social del cubano

Es decir, este entronque es la clave para comprender la importancia cultural de las Humanidades y de las Ciencias Sociales en nuestro país. Únicamente por este camino encontrarán su relación práctica y enriquecedora con el momento social y político que vive la nación cubana. Pienso, a la vez, que sólo sobre estos fundamentos de concepto es posible orientar debidamente el trabajo político, cultural y social en relación con la nueva intelectualidad del país.

## II

A la cabal comprensión de estos nexos entre ciencia, cultura y sociedad debe ayudar, hoy y mañana, una interpretación limpia y una visión iluminada por la historia del pensamiento cubano: el materialismo histórico y dialéctico, tal y como Marx y Engels lo explicaran y Lenin lo interpretara. Explicaciones ha habido muchas, pero sólo son definitivamente confiables aquellas que se enlazan con el pensamiento de los clásicos. Y es bueno ir a sus fuentes para enriquecer nuestras vidas. La esencia del problema está en que, con Marx, Engels y Lenin culmina una etapa decisiva de la evolución del pensamiento filosófico y social universal.

La concepción materialista y dialéctica equivale al pensamiento científico llevada al terreno de la filosofía y de los estudios de la

sociedad y la historia. Ningún filósofo, hasta aquí, ha profundizado más que ellos en el papel del pensamiento científico en los terrenos de la propia filosofía y de las disciplinas sociales.

Si el marxismo se hubiera entendido cabalmente como ciencia, si se hubiera analizado como teoría y método de investigación, si se hubiera enfocado seriamente y no con simples palabras desde esta óptica, quizás nos hubiéramos librado, en la práctica socialista del siglo xx, de muchos disparates y errores políticos, hijos, en definitiva, de profundas lagunas teóricas y culturales. Desde luego, que estas lagunas tienen dolorosos y contradictorios fundamentos económicos.

Situar el pensamiento científico, que encierra la filosofía de Marx y Engels, en el lugar que le corresponde es deber insoslayable que tenemos los cubanos. La Revolución cubana se produjo en una época en que habían llegado a límites inaceptables los errores de materialismo vulgar y de estrecho nacionalismo, que limitaron, en los últimos 50 ó 60 años, la eficacia de la política internacionalista y antimperialista que está en la esencia del leninismo.

Con la autoridad moral de haber denunciado estos problemas, desde los años 60, la Revolución cubana tiene hoy la experiencia y la madurez indispensable para esclarecer teóricamente, y con su acción política, que lo que está en crisis es gran parte de la práctica socialista del siglo xx y no las ideas inmortales de los tres más grandes científicos sociales, más grandes filósofos que ha dado la humanidad: Marx, Engels y Lenin.

Sus descubrimientos, sus hallazgos teóricos, nos iluminan hoy en estas batallas finales del siglo xx. No es aceptable impugnar su ciencia por la circunstancia de que nuevas realidades hayan creado situaciones no previstas por los fundadores de las Ciencias Sociales.

¿Por qué extrañarse de que situaciones imprevistas, no conocidas, alteraran algunas de sus observaciones, si, precisamente, la historia de las ciencias está marcada por un afán permanente de negación, de un lado, y de búsqueda y afirmación de lo nuevo, del otro?

¿Por qué las Ciencias Sociales iban a estar fuera de esta verdad cuando son las más contradictorias, puesto que tienen que ver con los intereses inmediatos de los hombres?

Hay mucho de escolasticismo en la calumnia lanzada contra el marxismo, acerca de que no previó tal o cual acontecimiento. Marx nunca aspiró a adivinar el futuro en sus contornos específicos.

Se podrá entender mejor esta idea si se recuerda que Einstein aportó enfoques nuevos y descubrió leyes no conocidas de la realidad natural, que no estaban en el marco de la física de Newton. Lenin mismo enfocó planos de la realidad social que no fueron conocidos por Marx y Engels y que obligaban a la actualización de la información y de los acontecimientos científicos. Pero no hay Einstein sin Newton; Lenin sin Marx y Engels, y no habrá pensamiento político moderno sin Lenin.

La esencia más profunda del leninismo está en los análisis, las descripciones y denuncias que realizó con relación al imperialismo, en tanto clase superior del capitalismo y, en *El Estado y la Revolución*, en tanto análisis de la naturaleza clasista del poder estatal.

No habrá leninismo en nuestra época sin estudiar y combatir las formas modernas del imperialismo, fenómeno estudiado profundamente, en los umbrales del siglo xx, por el forjador de la primera Revolución Socialista. Asimismo, sin comprender la naturaleza clasista del Estado, es absolutamente imposible entender a Lenin.

Estas no son teorizaciones simplistas, ni charlatanerías políticas, sino es comprender y tomar en cuenta los hechos objetivos que están en nuestra realidad. Son los hechos reales que están a nuestra vista los que confirman la validez del leninismo.

Hoy, los científicos sociales deben estudiar el fenómeno del imperialismo y su proceso de internacionalización de los medios de producción, así como la forma descarnada y criminal con que se comporta el Estado norteamericano. Los hechos, decía Lenin, son testarudos.

Estudiemos lo que sucedió hace 20 años, en Santo Domingo; hace 8 años, en Las Malvinas, hace más de 6 años, en Granada, y hace unas semanas, hoy mismo, en Panamá. ¿No es una confirmación moderna de las denuncias y análisis del leninismo el proceder violento, criminal y despótico del imperialismo norteamericano en Panamá?

El bloqueo a Cuba, la agresión a Nicaragua, el apoyo al régimen

genocida de El Salvador, la presencia de la marina norteamericana junto a las aguas de Colombia, los criminales ataques al buque mercante con tripulación cubana, ¿no son acaso expresiones modernas del imperialismo y no confirman, en nuevos planos, el pensamiento de Lenin sobre la naturaleza del Estado burgués? ¿No tiene todo esto profundos fundamentos económicos y de clase?

El poder hegemónico del brutal imperio yanqui nos está revelando, día a día, las verdades descubiertas y expuestas, en el campo de las Ciencias Sociales, por los clásicos del marxismo. Las tesis marxistas acerca de que el movimiento económico acaba, en última instancia, imponiéndose como la tendencia principal en un largo proceso histórico, se han visto confirmadas por la realidad, aun en el caso de que la misma haya resultado una tragedia. En el fondo está lo siguiente:

Hay que actualizar a la luz del poderío mundial del imperialismo y de la existencia de países subdesarrollados, las contradicciones económicas y clasistas que describiera el primer párrafo del *Manifiesto Comunista* (1848).

Hay que agregarle la que existe entre el imperialismo moderno y los pueblos de Asia, África y América Latina. Hay que actualizar el marxismo-leninismo para subrayar sus ideas esenciales y encontrar caminos de la liberación social y económica de millones de hombres y mujeres, quienes no saben escribir la palabra democracia, ni la palabra libertad, y quienes se mueren diariamente de hambre y de enfermedades curables.

Actualizar el materialismo histórico sobre los fundamentos de que la explotación del hombre por el hombre sigue en pie, no es un dogma, es una verdad objetiva que sufrimos y apreciamos a nuestra vista.

Quienes impugnan el materialismo histórico por absoluto o dogmático, por el hecho de que la vida presentó situaciones no previstas exactamente por Marx y Engels, es, o porque no se han leído los clásicos, o porque no entienden lo que significa el pensamiento científico.

Ellos sólo nos dejaron —y es bastante— una teoría y un método científico para estudiar y transformar la sociedad en función del objetivo de liberación del hombre. Una teoría y un método que, empleados a la manera creativa del científico, permitirá analizar las

contradicciones y el movimiento de la realidad y descubrir el hilo principal de la historia, que sirva para guiarnos hacia el futuro.

Quienes aspiran a que el marxismo les brinde una receta para su acción, les recomiendo la lectura cuidadosa del siguiente párrafo de Engels:

Quando, por excepción, se llega a conocer el encadenamiento interno de las formas de existencia sociales y políticas de un período, esto se produce regularmente en el momento en que esas formas han vivido ya la mitad de su tiempo, en que están ya declinando. El conocimiento es aquí, pues, esencialmente relativo, ya que se limita a penetrar el encadenamiento y las consecuencias de ciertas formas de sociedad y de Estado que no existen más que un tiempo dado y en pueblos dados, y perecederas por naturaleza. Cualquiera que se lance en este dominio a cazar verdades definitivas en último análisis, verdades auténticas y absolutamente inmutables, volverá con una magra caza, salvo vulgaridades y lugares comunes de la peor especie; por ejemplo: que los hombres no pueden vivir sin trabajar, que hasta ahora la mayor parte del tiempo se ha dividido en dominadores y dominados, que Napoleón murió el 5 de mayo de 1821, etcétera.

El problema es que el marxismo-leninismo se confirma científicamente en el análisis que hace del pasado y de su presente. Esto sí lo puede describir en sus detalles, pero hacia su futuro —es decir, hacia nuestro pasado inmediato y nuestro presente— el materialismo histórico es válido, como lo definió Engels y el propio Lenin, como guía para el estudio, como un método para la investigación y el análisis, el cual tenemos que usar sobre el fundamento de nuestra capacidad de pensar. ¿O es que vamos a aspirar a que ellos nos liberen del esfuerzo peligroso de pensar, de estudiar y de llegar a nuestra propia conclusión? Es mejor equivocarse con nuestra propia cabeza que con cabeza ajena.

El marxismo significa una incitación y una orientación para el pensamiento y el análisis objetivo de la realidad. Si lo hacemos al modo científico, y empleamos sus enseñanzas sobre los fundamentos de confirmarlo con la práctica social, podremos

comprender mejor lo que ha pasado y tratar de actuar hacia el futuro en forma que responda más adecuadamente a los intereses —para decirlo con el pensamiento de Martí— “de los pobres de la tierra”.

A nosotros, los cubanos, el marxismo-leninismo nos sirve objetivamente para defender los intereses nacionales, los intereses de la patria, los derechos a garantizar nuestra independencia. Nos sirve, también, para entender la vocación latinoamericana y universal de nuestro pueblo y para enlazarnos con el resto de los pueblos de América en combate contra el enemigo principal de la humanidad de hoy: el imperialismo yanqui.

Y el hecho de que el imperialismo norteamericano es el enemigo fundamental de nuestros pueblos y que ha explotado en especial a América Latina y el Caribe, y que tenemos que enfrentarnos a él para asegurar nuestra libertad y nuestra dignidad, es una de esas verdades “absolutas y rotundas” de nuestra época y de la época que está por vivir.

Nuestro sentimientos antimperialistas no se fundamentan en esquemas y dogmas ajenos a la vida real; se fundamentan en lo que hemos sufrido y en los derechos que estamos en el deber patriótico y revolucionario de defender.

Recordando el pensamiento de Engels citado, podría decirse que es una verdad absoluta que José Martí murió en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, y que escribió, en días antes de su caída heroica, que su lucha era para evitar a tiempo que los Estados Unidos se apoderaran de Cuba y Las Antillas y cayesen con esa fuerza más, sobre las tierras de América.

Es también una verdad objetiva, de esas que no ofrecen discusión, que el Apóstol cubano señaló que los Estados Unidos, al hacer tal cosa, ponía en riesgo el equilibrio del mundo.

Es un hecho real, que no ofrece discusión, que el imperio yanqui ha pisoteado la libertad de los pueblos de América y puesto en crisis el equilibrio del mundo. Y es un hecho real que el combate en defensa de la patria, del socialismo, sobre el fundamento del estudio del marxismo-leninismo y del pensamiento de José Martí, constituye un deber irrenunciable de quienes luchan por la libertad y el decoro humano, un deber irrenunciable de los cubanos. Estas son verdades objetivas, principios esenciales de nuestra vida, y a ellos no renunciaremos jamás.

En resumen, en la evolución del pensamiento cubano no hay antagonismo entre nuestras ideas y nuestra cultura de origen nacional y los principios científicos del internacionalismo y del materialismo histórico. No obstante la profunda vocación internacional, y las concepciones universales que sostiene la Revolución Cubana, o precisamente por ello, la gran prensa en manos del imperio difunde contra nuestro país la calumnia de que nos aislamos del resto del mundo.

Efectivamente, en estos días, a través de los poderosos medios comunicación de masas en manos del imperialismo, se pretende dar la imagen de que somos un país aislado y aferrado a un criterio dogmático. Sin embargo, y por sólo citar un ejemplo, Cuba ha obtenido, en el Consejo de Seguridad, una votación superior a la lograda por cualquier otro país; pero esto no se resalta ni se extraen conclusiones en los medios de difusión en manos del imperio. Esto, sencillamente, se pasa par alto.

Y la razón es evidente: la internacionalización de los medios de producción que, en las últimas décadas, logró el imperialismo, le propició, a su vez, el dominio sobre la imagen artística y la difusión de las ideas. Se produce así una profunda tergiversación de los hechos en importantes masas del pueblo de los Estados Unidos que son engañadas y desinformadas.

En la íntima relación de estos medios de comunicación de masas, y el dominio económico que logró la internacionalización imperialista, hay también una confirmación de verdades esenciales descubiertas por Marx y Engels y desarrolladas por Lenin. Esto es válido para el enriquecimiento cultural y válido, también, para el desarrollo de las Ciencias Sociales.

### III

La íntima relación de las ciencias de la naturaleza con las de la sociedad constituyen exigencias para enfrentar los problemas reales e inmediatos que tenemos ante nosotros. Sólo con estas concepciones acerca del papel de la ciencia y del pensamiento científico pueden promoverse soluciones a los problemas sociales y tecnológicos que está generando hoy el sistema imperialista.

Baste señalar que mientras muchos estudian, con paciencia,

constancia y noble pasión científica, las formas, estructuras, composición natural y otras características de nuestra amada tierra, se viene creando una situación insoportable en cuanto a la afectación del medio ambiente y la naturaleza y se están incubando desastres incalculables, cuyo origen es de índole esencialmente social.

El crecimiento industrial y tecnológico en manos de minorías privilegiadas, que responden a mezquinos y pequeños intereses particulares, está planteando una situación muy grave en relación con el medio ambiente. El daño sistemático que se viene haciendo a la naturaleza y, en especial, a nuestra atmósfera, tiene sus orígenes en la anarquía y el desorden en la producción que genera el capitalismo imperialista.

Hay que preguntarse si, en estas condiciones, puede hablarse realmente de progreso, o si se trata, por el contrario, de retroceso. Todo, porque la civilización tecnológica, cargada del más vulgar materialismo que hemos heredado, pone su énfasis en las ambiciones individuales de grupos y clases sociales que, con cinismo, ejecutan sus crímenes en pro de los intereses conservadores presentes en un grupo reducido de naciones. Intereses que se creen predestinados por la providencia para ejercer un papel de gendarme del mundo.

El crecimiento industrial y tecnológico desordenado de un sistema social que tiene como ley el apetito inmoderado de ganancias para unos cuantos, y la miseria para la inmensa mayoría de la población del mundo, empuja a las sociedades modernas por la carrilera de la destrucción. El proceso científico y técnico, que debiera orientarse a favor de la alimentación, la salud, la educación, la cultura y los servicios sociales que exige el mejoramiento de la vida del hombre, está sirviendo, sin embargo, para la destrucción sistemática del medio natural en que la humanidad surgió, creció y alcanzó altos niveles de desarrollo material y espiritual. Pero estos últimos no parecen todavía lo suficientemente altos como para denunciar, alertar o convencer acerca del desastre ecológico que se está produciendo a nuestra vista.

Bastaría reconocer lo que viene sucediendo con la destrucción del medio ambiente para que las personas con mentes limpias de prejuicios ancestrales, se preocuparan de la necesidad de una

planificación o regulación social del uso de los recursos tecnológicos y científicos disponibles. Hay que observar lo que sucede en cuanto a la anarquía en el crecimiento industrial y tecnológico, para confirmar la validez de las ideas socialistas o, al menos, la necesidad de un orden nuevo en las relaciones internacionales.

El imperialismo moderno no sólo destruye la naturaleza, sino que crea obstáculos por todas partes para que las instituciones de carácter internacional, que pueden velar o ayudar a abordar estos problemas, se vean limitadas en su acción. ¿De qué otra forma se entiende la salida de los Estados Unidos de la UNESCO?

Intereses primitivos y egoístas han pretendido afectar el sistema de Naciones Unidas, como lo confirma el desprecio que tienen sus decisiones y la violación sistemática de los principios y normas jurídicas universalmente aceptados. He ahí un problema moderno del imperialismo, que nos impone respuestas también modernas en los finales del siglo xx.

Hay que buscar soluciones nuevas a los problemas viejos agravados por el imperialismo y a los problemas nuevos que el imperialismo ha creado. Quizás algunos se pregunten: ¿qué podemos hacer?

Se podrían hacer muchas cosas, pero hay algo que todo hombre honrado debe hacer: denunciar el crimen que se está cometiendo. Crimen contra el mar, contra la atmósfera, contra el suelo que nos ha servido de hogar durante miles y miles de años y que nos mantiene aquí, en un rincón del universo infinito. Decir que son criminales es poco y lo son por la ferocidad y la ignorancia insensible que empuja hacia la loca carrera de destrucción del medio ambiente y de la naturaleza.

Y es que la ciencia requiere de la conciencia para entender y resolver el drama que vive el hombre. La ciencia y la técnica, si no van orientadas a favor del hombre y de su futuro, sólo valdrán para destruir sus más altos valores. La tierra y la naturaleza sólo pueden salvarse de un desaste sobre el fundamento de un pensamiento científico que abarque y describa los principales enemigos de la vida material, pero también la vida social y espiritual del hombre. Y hay que decir, con toda honestidad y sin ningún género de sectarismo, que el generoso intento y los logros de Marx y Engels consistieron en darles fundamentos científicos a los estudios de la historia, de la

sociedad y de la filosofía.

Los cubanos estamos adscriptos a ese pensamiento científico y si, por eso, fuera de nuestro país se nos llama tercicos o dogmáticos, podremos responder que es precisamente todo lo contrario. Es pasión por el conocimiento científico, pasión por la humanidad y su futuro. Y esto último lo aprendimos de Martí, quien afirmó: "*Patria es Humanidad*".

En defensa de estas ideas nadie detendrá a nuestro pueblo, y si un día se nos obliga al combate y a la lucha para defender a la patria y al socialismo, en Cuba se estará combatiendo por las aspiraciones sagradas de la humanidad.

Porque aquí, en Cuba, se lucha por los ideales más elevados de la historia del hombre, que se expresan en el pensamiento científico. Por ello, entendemos cabalmente el interés por la naturaleza y por investigar, conocer y proteger el suelo que pisan nuestros pies, el aire que nutre nuestros pulmones y el medio ambiente natural que sirve para alimentar nuestra vida. Y, para ello, hace falta una alta conciencia universal, la cual sólo se alcanza a plenitud a través del pensamiento científico aplicado a la sociedad y a la historia. Sin esa conciencia universal no habrá posibilidad de entender los problemas cruciales a nuestra vista, ni mucho menos resolverlos.

Regrese para siempre a la Edad de Piedra la estrechez individualista y ábranse caminos a lo mejor de la humanidad moderna, a los métodos de investigación científica y a la pasión por la verdad que encierra la ciencia aplicada a todas las disciplinas de la naturaleza y a la sociedad. Esto nos permitirá conservar nuestra riqueza, avanzar por el camino de la liberación del hombre para exaltar su hermosa capacidad de crear.

He ahí lo mejor del hombre: su capacidad de trabajo, su capacidad de amar, su capacidad de pensar, su capacidad de investigar, su capacidad de crear. Ciencia y conciencia, marchando unidas, dan la imagen de lo más genuinamente humano, dan la imagen de la humanidad con que soñamos.

¿Y es un sueño? En todo caso, es uno de esos sueños por lo que un científico, un hombre honrado, puede y debe entregarlo todo.

A esta obra estamos y estaremos consagrados los cubanos.

Publicado en *Granma*, los días 28 de febrero, 1ro. y 2 de marzo de 1990.

